



Seix Barral Biblioteca Breve

Paulina Flores

Qué vergüenza



Índice

PORTADA

DEDICATORIA

QUÉ VERGÜENZA

TERESA

TALCAHUANO

OLVIDAR A FREDDY

TÍA NANA

ESPÍRITU AMERICANO

LAIKA

ÚLTIMAS VACACIONES

AFORTUNADA DE MÍ

CRÉDITOS

ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA

Para César y Elizabeth

QUÉ VERGÜENZA

«¿Cuánto falta? Estoy cansada», se quejó Pía, y resopló y arrastró los pies pesadamente.

«Shhh —la calló Simona, su hermana mayor—, deja de molestar.»

Llevaban más de una hora caminando por el lado de la calle en que pegaba más fuerte el sol. El padre iba unos pasos más adelante. Se había dado cuenta muy tarde de que la sombra iba por el frente, y los autos que bajaban acelerando por Bellavista ya no les permitían cruzar. De todas formas no tenía sentido pues quedaba poco camino, y la numeración impar a la que se dirigían estaba por ese lado, el del sol.

«¡Papá! ¡Estoy cansada!», gritó Pía, y se sentó en el suelo caliente con las piernas extendidas. El padre no pareció escucharla y siguió andando.

«¡Papá!», gritó con más fuerza. Él se dio vuelta y, sin decir palabra, la aupó con brazos resignados y siguió con ella a cuestas. Pía asomó la cabeza tras la espalda de su padre, como un títere saliendo a escena. Se abrazó a su cuello con fuerza y sonrió victoriosa. Simona alzó las cejas y miró fastidiada a su hermana, para darle a entender cuánto trabajo daba el que fuera tan pequeña. Aunque eso no le evitó sentir cierta amargura.

También está cansada, pero ya es demasiado grande para que su padre la cargue.

Es el año 1996. Las niñas tienen nueve y seis años. Su padre, veintinueve, y está cesante.

Simona tuvo que apurar el paso para alcanzarlo. Los pasos de su padre se volvieron aún más largos y rápidos. Caminaba con la mandíbula apretada y parecía serio, por lo menos desde donde ella lo alcanzaba a ver. Está nervioso, pensó Simona. Claro que verlo así de tenso no la entristeció como otras veces, sino que la hizo inflar el pecho de orgullo. Significaba que a su padre le importaba lo que estaba sucediendo. Y lo que estaba sucediendo, lo que estaba a punto de suceder, era idea de ella. Metió la mano al bolsillo de su vestido y apretó el anuncio y el mapa como si se tratara de un boleto ganador.

El orgullo también provenía de la satisfacción de saber que ella sí entendía lo que sentía su padre, no como su hermana chica que hacía problemas por todo. Porque era ella quien había pasado todas esas noches con la oreja pegada a la pared oyendo las peleas de sus padres. Y las mañanas siguientes se había levantado a buscar en el diccionario

todas esas palabras que ellos se decían y que para ella eran desconocidas. E incluso buscaba algunas que sí había escuchado antes, pero que en su opinión no calzaban con su padre: *fracasado* , *cobarde* , *egoísta* .

Simona se afligía, pero a la vez le encantaba sentirse parte de la solemnidad de los conflictos adultos. Eran el tipo de responsabilidades que venían con el cargo de hermana mayor.

Desde principios de las vacaciones de verano todas las mañanas eran caminatas largas y extenuantes. Por el Centro, por Providencia, por Las Condes. En general, lugares lindos, limpios y modernos. Lejos de la comuna en la que ellos vivían. El padre había quedado cesante hacía mucho, pero con las niñas en casa, de vacaciones, no le quedaba otra que salir con ellas a repartir los currículos o asistir a las entrevistas. La madre dijo que no podían quedar solas. Utilizó la palabra *abandonar* , «no puedes abandonarlas en la casa».

Al principio a él le pareció un fastidio. Su esposa se estaba desquitando, podría haber hecho más esfuerzos por conseguir a alguna vecina vieja y desocupada que las cuidara. Luego pensó que en realidad no era tan mala idea. Quizá le diera algo de ventaja. Si lo veían llegar con dos niñas, tal vez se compadecieran de él y le dieran el puesto.

«Acuérdense de pensar en algo triste», les decía a sus hijas antes de entrar a las oficinas.

«¿Como que mamá y tú se mueran?», preguntó Pía, confundida, la primera vez que su padre se lo pidió. Sus ojos se volvieron acuosos y palpitantes.

«No, no. No eso. No tan triste —se corrigió el padre—. Lo que quiero decir es que no se anden riendo, ni jugando, ni haciendo chistes mientras me esperan. Quiero que hagan como si estuvieran tristes. Tristes de mentira, como hacen las actrices en la tele..., y después yo las invito a comer papas fritas y nos reímos los tres solos.»

Pía sonrió aliviada y feliz ante la idea de las papas fritas. Pero al rato sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas cuando, ya sola con su hermana, Simona le dijo: «¿Sabes lo que pienso yo para estar triste? Que papá y mamá van a separarse».

Simona alzó la vista y miró desafiante al sol. Tantas veces le habían advertido que no lo hiciera y ahora, totalmente confiada, pensó que era capaz de recibir todos los rayos. Porque esta mañana sería diferente. Esta mañana triunfarían y valdría por todos los esfuerzos y fracasos anteriores. Y ella había planeado todo. Por fin serviría su ayuda.

Intentaba colaborar desde hace mucho. Por las tardes se sentaba en la mesa de la cocina, junto a su padre, y, con su propio montón de diarios a cargo, buscaba cualquier aviso laboral que apareciese. Lo marcaba

con destacador fluorescente, lo recortaba con cuidado y lo pegaba en una hoja blanca que, después, colmada de anuncios, archivaba en una carpeta rotulada *Avisos clasificados para papá*. Al final del día se la entregaba con la gravedad que merecía el asunto.

El hecho mismo de que su padre encontrara trabajo no motivaba su entusiasmo y dedicación. Tampoco el deseo de acabar con las peleas de sus padres o los apuros económicos. Lo que ella ansiaba lograr era que su padre volviese a ser el de antes.

Al principio, cuando se enteró de que lo habían echado, no pudo evitar sentir una gran satisfacción. No se lo dijo a nadie, pero estaba muy contenta. ¡Por fin disfrutaría de su padre todo el día! ¡Todos los días! Y más encima en vacaciones; parecía un sueño. Nada se interpondría en sus juegos: ni el trabajo, que lo dejaba tan cansado por las noches, ni su madre.

Porque su madre parecía el mayor obstáculo. Nunca la dejaba pasar tiempo con él: acaparaba y dominaba cada aspecto de su vida. La de ella y la de su hermana menor. Les servía las comidas, las llevaba al colegio, a los cumpleaños, a comprar ropa. Cuando su padre llegaba del trabajo, seguía adjudicándose todo: revisando las tareas y las mochilas, secándoles el pelo tras el baño, vigilando que se lavaran bien los dientes, arropándolas en la cama y apagando la luz. Apenas recibía el «buenas noches» cuando su padre se levantaba a ponerle llave a la casa. ¡Qué decir de los domingos! Cuando por fin podía disfrutar de él, su madre lo frenaba con retos: «No la molestes, Alejandro», gruñía cuando él se abalanzaba sobre ella para comenzar una guerra de cosquillas. «¡Es una niña!» Lo mismo en el almuerzo, cuando su padre empezaba con el chiste de «quien termina primero ayuda a su compañero»: «Déjalas comer tranquilas». Simona no quería que la dejara tranquila, no quería que su madre la defendiera. Ella sabía que se trataba de bromas, y le gustaban. Pero su madre no lo entendía, y se quejaba con sus amigas diciendo «es como tener un hijo más» o «siempre me deja como la mala de la película».

Pero ocurrió que al quedar cesante las cosas fueron todavía peores. Y entonces Simona se dio cuenta de que había un muro aún mayor que la separaba de su padre.

El primer día, ella se levantó muy temprano, ansiosa por regalinear con él en la cama. Corrió a su pieza y al girar la manilla notó que estaba con llave. Dio unos golpes suaves, pero la puerta siguió cerrada hasta la hora de almuerzo. Cuando su padre por fin apareció, estaba malhumorado y se quejó de que su esposa no dejara nada para comer. Tras preparar unos tallarines pegajosos y unas vienasas medio crudas, les dijo a ella y a su hermana que de ahora en adelante tendrían que hacer las camas y repartirse el aseo de la casa. Luego volvió a encerrarse. No hubo bromas ni cosquillas. Su padre salía únicamente para ir al baño, con la cara desaliñada y cada vez menos saludable. Y se enojaba por cualquier cosa que hicieran. Por cosas que nunca antes le

molestaban, como que ella cantara las canciones de *La Sirenita*, su película favorita. Antes siempre cantaban juntos *La Sirenita*, y recitaban de memoria los diálogos. *Pobres almas en desgracia* era su preferida y la que mejor les salía.

«Este es el trato —decía su padre imitando la voz malévola de la bruja Úrsula—, haré una poción mágica que te convertirá en humana por tres días. ¡Tres días! Antes de que se ponga el sol el tercer día, tú tendrás que haber logrado que el príncipe se enamore de ti, es decir, que te dé un beso. No uno cualquiera, sino un beso ¡de amor verdadero!» A su padre le deleitaba esta última frase y a ella también.

«Si me convierto en humano —respondía Simona como la inocente y dudosa Ariel—, ya no veré a mi padre ni a mis hermanas.»

«Así essss..., pero... tendrás a tu hombre. Es difícil decidir en la vida, ¿no crees, Ariel?»

Simona estaba segura de que su padre la quería, pero intuía que había algo que lo hacía sentirse solo, y que todo el amor que ella podía darle no lo ayudaría, sino todo lo contrario. De un modo extraño e inexplicable parecía debilitarlo y hacerlo sentir aún más solo. Creía que aquella soledad se relacionaba con una de las palabras que su madre había mencionado en las peleas, y que también había buscado en el diccionario: *vergüenza*.

Así que cuando un par de tardes antes vio el aviso del *casting* fue como un milagro caído del cielo. ¿Cómo es que no se había dado cuenta? ¿Cómo no se le había ocurrido antes si era tan obvio? Ella buscando avisos para maestros, panaderos, auxiliares, guardias, vendedores, choferes y más guardias, sin darse cuenta de lo mal que debían hacer sentir a su padre esas ofertas.

Mientras caminaba sacó el recorte de su bolsillo y lo leyó una vez más:

GRAN CASTING. Agencia publicitaria busca hombres y mujeres de todas las edades para realizar campaña publicitaria con prestigiosa marca internacional. Interesados presentarse en Bellavista 0550 de lunes a miércoles...

A ella le encantaba la televisión, y prestaba especial atención a los comerciales, porque su hermana nunca los entendía y le pedía que se los explicara.

Eran muchos los motivos que hacían obvio el triunfo de su padre en el *casting*, pero dos en especial. El primero, y más evidente, era que en los comerciales aparecía gente mucho menos linda que su padre. Decir menos linda era poco. ¡Es que su padre era hermoso! Igualito a Luis Miguel, el hombre más bello que pisara la tierra. Ella se lo decía a todo el mundo: «Mi papá es el doble de Luis Miguel». Y él también lo sabía, y parecía gustarle, porque siempre le cantaba *Será que no me amas*

imitando su actitud altiva y coqueta y los movimientos al bailar. Se ponía de perfil, se agarraba el pelo, y daba una patada y luego un giro. Avanzaba con pequeños saltitos meneando las caderas, mientras Simona hacía la pantomima de las coristas: «Lluvia, Playa, Amas».

El otro motivo se relacionaba con las aptitudes idóneas de su padre para la actuación. Por lo menos eso era lo que su madre solía decir: «Alejandro puro se perdió. Tendría que haber estudiado actuación o algo así, hubiera arrasado con su personalidad». Simona captaba la burla tras el comentario. Y no solo porque lo decía como si se tratara de un chiste, y no de algo serio y lamentable, como debía ser que los talentos de su padre se perdieran, sino porque sabía lo que entendía su madre por ser actor. Y no significaba algo bueno. Ser extrovertido, llamar la atención, ser *florerito*. Después de tantas reprimendas de su madre, Simona había terminado por aprender que ser extrovertido era una especie de defecto. Una falta, innata en ella, como el pecado original heredado de los primeros padres desobedientes, pero sin posibilidad de redención. Ser una niña que llamaba la atención la hacía sentir muy pequeña, ínfima. Por eso es que trataba de imitar a su hermana menor, más callada y enigmática. Desinteresada, dejándose querer y no buscando, humillantemente, que la quisieran. Pía poseía una personalidad que parecía mucho más adecuada. Pero a Simona le resultaba casi imposible ser como ella, no podía dejar de ser como era. Y aunque había sido doloroso cargar con esa condena, ahora, caminando junto a su padre, era algo que la honraba y colmaba de alegría. Porque se trataba de una cualidad que compartía con él, con su padre. Algo que los hacía estar cerca el uno del otro, que podría destruir cualquier obstáculo que se interpusiera.

«Hemos llegado», dijo Simona, toda ceremoniosa, e hizo una reverencia hacia la enorme casa que tenían enfrente.

«¡Por fin!», celebró Pía aún en los brazos de su padre. Él la dejó en el piso con un suspiro y le pidió la hoja del mapa a Simona. Lo revisó temeroso, y luego observó la casa con aún más dudas. Se trataba de una casona vieja de tres pisos, con la oscuridad y frialdad propias de las construcciones antiguas, pero pintada de un verde chillón moderno. Un ropaje para desconfiar.

Simona advirtió la indecisión en los ojos de su padre. Le había costado mucho convencerlo de presentarse al GRAN CASTING. No podía dejar que dudara justo ahora, cuando quedaba tan poco, y le tomó la mano y tiró de él diciendo: «Entremos, entremos. Nos están esperando. Nos esperan».

«¿Estás segura de que es aquí? No hay ni un cartel. ¿Cómo se llamaba la productora?»

«Es para que no los molesten tanto —dijo Simona rápidamente—. ¿Te imaginas toda la de gente que vendría si supieran que hacen los *castings*

aquí? —Y tiró con fuerza la mano de su padre—. Entremos», insistió casi suplicando.

«Sí, entremos, papá, hace mucho calor acá», pidió Pía, menos animada, como implorando resolución.

«Bueno —dijo el padre—, ya estamos aquí, qué perdemos.» Tocaron el timbre del altavoz y sin recibir ningún ¿quién es? o ¿qué necesita? del otro lado, se abrió la puerta.

La sombra de adentro, después de tantas horas bajo el sol, cegó y desorientó al padre por un momento. Cuando pudo ver mejor, se dio cuenta enseguida de que la casa, en su interior, seguía siendo sospechosa. Era evidente que la estructura original había sido modificada. Donde de seguro comenzaría la sala o el *living* se interponía una pared, un tabique delgado, para crear más oficinas. Se sintió inquieto en la penumbra de un vestíbulo falso y pequeño que permitía como única dirección una escalera empinada. El piso era de piedra gris, único elemento que parecía haber resistido los cambios. Lo peor era el silencio. Demasiado silencio. No como en un lugar donde trabajaba gente. Se vio junto a sus hijas, acorralado. A medio camino entre la puerta de entrada y la escalera, sin que nadie los recibiera o preguntara qué querían.

El padre subió a las niñas a los primeros escalones y se arrodilló frente a ellas. Respiró profundo. Las miró hacia arriba. Ambas le sonreían. Escondió la mirada en el acto. «Pobres», pensó. Nunca podía mantenerles la mirada y por eso tenía que hacerse el payaso, como decía su esposa. Todo este último tiempo, obligado a pasarlo con ellas, había sido abrumador. Ahí estaban siempre, rondando por la casa, esperándolo, exigiendo, dependiendo de él. Nada parecía decepcionarlas, pero él se escondía en su pieza porque ni siquiera lograba sostener sus miradas. Lo cierto es que no sabía quiénes eran: ¿quién era la más aplicada en el colegio? ¿A cuál no le gustaban las ensaladas? ¿Cuál de las dos detestaba los baños? ¿Quién le temía a la oscuridad? Su esposa le hablaba de ellas en la cama, pero él no podía retener nada. Había sido padre muy joven. Demasiado joven. Sin querer y sin preparación. Y había respondido dejándose llevar. Haciendo lo que se suponía que debía hacer: afrontar el asunto y olvidarse de sí mismo por un tiempo. Dejar de lado sus planes y proyectos, como una manzana a medio comer. Trabajar. Había gastado todas las energías que tenía de joven en trabajar, sin cuestionarse mucho. Dejando una gran incógnita entre él y la que podría haber sido su vida si hubiera invertido el tiempo en sus propias fantasías. Sin llegar a descubrir jamás si hubiese conquistado el mundo.

Era verdad que, al principio, lo más importante era salir adelante económicamente. Pero también sabía que todo ese tiempo en que sus hijas crecían, él había estado escondiéndose. Limitando sus aportes a un trabajo agotador de lunes a sábado. Y ahora que no tenía nada material con que contribuir se sentía inútil y excluido. Su mujer era mucho mejor

que él, y tenía razón cuando le enrostraba su falta de voluntad. Era lógico que estuviese cansada de hacerse cargo de todo. Por eso solo podía hacer bromas y chistes con sus hijas. No se le ocurría otra cosa que *actuar* como un compañero de juegos, uno con el que te encuentras casual y maravillosamente en un parque, pero que no sabes si volverás a ver la tarde siguiente.

«¿Cómo me veo? ¿No estoy muy formal?», les preguntó tocándose la corbata. Vestía el traje azul, la camisa blanca y la corbata café que usaba para las entrevistas laborales. Se sentía sofocado y deseaba arrancar. Cada vez que se presentaba en una oficina quería huir.

Simona le alisó las cejas con el pulgar, como hacía su madre cada vez que las llevaba revueltas.

«Estás precioso», soltó tan efusivamente que se sonrojó.

«Mi Monilla», dijo él, y le desordenó el pelo con la mano.

Se puso de pie y empezó a subir las escaleras. Al final los esperaba otra puerta.

«¿Cómo me veo yo?», preguntó Pía.

«Tú no importas —la reprendió Simona—, el que importa es el papá.»

Tocaron el segundo timbre. Tras esperar unos segundos, apareció un hombre que los hizo pasar con un entusiasmo y cordialidad excesivos. Simona lo observó extrañada e interesada. Era un hombre muy bonito, como su padre. Pero su belleza era diferente a la de él. Llevaba una melena oscura, barba rala y un aro en la oreja.

«¿*Casting?* », le preguntó el hombre al padre.

Él contestó con un sí inseguro.

«Pasen, pasen», dijo, guiándolos hacia su escritorio.

El lugar también llamó la atención de Simona. No había muchas puertas con oficinas, ni secretarías. Era un cuarto cualquiera de una casa vieja. Enorme y abierto, con un techo altísimo. Detrás del escritorio había una tela blanca colgando, trípodes, cámaras y focos. No se parecía en nada a las otras empresas que había visitado, pero eso debía significar algo bueno.

El hombre se sentó en un sillón ejecutivo de cuero blanco, y ellos en unas sillitas de plástico modernas e incómodas. Junto las manos como si fuera a rezar y empezó:

«Bueno, le explico cómo funciona el asunto...». Habló sobre la agencia, su trayectoria y fama. Contó que operaban en sociedad con otras

agencias publicitarias. Que se encargaban de marcas importantes. Que ahora necesitaban gente para una campaña específica, pero que siempre estaban buscando nuevos rostros. No paró de hablar, con elocuencia y naturalidad, sobre un montón de cosas que Alejandro no entendía completamente, pero que aparentaba comprender afirmando con la cabeza.

El hombre hizo una pausa y sonrió. «Ahora —continuó, y cambió su tono entusiasta a uno más reservado—. Nosotros necesitamos fotografías de las personas para mostrárselas a la marca. Son ellos los que dan el visto bueno al final —dijo encogiéndose de hombros y mostrando las palmas de las manos, para que vieran que estaban limpias, que corría agua por ellas sin que él pudiera hacer nada—. Las fotos que necesitamos —prosiguió— son para lo que se llama un porfolio. Todos los que se dedican a esto tienen que andar con uno, y bueno, si la persona no tiene, nosotros lo hacemos. La sesión fotográfica, obviamente, tiene un costo, que es de quince mil pesos. También se puede hacer en otro estudio. —Hizo una pausa y levantó las palmas—. Claro que nuestros precios, considerando que en general terminamos trabajando con la gente a la que fotografiamos, son mucho más convenientes. —El hombre esperó la respuesta con una sonrisa—. ¿Qué le parece?», insistió al ver que el padre no contestaba.

«Bien, bien, todo bien. Ningún problema, hagamos el porfolio ese... Es que, la verdad, estoy algo nervioso porque nunca he hecho algo así y...», explicaba el padre, y de pronto sonó un timbre. Prácticamente el primer ruido que escuchaba desde que entraron a la casa.

«¿Me da un segundo?», dijo el hombre sonriendo. Se paró y fue hacia la puerta. La abrió un poco y entonces una voz femenina —ellos no se volvieron para ver quién era— murmuró algo y él contestó también murmurando. Cerró la puerta.

«Claro, claro —dijo mientras volvía al escritorio—. Es la primera vez. Se nota. Pero no tiene de qué preocuparse, sus hijas son preciosas. Les van a encantar a las marcas. Tienen... tienen la expresión que necesitamos.»

«¿Mis hijas?», dijo el padre.

«Claro. No debe ser la primera vez que se lo dicen.»

Simona giró la cabeza hacia su padre y se mordió la lengua. Vio como se hundía unos centímetros en la silla, con la cara roja y la boca desencajada. Vio que entrecerraba los ojos, como si necesitara enfocar bien. Al igual que ella, estaba sorprendido, amargamente sorprendido, y Simona sintió que se le encogía el corazón y que también el gran cuarto donde estaban comenzaba a encogerse. Como esas salas de torturas de las películas de Indiana Jones, donde paredes con cuchillos van estrechándose amenazadoramente, aprisionando a los protagonistas.

«Preciosas. Un encanto. Mira la sonrisa de esta chiquitita —dijo el hombre fijándose en Pía, que sonreía cocoroca ante tanto piropo—. Apuesto a que la sacó de la mamá.»

«Mis hijas», repitió el padre para sí, casi en un susurro.

«Sí, sus hijas —dijo el hombre, confundido. Tal vez había metido la pata hablando de la madre—. Bueno, vengan de donde vengan esos genes, son maravillosos», agregó para arreglar la situación.

«Sí, mis hijas —volvió a decir el padre, e intentó disimular la sorpresa—. Son preciosas», añadió en un tono cariñoso, pero sin suficiente orgullo.

«Entonces... ¿Con quién partimos la sesión? La chiquitita tiene cara de querer ser la primera.»

«Sí. Lo que usted diga. Con ella... pero... sabe... —hizo una pausa y forzó una sonrisa—. Es que no ando con efectivo en este momento, tendría que ir a sacar a un cajero. Voy a sacar plata al cajero y regresamos para hacer las fotos.»

«Si quieres, puedes dejarlas aquí. Mientras hacemos la sesión, vas al cajero.»

«No, no puedo dejarlas solas, ya sabe..., su madre... me mataría —se excusó, y soltó una risita torpe—. Pero vamos y volvemos.»

El hombre suspiró y luego tensó la boca hacia un lado.

«Entiendo», dijo molesto. Otra vez lo hacían perder su tiempo. Se puso de pie, y el padre y Simona lo imitaron al segundo. Pía siguió sentada un momento más, arremangándose el vestido, sonriente. El hombre caminó rápido hasta la puerta y les indicó el evidente camino a la calle. No mencionó que había un cajero en la bencinera que estaba en la esquina. Sabía que no iban a volver.

La puerta se cerró y los tres bajaron las escaleras en silencio. Simona se mordía los labios. Tenía un nudo en el estómago, sentía el cuerpo débil, y pensó que en cualquier momento se caería escalera abajo. No tenía dónde afirmarse porque no había baranda y su padre iba del lado de la pared. Pegado a la pared. También parecía como si se dejara caer. Pero sus pasos no eran inestables. Eran firmes o por lo menos poseían una pesadez y violencia que podían asociarse con la firmeza. Tenía la mirada fija en el suelo, llevaba los puños apretados y se pasaba la lengua por los labios. Ella pudo ver un hilito de saliva yendo de un lado a otro. Quería decirle algo, pero no se atrevía. Sentía su enojo. Porque ya no estaba nervioso o tenso, algo se había liberado en él. Pero no algo bueno. No para ella. Estaba furioso. Ella casi podía escuchar los latidos del corazón de su padre golpeando. Instintivamente miró su cinturón de cuero. Pero no le provocó miedo, sino más tristeza, porque se veía

gastado y viejo. Intentó tomarle la mano pero él bajaba cada vez más rápido, inalcanzable. No, no iba a mirarla ni a darle la mano. Y ella no podía resistirlo. Y la escalera parecía eterna.

Alejandro llegó al primer piso y abrió la puerta de golpe, y Simona recordó los golpes que daba cuando se encerraba en su pieza, y corrió escalera abajo para salir. Para seguir junto a él. No podía quedarse fuera otra vez.

Al salir, los rayos del sol le pegaron en los ojos y le dolieron; apenas pudo ver la figura de su padre, recortada oscura a contraluz.

«¿Ahora tienes tarjeta como la mamá?», preguntó Pía cuando por fin cruzó la salida. Él no levantó la vista y comenzó a buscarse algo en los bolsillos.

«¡Papá!», gritó de pronto Pía, tal como hacía cuando estaba muy nerviosa por un evento y se paraba en la ventana y gritaba: ¡Navidad! o ¡cumpleaños! También sentía la tensión y necesitaba que acabara pronto.

«Qué estúpido», soltó el padre y se tomó la cabeza con ambas manos. «¡Qué vergüenza!», gritó liberando su rabia. «¡Qué vergüenza!», dijo una vez más y volvió el rostro hacia Simona. La miró directo a los ojos, que eran de un café rojizo, iguales a los de él, y ella le mantuvo la mirada y por fin pudo ver el desprecio de su padre. «¡Qué idiota! ¡Qué estúpido! ¡Qué vergüenza!»

Se dio media vuelta y comenzó a caminar sin dejar de murmurar.

Simona quedó paralizada, con los ojos llenos de lágrimas. Su cuerpo tiritaba y creyó que el mundo se le venía encima, y que ella no podría cargar sola con él. Porque estaba sola. Se había equivocado. Había cometido un error terrible. Había avergonzado a su padre, y él nunca la perdonaría. Nunca la perdonaría. No volverían a cantar canciones, no la sorprendería con cosquillas. Lo había arruinado, se dijo, y justo cuando sentía que todas las tristezas de la tierra caían sobre su cabeza, apareció frente a ella el rostro redondo de su hermana pequeña. Tenía los ojos muy abiertos, desconcertados, temerosos. Y entonces Simona la observó. Observó a su hermana como nunca antes lo había hecho, y sintió lástima por ella, aún más lástima de la que sentía por sí misma. Porque sabía que su hermana no comprendía lo que pasaba y ella sí. Esa tarde no habría papas fritas. Y eso bastó, eso fue todo. La tomó de la mano, firmemente, y así emprendieron el camino a casa, siguiendo los pasos rápidos de su padre, Bellavista abajo.

TERESA

Salía de la biblioteca cuando lo vio. Se lo había encontrado un par de veces antes. Tres, exactamente. Más o menos las mismas circunstancias. Conducía una bici de paseo naranja y traía a una niña de pie en la parrilla. La niña no tendría más de seis años y se abrazaba a su cuello para mantener el equilibrio. Seguro que es su hija, pensó ella. Sus miradas, la de ella y la de él, se cruzaron por un segundo, curiosas y altivas a la vez, y luego ella siguió con lo que iba a hacer, que era sentarse en las escaleras y prender el cigarro que fumaba usualmente a esa hora, cada sesenta minutos, para despejar la cabeza. La niña también hizo lo suyo y se bajó de la parrilla de la bicicleta. Sus zapatos levantaron un poco de tierra en la caída. Llevaba un vestido blanco y su aspecto era sucio y descuidado, y cuando ella la vio aterrizar así en el suelo, creyó entender por qué. El hombre se bajó del sillín y se mantuvo en la bicicleta, de pie, con sus Adidas a cada lado del tubo del marco. Mantuvo una mano en el puño del manubrio y con el brazo libre indicó el camino que debía seguir la niña. Un trazo invisible hacia el interior de la biblioteca. Las paredes eran de vidrio y se veía claramente dónde estaba el baño. Un adulto lo podría ver, pensó ella, sin dejar de espiar la escena, entre bocanadas de humo. La niña observó el brazo de su padre y siguió adelante. Eso era lo único que podía hacer, se dijo, observar a su padre, sus ojos encantadores, y hacer lo que le indicara. La niña pasó por las escaleras, a unos centímetros de ella, con su vestido blanco sucio y su pelo largo, suelto y revuelto, evidentemente hermosa. Pasó saltando, con modales volubles y coquetos, dando cada paso como si jugara.

Se dio vuelta y vio a la niña entrar en la biblioteca. La vio seguir el camino delineado por su padre, porque de seguro era su padre — aunque ¿qué clase de padre enviaba a una niña de seis años al baño sola?—, y luego centró su atención en el hombre, que se apartó por fin de la bicicleta. Bajó la pata de cabra, comprobó que la bici se sostenía bien y se sentó en el anfiteatro que formaban los tres cuartos de escalera, en diagonal a ella.

Vestía una polera blanca y unos *jeans* grises ajustados. Tendría unos treinta. Delgado, no muy alto. Moreno y de ojos claros, con un jopo peinado hacia atrás y una barba cuidadosamente descuidada. Se sentó con las piernas abiertas de par en par y se echó hacia adelante juntando los puños y curvando un poco la espalda. Ella llevaba un vestido azul y su espalda también estaba un poco curva, como siempre. De seguro los hombres se fijaban en cosas como esa, se dijo. Lo miró directo a los ojos. Él recibió la mirada y, tras un segundo, desvió la suya. Era guapo, claro, y lo sabía, y desviaba las miraditas. Y también, pensó ella, era un hombre que esperaba a que su hija saliera del baño en cualquier momento.

Ella siguió mirando, con algo de descaro, pero también con tranquilidad. Porque no iba a pasar de ahí. Se lo tomaba como un juego, un duelo con pistolas de agua. No invertiría nada, tiraría la botella al mar sin mensaje siquiera. Fumó su cigarro de forma más afectada, como si fuera un villano de película. Ocupó el pulgar y el índice. Durante el tiempo que demoró en quemarlo, él le devolvió la mirada un par de veces. Serio, casi ofendido.

El cigarro tardó unos tres minutos más en extinguirse.

Lo apagó en el cemento y conservó la colilla. Se paró con cuidado para que no se le levantara el vestido y en ese momento volvió a la disyuntiva eterna: ¿por qué elegía un vestido tan corto?, ¿qué quería demostrar?, para enseguida responderse que era su derecho, que no podían disminuirla sus propias piernas, que era un símbolo de su independencia y libertad de mujer. ¡Su libertad! Le echó una última ojeada al hombre que, por supuesto, no contestó. Dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Por el reflejo del vidrio pudo ver que él la miraba marcharse.

Bueno, ha sido todo, pensó ella. Los mensajes, miles de botellas flotando. Tan común y a la vez siempre distinto y excitante. Una pequeña aventura, sin riesgos. Como ver el océano a través de un ojo de buey.

Al atravesar la puerta el hombre ya era parte de su pasado, como el cigarro que ahora botaría en el baño. El baño. La niña. Era tan... singular. ¿Qué sería de ella?

Mientras caminaba, pensó que, de ser ella la niña a la que su padre mandaba sola al baño, escaparía.

Lo haría pasar un sustito. Eso es lo que haría.

Recordó una vez, cuando era muy pequeña y se perdió de sus padres en el supermercado. Estuvo dando vueltas por el pasillo de los lácteos hasta que un guardia le preguntó si estaba perdida. Ella asintió con la cabeza. La llevó hasta el punto de informaciones y la dejó con una mujer peinada con una cola y una chasquilla enlacada, enorme. Ella terminaría la operación llamando por altoparlante.

¿Buscas a tus papás?, preguntó la mujer acercándose el micrófono a los labios.

Por alguna razón no preguntó el nombre de los padres, sino el de ella.

¿Cómo te llamas?

Teresa, contestó tras pensárselo un momento. Era el nombre de su mejor amiga.

La mujer de la chasquilla encendió el micrófono y poniendo voz de robot avisó que en informaciones esperaba Teresa, perdida.

¿Quién no le cree a un niño? ¿Quién desconfía de los propósitos de sus acciones? ¿Es que existen tales propósitos siquiera?

No, los niños actúan sin pensar. Se dejan llevar. Siguen el trazo invisible del brazo de su padre, sus ojos encantadores.

Así que pasó una media hora y nadie fue por ella, por Teresa. La sentaron en el mesón de informaciones y le prestaron unos timbres y una hoja en blanco para que se entretuviera. Ella giró la banda de goma e inscribió miles de fechas de cumpleaños, la suya, la de su papá, la de su mamá, la de su abuela, la de su mejor amiga. Al final, firmó el documento como si de un testamento se tratara. Porque siempre pensaba en eso, en su testamento.

Sus padres la vieron cuando pasaban por ahí con el carrito lleno de bolsas.

¡Claudia!, dijeron al mismo tiempo, sorprendidos de encontrarla muy instalada en el mesón de informaciones.

La mujer de la chasquilla la miró boquiabierta y ella bajó la vista.

El malentendido se arregló con las risas incómodas de la mujer y el meneo de cabeza sonriente de los padres. Todos divertidos, como si se tratara de una escena de *Mi pobre angelito*. Nadie pidió explicaciones. Nadie puso en duda que ellos fueran los padres de Claudia, o que ella fuera Claudia y no Teresa.

Los niños no mienten, pero a quienes se les cree es a los adultos.

Las palabras finales son adultas.

Cuando terminó de recordar ya había botado el cigarro y se lavaba las manos frente al espejo.

Eso es lo que yo haría, volvió a decirse cuando salía del baño, y enseguida buscó a la niña con la mirada.

Ahí estaba, junto a un guardia, intentando pasar sobre sus objeciones y salir por la otra puerta de la biblioteca. Perdida.

Sonrió y fue hacia la niña.

Tienes que salir por la otra puerta, le dijo, y la niña le dirigió una mirada rápida y volvió a fijar su vista en la salida errada. El guardia parecía aún más desconcertado con su intervención en el asunto. ¿Por la otra puerta para qué? ¿Está contigo?

Ninguna de las dos aclaró su confusión y se alejaron un poco.

Allá está tu papá, ¿lo ves?, dijo, y entonces ella también trazó un camino invisible con su brazo, como la estela de un torpedo en el mar.

La niña no respondió ni se movió. Se limitó a observarla con su mirada voluble y coqueta.

Tu papá. Ahí. ¿Tu papá?

La distancia no pasaba de los veinte metros. A través del vidrio se podía ver claramente al hombre que era guapo y sabía que lo era. Sentado. Ahí estaba. Hasta un niño de tres años habría sabido cómo regresar, pero la mirada de la niña estaba vacía, como la de un ciego.

Claudia se giró hacia el guardia, incómoda. Intentó llamar la atención del padre con unos gestos ridículos. Él ni siquiera miraba hacia el interior. Parecía muy entretenido con sus propios puños y con el tiempo perdido, para sí, en sus manos. ¿Qué podía hacer ella? El hombre ya era parte de su pasado. No podía salir otra vez, no podía volver atrás, ¡y con la niña! Avanzó unos pasos siguiendo la dirección de su propio índice y entonces la niña le tomó la otra mano.

Bueno, así es como será.

Caminaron hacia la salida de la mano y el hombre por fin las vio a través del vidrio.

Abrió los ojos de par en par y se puso de pie al instante.

Ella iba con la espalda aún más encorvada en su papel de superhéroe, pero una vez que salieron al Parque Bustamante se enderezó, así él no pensaría que estaba tan loca como para secuestrar a su hija por una mirada más. No regresaba por él, sino por ella.

¿Otra vez perdida?, preguntó con cierta gracia cuando estuvieron a su lado. Ya se había vuelto a sentar.

Estaba perdida, sobreexplicó ella, y se sintió tonta, pero siguió: quería salir por la otra puerta.

Él le sonrió. Gracias.

Ella le devolvió la sonrisa.

La niña le soltó la mano y ella lo lamentó y se quedó parada unos segundos más, alargando el momento. ¿Otro cigarro serviría?

Gracias, repitió él mientras la niña se abrigaba bajo sus brazos.

Ella asintió con los labios apretados.

¿Quieres dar un vuelta?, la invitó él con naturalidad.

Ella miró a la niña, su cabeza apuntaba hacia el cielo, a la derecha, con sus ojos siempre en ninguna parte.

Tengo mis cosas arriba, respondió.

Anda a buscarlas, dijo él, acariciándole el pelo a su hija. Te esperamos. Ella lo miró a los ojos y al instante se olvidó de sí misma, como tantas veces había hecho. ¿Qué hora era? ¿Tenía algo que hacer? Nada importaba, bailarían en la palma de su mano de ser necesario.

Claro. Voy y vuelvo.

Guardó el libro y su cuaderno en la mochila, y se despidió del músico que siempre se sentaba a su lado en la mesa de estudio.

¿No llegó la inspiración?, le preguntó, sorprendido de que se fuera temprano.

No, respondió ella. Lo intenté, pero no llegó. Ambos rieron y ella sintió que se sonrojaba.

Cuando salió, el hombre ya la esperaba montado sobre la bicicleta con la niña parada en la parrilla, que se colgó de sus hombros, dejando mecer su barriga con deleite llano, como todos los tallos de plantas que son naturalmente sensuales por su curvatura.

Dieron un par de vueltas por el parque. Había adultos y jóvenes trotando, otros paseando a sus perros o a sus hijos, escolares tomando y fumando en el pasto, niños en los juegos, señores y señoras intentándolo en las máquinas de ejercicio municipales. ¡Cuánta vitalidad!, pensó ella con nostalgia o excesiva seriedad. Había cumplido con alguno de esos papeles en el pasado. Estaba en esa edad en que ya has hecho una y otra cosa.

La niña se había sentado en la parrilla y apoyaba la cabeza en el sillín. Él guiaba la bicicleta por el costado. Claudia iba a su lado, sin decir palabra. Deseaba saber más, preguntar si era su hija, pero no se atrevía. Caminaba nerviosa y disminuida. Ni siquiera se sentía capaz de girar la cabeza un poco y rastrear en sus facciones o gestos la respuesta que los emparentara. Era como si resplandecieran y fuera peligroso mirarlos directamente. También sentía que cruzaba el límite, que por fin actuaba en consecuencia con los mensajes arrojados al mar. Un hombre le había dicho una vez: «Desaprovechas el ímpetu, el deseo es fugaz». A ella le pareció una frase altisonante y le respondió que el problema era que nunca se satisfacía del todo. El deseo. Pero lo dijo para sacárselo de encima, porque no estaba segura de arriesgarse con él. Tal vez ahora

lograría averiguar un poco más. Imaginó cómo sería, cómo se comportaría él, y entonces su voz la interrumpió.

¿Y tu nombre es...?

Teresa, respondió ella, con cierta frialdad. Sin mirarlo y manteniendo el silencio.

Yo me llamo Bruno, dijo él con ironía, evidenciando que era consciente de todas las cosas que ella se guardaba.

Un perro negro se acercó y empezó a ladrarle. A ella, no a las ruedas de la bicicleta, como solía suceder. Ladraba siguiéndola desde cierta distancia, con odio y sin miedo.

Los perros le ladran a los fantasmas o a los ladrones, pensó. ¿Qué sería ella?

¿Por qué te ladran los perros, Teresa?

Saben que estoy pensando cosas malas.

Verdad, se me había olvidado que los perros hacían eso.

Ellos mismos lo han olvidado un poco.

Los perros ya no son los de antes, dijo él. Y entonces Claudia pudo mirarlo por fin a los ojos. Eran azules y destellaban.

El perro se quedó junto a una pandilla de vagabundos que se olían entre sí. Ladró una última vez, desde lejos.

Claudia sacó un cigarro y le ofreció la cajetilla abierta.

No fumo frente a ella.

Claro.

¿Quieres ir a tomar once con nosotros? Vivo a la vuelta. Seguía hablando con un tono decidido, aunque no calculado. No del todo. Si hubiera presumido total seguridad al proponerlo, ella se habría marchado enseguida.

Claro.

¿Dónde vives tú?

No tan cerca.

Claro. ¿Qué hacías en la biblioteca?

Nada.

Claro.

Leía.

¿Qué?

El Código Civil. Era lo que leían casi todos en esa biblioteca. Sonaba real.

Claro.

Esta parte va a ser más difícil, dijo Bruno cuando llegaron a la puerta de un edificio viejo. Es en el cuarto piso, dijo, sopesando la bicicleta con una mano y arqueando las cejas.

¿Qué hacía con una bicicleta de paseo de todos modos?, se preguntó ella. Y si vivían tan cerca, ¿por qué había pasado al baño de la biblioteca y no al de su propio departamento? ¿Es que ese era el paseo?

Por arriba resaltaba la publicidad de calcetines Monarch. Pantorrillas de neón. Cuando era chica y viajaba en micro con su mamá, ese cartel le avisaba que estaba lejos de casa. Verlo le llenaba el corazón de algo parecido a la alegría. No recordaba la edad en que creció y se dio cuenta de que aquella publicidad estaba en el centro mismo de Santiago. Tan ridícula e inofensivamente cerca.

La niña sostuvo la bicicleta y él buscó las llaves en uno de los bolsillos de sus *jeans* ajustados y abrió la primera puerta. Quedaban dos más. En cada umbral había un cartel que decía «Cierra al salir. Protegernos de la delincuencia depende de los residentes». Qué dramático, pensó ella, un eslogan de derecha.

El piso y las escaleras eran de mármol verde, enmarcados por una línea dorada de metal, lo que mejor se conservaba del edificio. El resto era un pasillo oscuro de paredes sucias, puertas sospechosas y vidrios quebrados.

La niña subió primero, al mando de las llaves, luego Bruno con la bicicleta a cuestas y Claudia detrás, cuidando que la rueda trasera de la bici no la golpeará. Tras subir el último escalón encontró la puerta del departamento K abierta. Esperó indecisa. Se llevó la mano a la boca y se mordió un dedo. Todavía podía dar media vuelta e irse.

Pasa, gritó él desde adentro.

Ella hizo lo que siempre hacía en una situación como esa, repetir el consejo del horóscopo que había leído en un diario a los quince: «Lanzarse al vacío con fe», y dio el paso siguiente.

Deja tu mochila por ahí, volvió a gritar Bruno desde otra pieza.

Ella la dejó donde estaba parada. No parecía tener importancia, dada la decoración del departamento: ninguna. A excepción de una mesa plegable, unos pisos de plástico, un espejo y dos colchones de lana cuadrados en el piso, no había nada más. Ni fotos, ni cuadros, ni adornos, ni basura. Era desconcertante que un tipo que parecía tan preocupado por su apariencia viviera en una casa vacía. Y eso la intrigó y deslumbró a la vez. Se preguntó quién era él en realidad, quiénes eran esos dos.

Los muros eran altos, con guardapolvos redondeados. La única ventana del *living*, en la pared izquierda, daba al patio interior del edificio. No había mucha luz y el paisaje a contemplar lo componían la ropa y las toallas tendidas en el balcón de los vecinos del frente. Sobre los colchones, unos números rayados en la pared. Parecían de teléfono. Las rayas del parquet evidenciaban muebles arrastrados que ya no estaban ahí.

Por un segundo pensó que Bruno le gritaría que acababan de mudarse. Aunque de todas formas no era la respuesta que buscaba y no aclararía la precariedad enigmática del departamento. Pese a la falta de expresión del lugar, el hecho de que no hubiera un objeto que diera pistas sobre quién o quiénes habitaban ese espacio, daba la sensación de que llevaban largo tiempo allí. Un olor pesado y cálido de rutina diaria lo confirmaba. Y también porque parecía intencional. Había algo de premeditación en aquel descampado, y eso, la decisión por la ausencia, la deslumbró todavía más. Al fin y al cabo, decía tanto como si estuviera repleto de figuritas de cómic coleccionables.

Bruno apareció con un pocillo con Chocapic flotando en leche en una mano, y una botella de vino tinto y dos copas en la otra. Llamó a la niña. Ella llegó corriendo, tomó el pocillo y volvió a desaparecer rápidamente. Cuando Claudia escuchó que se cerraba la puerta volvió a lamentarlo, otra vez no se había fijado en el rostro de la niña y no podría descifrar sus facciones. Aunque ya no era el parecido con el padre el que la inquietaba. Deseaba rastrear la filiación con la madre. Porque debía existir una, se dijo, estuviera donde estuviera, existía una mujer con los rasgos de esa niña. ¿Dónde?

Bruno la invitó a sentarse en uno de los colchones. Acercó un piso, colocó las copas y sirvió. Cuando ella tomaba, ocupaba vasos, no sabía de vinos y ni la botella ni la marca le dieron pistas sobre su calidad. Tras probarlo tampoco lo sabría. Él se sentó en el colchón libre, tomó una copa, recostó la cabeza en la pared y esperó a que ella tomara la suya para brindar.

Por los encuentros, dijo Bruno.

Bebieron los primeros tragos en silencio. Él le pidió un cigarro. Ella sacó dos y fumaron, también sin hablar. Se escuchó la voz de una mujer

que dijo: «Obvio, obvio que sí, obvio». Su tono de voz era enfático y era probable que hablara por celular, porque no recibía respuesta. Un pequeño anillo transparente cayó por la pared blanca y siguió avanzando por el piso de madera. Claudia sabía que el aro bajaba por dentro de su ojo. Un hombre con el que había salido una vez y que no comía azúcar le había dicho que era muy normal, aparecían cuando te faltaba una proteína. Le dijo el nombre de la proteína pero no lo recordaba. De todas formas, ella seguía relacionándolo con una mezcla de ansiedad y quietud. Se levantó y caminó hacia la ventana. En el borde exterior encontró unas conchitas, el primer adorno —o lo más parecido a un adorno— que veía. Jugó con ellas un rato, preguntándose qué estaría haciendo Bruno. ¿La miraría a ella y a su espalda, o el borde de su falda y sus piernas? ¿Estaría mirándose otra vez los puños? No quiso voltearse y averiguarlo y jugó un rato más con las conchitas. Palpó los pliegues ásperos de la caparazón, deseando que él se acercara, quizá para abrazarla, pero sabiendo que no era un hombre de esos, de los que acompañaban, al baño o a mirar por la ventana.

Así que... Todo ese asunto de la niña perdida... ¿Es como llevas mujeres a tu departamento?, soltó ella de pronto. Qué frase más humillante, otro eslogan de derecha.

Claro, es nuestro método, respondió él y le guiñó un ojo cuando ella se volvió.

Claudia caminó de regreso y se sentó de nuevo en el colchón. Bebió un trago largo de vino, dejó la copa a un lado y se deshizo de sus manos colocándolas sobre sus rodillas desnudas. Miró hacia la pared y su postura tenía un aire de derrota. Él se acercó y entrelazó los dedos en los de ella, levantó su mano entre las suyas, y ambos volvieron sus rostros, Claudia lo miró insegura, pero el apoyó su frente en la de ella y sonrió.

La tomó por la cintura y la sentó sobre sus piernas, de cara a él. Claudia acarició sus hombros y sus brazos morenos, siguiendo la leve curvatura de sus músculos. Tenía el tatuaje de una lagartija en el antebrazo, solo las líneas, negras. Aunque tampoco es que pareciera inacabado. Tal como el departamento, era así como debía ser. Trazó la línea del dibujo con un dedo y luego tiró de sus vellos escasos. Eran cortos y delgados, como los de un niño.

Afírmate de mi cuello, le dijo él.

Se colgó y Bruno se levantó del colchón. Ella enlazó sus piernas a la cintura de él, apoyó la cabeza en su pecho y sintió como le martillaba el corazón, y su respiración agitada. Deseó que la llevara a su cama rápido y así sucedió, y durante el tiempo en que se sostuvo de su cuerpo, aferrándose a él, sintió un vértigo maravilloso. Qué entretenida podía llegar a ser la vida. Ya no estaba nerviosa ni asustada, pisaba tierra firme. Y todo gracias a las coincidencias, a la buena suerte. Ir anclada así de un hombre...

Pasaron a la pieza. Bruno le pidió que empujara la puerta con las piernas, y al hacerlo, al darse cuenta de que la puerta debía estar cerrada, ella recordó a la niña. No estaban solos. Él se sentó en la cama con Claudia todavía encima. La observó y chasqueó la lengua en sus dientes ligeramente hundidos. Ella quiso preguntar si debían ser silenciosos, pero antes de que pudiera decir nada, él la tomó por el cuello, apretó despacio y subió la mano hasta su boca, la tapó y volvió a apretar, con fuerza.

La habitación era aún más oscura que la anterior y completamente distinta. Parecía la de un matrimonio convencional. Catre de madera de dos plazas, sendos veladores a ambos lados con idénticas lámparas. Alfombras de bajada. Un plasma sobre una cómoda de tres cajones. Cuadros de cobre repujado con la imagen de caballos y toros al galope. Flores en la ventana, persianas de metal, celestes y viejas. A Claudia le resultó familiar, era como si perteneciera ahí, a esa extraña familia con su extraña forma de habitar los lugares.

No pensé que sería así, le susurró. Miraba los muebles.

¿Ah no?, respondió él, y le acarició la cabeza, tal como había hecho con la niña rato antes. Estoy seguro que sí.

Comenzó a besarle el cuello mientras sostenía su pelo en el aire, formando una cola, tirando un poco de ella, y después la acarició bajando por la línea de sus vértebras. Pese a la seguridad y la fuerza con que la había llevado a la cama, las manos le temblaban.

¿Te gusta?, preguntó mientras lamía el lóbulo de la oreja de ella.

Sí.

¿No importa que vaya a terminarse?

No.

Bruno se recostó en la cama e hizo que Claudia lo siguiera, empujando su nuca, y ella lo besó y empezó a mecerse sobre él.

¿Quieres sacarme la ropa?

Me encantaría.

Apretó los muslos de Claudia con la mano y fue bajando hasta llegar a sus zapatillas. Se las sacó con mucho cuidado y suavidad, y lo mismo hizo con los calcetines. Acarició sus pies desnudos. Bajó el cierre del vestido y se lo sacó por arriba, con energía, y siempre con un temblor en sus manos y respiración, como si algo lo afligiera.

Ella disfrutaba estar desnuda sobre un hombre vestido, y empezó a bajarse los calzones para seguir por ese camino. Antes de que pudiera deshacerse completamente de ellos, él la tomó de los hombros y la giró y la acostó de perfil, frente a él, y bajó la copa izquierda de su sostén con cierta furia, y empujó su pezón hacia adentro con el dedo. Presionó y masajéó, y ella estaba muy cerca de él, anhelante, con la boca abierta, sedienta y generosa. Pudo sentir el aroma de Bruno, cítrico. Un aroma conocido, que ya había sentido en otros hombres, y que hizo que quisiera preguntarle en qué trabajaba, cómo se ganaba la vida.

Volvió a apretar su garganta con fuerza y luego acarició sus cejas con ternura. Le lamió los pechos y buscó en su entrepierna para comprobar si estaba mojada, y cuando lo supo, soltó un suspiro de dicha y de placer y mantuvo su mano ahí e introdujo dos dedos de su mano libre en la boca de Claudia, lentamente, esperando que los lamiera, y eso fue lo que ella hizo.

El cuerpo de Bruno se tensó y empujó el vientre de Claudia con la rodilla y comenzó a frotarse contra ella. La forma en que la tocaba y la tomaba adquirió cierta violencia, no una violencia recia o dominante, sino, para su sorpresa, torpe, un impulso inexperto. Lo observó. Se relamía los labios y parecía que algo en su interior se contraía. Estaba completamente abstraído en sí mismo, con los ojos en blanco, entornados de una forma que en otro hombre le parecería vulgar, pero no en él. Ella adoraría a un hombre como él. Acarició su pelo, que ya estaba mojado, y le sacó la polera blanca también húmeda, para empaparse con su sudor, porque era algo que necesitaba. Absorber el sudor de un hombre. Y recordó la letra de una canción que decía: «Tu sudor es salado, y yo soy el porqué».

¿Qué haces aquí?, preguntó. ¿Sigues triste?

Claudia inspiró muy profundo y botó el aire despacio. Abrió los dedos, clavó las uñas en la espalda de Bruno, y se elevó.

No importa cuántas veces regreses, Teresa. No importa que estés triste, porque yo también lo estoy. Todos estamos igual de tristes...

Y entonces ella comenzó a reír.

Su risa, silenciosa al principio, luego más fuerte. Es muy tarde para hablar de esto. Él la acalló con un beso.

Cuando despertó ya era de noche. Bruno yacía a su lado, dormido. Se sentía algo mareada, pero sabía perfectamente dónde estaba y lo que había hecho. Se acercó a él y sintió el aroma de su cuello una última vez. «Mi amor», quiso susurrarle al oído. Pero no lo hizo. Porque no era verdad, no era su amor. Nada de lo que hubiera pasado entre ellos tenía ya la menor importancia. Esa no era su vida y jamás lo sería. Se levantó con cuidado para no despertarlo. Junto su ropa repartida por la cama y el suelo, silenciosa y ágil, tal como arreglan sus asuntos los gatos. Subió

el cierre del vestido y se acercó a la ventana. Al otro lado, vio la ventana de otro edificio, por cuyas cortinas se colaba una luz roja, brillante y endemoniada. Se miró en el reflejo del vidrio. Tenía ojeras y la piel brillante. El pelo revuelto. Qué rostro tan extraño, se dijo, ¿era la cara de un ladrón o de un fantasma?

Una sonrisa se dibujó en su semblante.

Salió de la pieza. Se movió con rapidez, sintió que le faltaba aire. Abrió la puerta de la pieza contigua con determinación, como un personaje que entra en escena. La niña estaba sentada en la alfombra viendo monitos en la tele. La luz del televisor iluminaba su perfil. Claudia fijó la vista en un dibujo rayado en la pared. Parecía un vampiro, un vampiro con forma de pájaro. El terror la invadió al ver la imagen, pero luego miró a la niña, y ella también la miró, directamente, y entonces los ojos de ambas se nublaron. Claudia se acercó, le peinó el pelo con las manos, distribuyó dos partes a ambos lados del cuello y los amarró con elásticos. Le alisó el vestido y ató los cordones sueltos de sus zapatillas. Tomó su mano y juntas atravesaron la puerta del departamento en unos pocos segundos.

TALCAHUANO

Vivíamos en una de las poblaciones más pobres de una de las ciudades más feas del país: la Santa Julia, en Talcahuano. Un puerto que a nadie le gustaba por su cielo encapotado, en donde todo tomaba un tono gris por el hollín de las industrias y con fama de hediondo por la pesca. Pero a nosotros no nos molestaba vivir en un lugar que la gente considerara feo, todo lo contrario, al menos yo me sentía extrañamente orgulloso. Todos nosotros: Pancho, Julio, Marquito Carrasco y yo, nos sentíamos fuertes y complacidos. Disfrutábamos con sentarnos a la entrada de la casa de los Carrasco y contemplar las casuchas que descendían cerro abajo y el mar que ceñía la cintura de la península, y hacer planes y comer sandías. Fue a lo que nos dedicamos todo el verano de 1997. Comimos sandías cada día de esas vacaciones. Pancho y Marquito las consiguieron con un camionero al que le hicieron dedo en Concepción. Durante el trayecto, el hombre dijo que hacía mucho que no lo hacían reír tanto y que podían quedarse lo que quisieran. Esa tarde cargamos entre todos las catorce sandías hasta la casa de los Carrasco. Y cuando terminamos, nos sentamos al pie de la escalera, sobreponiendo medialunas de sandías a nuestros rostros, para lucir unas sonrisas descaradas ante el paraje ruinoso que teníamos por hogar.

Nos veo claramente, exhibiendo nuestra felicidad con muecas pulposas de sandía. Riéndonos frente a los rostros cansados y afligidos de nuestros vecinos. En especial en esa época, cuando por la crisis de la industria pesquera nadie tenía trabajo y los cesantes solían deambular por las calles con una expresión de servidumbre y derrota, como si se tratara de un batallón de soldados vencidos. En realidad, mi padre era el único militar vencido. Tras quince años en la marina, lo dieron de baja. Pero aunque ocurrió en el peor momento posible, no fue por la crisis que no consiguió trabajo. En cierta forma, fue él quien lo decidió. No quería empezar de nuevo.

Antes de que comenzaran las vacaciones, hubo una especie de pelea entre mis padres. Digo *especie* porque, como era lo común entre ellos, no hubo discusión directa ni siquiera un cruce de palabras. Otro recuerdo claro en mi memoria. La familia —mis padres, mis dos hermanas y yo— sentada en torno a la mesa de la cocina. Una fuente de pan duro en el centro y un té aguado para cada uno. Desde hace días que la comida escasea en la casa. Mi madre dice que ha calentado el pan para ablandarlo un poco. Nadie le sigue la conversación. El pan se quemó, y ahora, además de duro, está negro como el carbón. Tomamos el té en silencio. De pronto, mi madre se levanta, agarra una de las marraquetas y la lanza contra la pared gritando. Veo la rabia en el movimiento de su brazo, como si en vez de pan duro tirase una piedra. Y el golpe en el suelo de madera suena como una piedra. Mis hermanas y yo miramos el pan en el suelo. Mi madre se sienta como si nada, pero al tomar la taza de té le tiemblan las manos. Apenas bebe un trago y

vuelve a pararse, esta vez va a su pieza. La escuchamos sollozar. Mis hermanas la siguen en el acto y, sentadas junto a ella en el borde de la cama —puedo verlo desde donde estoy—, se abrazan.

Mi padre, que ha mantenido la mirada en el té durante toda la escena, sigue sin tomarlo y sin decir nada. Y yo me limito a tomar el mío con él en la cocina. Me quedo junto a mi padre y no con mi madre y mis hermanas, aunque no porque esté de su parte. Yo no estoy de parte de nadie. Por entonces participaba de los problemas familiares tanto como si viera una película. Una cuya historia desafortunada no podía afectarme más allá de los segundos en que la contemplaba y que podía dejar atrás con facilidad. No me preocupaba el silencio de mi padre ni su rostro vacío al observar el té. Era feliz manteniéndome al margen. Estaba seguro de que podía arreglármelas por mi cuenta, con mis amigos.

Por eso me pasaba casi todo el día en la casa de los hermanos Carrasco, Camilo y Pancho. Teníamos el lugar para nosotros. Su padre trabajaba como minero en el norte —era el único papá del grupo que tenía trabajo— y su madre pasaba todo el día en la casa de la abuela de los Carrasco con su hija recién nacida. Pancho era el hermano menor y mi mejor amigo. Su cuello escaso, espalda ancha y piernas cortas le daban un aspecto rígido que no correspondía en nada con el torrente de energía que liberaba. Desde chico tenía la habilidad de tramar aventuras y meterse en problemas. Nada peligroso, solo travesuras infantiles.

Entonces ambos teníamos trece, aunque, por los siete meses que nos llevábamos, yo pronto lo superaría.

Como vivíamos a un par de cuadras, habíamos pasado prácticamente cada día de nuestras vidas juntos. Los Carrasco en Pichidegua, que significa «pequeño ratón», y yo en Malal, «corral». Todas las calles de la población tenían nombres en mapudungun. Años atrás, con Pancho y un compañero del liceo mitad mapuche, nos dedicamos a traducir los nombres de casi todas las calles. Albergábamos la ilusión de descubrir que aquellos pasajes estrechos de tierra en los que vivíamos tuvieran nombres importantes —supongo que teníamos una idea heroica del mapudungun—. Al final eran casi puros nombres de animales comunes del campo, pero seguimos manteniendo cierto orgullo por nuestras calles, sobre todo cuando las comparábamos con las de las poblaciones industriales vecinas, donde los pasajes eran números.

Talcahuano, «cielo tronador», fue el único nombre que confirmó nuestras ilusiones.

La población Santa Julia nació de una toma en Los Cerros de Talcahuano, y casi todas las casas fueron construidas por sus dueños con tablas de madera y planchas de zinc. La de los Carrasco era de las más grandes y bonitas, con segundo piso, escalera de cemento para la entrada y panderetas de hormigón que cerraban el patio trasero. La mía

era muy pequeña porque mi padre la construyó en el terreno de la casa de su mamá, mi abuela. Decidió hacer vivir a su familia en la Santa Julia y no ocupó una de las viviendas de la Villa Naval, a la que tenía derecho por ser marino. No es que se avergonzara de ser parte de la Armada, él como ninguno poseía aquel orgullo típico de los militares, pero decía que no quería que sus hijos se acostumbraran a ese ambiente y, con eso, que no quería que ninguno de nosotros terminara también en la Armada. Además de la casa, mi padre fabricó muchas de las cosas que teníamos, desde los muebles hasta nuestros juguetes. Le gustaba trabajar con madera, pero podía ingeniárselas con cualquier basura que encontrara por ahí: botellas, tapas de aluminio, tarros de leche en polvo, carriles de hilo. Solía decir que de haber tenido las oportunidades habría sido ingeniero. Mi madre lo incitaba a que pusiera un taller para ganar plata extra. Pero él siempre le aclaraba, con tono serio, que ya tenía un trabajo y que con poder alimentarnos bastaba.

Él ya tenía un trabajo.

Desde niño me acostumbré a que la gente fabulara con el trabajo de mi padre. Los vecinos, la familia de mi madre, mis profesores y mis compañeros del liceo lo trataban con mucho respeto. Un respeto que tenía algo de admiración, pero sobre todo de temor, supongo que por la dictadura, y que cubría su labor con un halo de expectación y misterio. Claro que, para su familia, su trabajo no poseía ninguna oscuridad atrayente. Sabíamos exactamente a lo que se dedicaba.

A veces, cuando era chico y lo acompañaba a la Base Naval, me dejaba jugando en una bodega llena de torpedos mientras él trabajaba. Yo me entretenía con un juego simple que podía mantenerme cautivo toda la mañana: hacer rebotar una pelota de plástico contra la cabeza de los torpedos. Eso era todo. La bodega con torpedos era lo más cercano al aspecto bélico y temerario de su trabajo. Que yo supiera, ni siquiera había estado en alta mar. Entró al servicio en busca de una oportunidad —algo que hacer— y terminó trabajando en la Base Naval de Talcahuano. Algunas noches de guardia, la mayoría de las veces como mesero —«mayordomo», creo que era el título oficial— en el casino de los uniformados. Pero servir los platos no lo apocaba. Él mismo lavaba y planchaba su uniforme azul marino, para llevarlo con la misma altivez que un oficial bajo el delantal blanco de garzón.

Nunca supe por qué lo dieron de baja. Mis hermanas decían que había sido por un accidente muy tonto en el casino, algo de un altercado con un capitán. Fuese lo que fuese, lo cierto es que, desde entonces, su mirada resuelta de militar, que cautivaba a tanta gente, se volvió indiferente y perdida.

Fue a mediados de enero que Pancho nos anunció su plan. Esa mañana estábamos Marquito y yo sentados al pie de la escalera. Marquito era el primo de los Carrasco. Tenía doce, el menor del grupo. También vivía cerca, en Cahuello («caballo»), y al igual que yo, pasaba todo el día en la casa de sus primos. En un principio, su mamá lo mandó para que su

hermana lo cuidara mientras ella trabajaba, y luego pasó a ser uno más de nosotros.

Mientras esperábamos que los hermanos Carrasco se despertaran, intentábamos traducir la letra de *The Headmaster Ritual* de los Smiths.

Antes de salir de vacaciones, Pancho y yo robamos dos diccionarios de inglés del liceo. La idea era traducir las letras de nuestros grupos favoritos durante el verano. Por esa época estábamos pegados con los Smiths. En Conchester, como llamábamos a Concepción, había una disquería y de tanto ver y admirar todo sin comprar nada, el vendedor nos ofreció grabarnos los álbumes que quisiéramos si le llevábamos los casetes vírgenes. Pasamos tardes enteras conversando con él. Nos contó que Morrissey llamó The Smiths a la banda porque era uno de los apellidos más comunes y vulgares de Inglaterra: creía que era tiempo de que lo vulgar se mostrara al mundo. Nos brillaban los ojos al escuchar historias como esa. Queríamos ser como Morrissey y, como él, nos sentíamos a un mismo tiempo tan vulgares como increíblemente superiores.

—Lo tengo todo pensado —dijo Pancho tras abrir la puerta de su casa de un golpe.

Marquito y yo nos giramos y elevamos la vista para verlo. Se golpeaba la cabeza con el dedo índice repitiendo «está todo aquí». Venía recién despertando. Tenía el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre. Se sentó a nuestro lado y miró al frente con esa expresión trastornada que ponía cada vez que tramaba algo. Con Marquito dejamos los diccionarios a un lado y esperamos a que nos contara qué era lo que se traía en mente, pero Pancho no dijo nada. Se limitó a respirar muy profundo, como si intentara calmar sus pensamientos.

—¿Dónde está el Camilo? —preguntó de pronto.

—¿No estaba contigo, en la pieza, durmiendo? —dije, y volví a tomar el diccionario. Busqué *jealous* por «*jealous of youth*».

—¿Cómo? —dijo Pancho, confundido. Se levantó de un salto y entró en la casa.

El viento arremolinó tierra en la calle y yo me cubrí la vista para evitar que me entrara en los ojos. El viento era algo que nunca se iba de Talcahuano, no importaba la estación. Pancho volvió a salir de la casa, esta vez con el pelo mojado y unos trozos de sandía que nos repartió.

—Vamos a robar los instrumentos de la iglesia —dijo, decidido, tras un par de mascadas—. Yo pido la guitarra.

—¿Y el Camilo? —preguntó Marquito.

—Está en la pieza durmiendo.

—Pensé que el plan era traducir las canciones —dije.

—Ahora vamos a hacer las dos cosas —respondió sin mirarme y escupió las pepas de la sandía. Pancho siempre quería hacerlo todo al mismo tiempo.

—¿Qué iglesia? —preguntó Marquito.

—La del papá de la Betsabé —respondió Pancho. Volvió a pararse. Entró en la casa y puso el primer tema de *Meat is Murder* en la radio, la canción que traducíamos. Subió el volumen a todo lo que daba, bailó moviendo los brazos como si tuviera un ataque de epilepsia y dio un salto que lo llevó desde dentro al suelo de la calle, delante de nosotros.

La Betsabé era la hija del pastor del ministerio evangélico de Talcahuano, Bendecidos para Bendecir. Jugábamos con ella de chicos, hasta que su papá se metió a fondo en lo de la religión y se hizo pastor. Desde principios del verano que Pancho quería conquistarla. En realidad, ambos nos habíamos propuesto conquistarla, pero Pancho era más perseverante que yo, y asistía a las reuniones del ministerio para verla. En la reunión —así llamaban los evangélicos a las especies de misas que hacían— del día anterior se le ocurrió lo del robo. Dijo que fue como una revelación mística. Según él, mientras todos alzaban las manos al cielo, gritando aleluya y coreando «Él vive, Él vive. De la muerte resucitó. Él vive, Él vive. Vamos a celebrar», reparó en que la música de fondo provenía de una banda que tocaba en un pequeño escenario, a un lado del pedestal del pastor. Vio los instrumentos flotando en el aire sin los músicos que los tocaban: guitarra, bajo, batería y teclado. Sintió que Dios se le manifestaba, revelando una nueva misión, algo así como que Dios quería que se robara los instrumentos. El año anterior habíamos decidido que Dios no existía o que si existía no nos interesaba. Pero no era extraño escuchar a Pancho decir cosas como esa. Había algo de los evangélicos que no dejaba de encajar con su personalidad: el éxtasis, el delirio impulsado por el fanatismo. Podías imaginarlo como un cristiano convertido tras años de pecado, o como un autoproclamado profeta con trances místicos en medio de la plaza de un pueblo, rodeado de un pequeño grupo de seguidores, gente como el Marquito y yo.

Cuando Camilo apareció, Pancho todavía no lograba explicarnos del todo su nuevo plan. Camilo era un año mayor. También era bajo, pero más flaco. Físicamente no parecía el mayor, como en ninguna de las otras aptitudes, pero lo compensaba con ser más violento. Solía agarrarse a combos, sobre todo con Pancho. Vestía solo un pantalón de buzo, que no se sacaba ni para dormir, y llevaba un trozo de sandía en la mano para desayunar. Nos saludó alzando las cejas y se sentó en el suelo, lejos de nosotros tres. Apoyó la cabeza en el muro de la casa con

una actitud malhumorada, como intentando dejar bien claro que no le interesaba nada de lo que Pancho tramase.

Con Camilo a un costado y nosotros al pie de la escalera estábamos, finalmente, los cuatro reunidos esa mañana. Puedo vernos como la pandilla inofensiva que éramos, cada uno desempeñando su papel. Marquito el del cabro chico, Camilo el del pendenciero, Pancho el del revoltoso e impulsivo, lleno de ideas locas, y yo como la otra cara de la moneda y su compañero fiel; mucho más sereno y callado, reflexivo. Ahí estamos, escuchando a Pancho que, de tan extasiado con sus planes, se atropella con sus propias palabras y no alcanza a terminar una frase coherente cuando ya ha lanzado otra, tal como en el oleaje cerro abajo: una ola no acaba de romper cuando la otra ya está encima. Marquito y yo lo interrumpimos a cada rato para pedirle que vaya al grano.

Lo más importante es que dejaban los instrumentos en el templo por las noches. Eso le dijo el bajista de la banda cuando Pancho se acercó a felicitarlo y a sacar información. En realidad, el templo era un galpón viejo que tiempo atrás funcionó como gimnasio comunal.

Al principio Camilo se mostró indiferente al plan e intensidad de Pancho, pero, de pronto, preguntó suspicaz:

—¿Y cómo nos vamos a repartir los instrumentos? La guitarra es mía.

La intervención dio paso a una pelea entre los hermanos que duró, de manera discontinua, hasta bien entrada la tarde, cuando finalmente ellos acordaron que Camilo tocaría la batería, Pancho la guitarra, Marquito el bajo y yo el teclado. Me agradó la idea de tocar el teclado, parecía un instrumento acorde con mi personalidad. Los tecladistas solían ser tipos templados y más intelectuales, aunque de poder elegir me habría quedado con la guitarra.

Al final del día, terminamos todos igual de excitados que Pancho con el nuevo plan y decidimos que en los próximos días revisaríamos los detalles. Cuando ya me iba, vi que en la cuneta alguien había escrito con un trozo de carbón.

«Give up education as a bad mistake.»

Caminando de vuelta a casa, imaginé cómo serían los días siguientes. Sentí una gran expectación. No sabía en qué podría terminar todo el asunto del robo, pero pensar en ello me llenaba de energía y confianza. Sobre todas las incertidumbres y adversidades que podrían vislumbrarse, se imponía un sentimiento que me alzaba invulnerable. Nos vi entrando de noche al galpón evangélico y saliendo triunfantes. El propósito de robar los instrumentos era difuso, no me imaginaba tocando *How soon is now?* en el teclado, me veía disfrutando junto a los Carrasco de unos instrumentos que nunca podríamos pagar.

En la casa me golpeó el olor aséptico de cloro que la invadía desde hacía unas semanas. Uno nuevo que contrastaba con el familiar olor a madera humedecida y quemada predominante. Mi madre parecía obsesionada con la higiene y la limpieza desde que consiguiera trabajo haciendo el aseo para algunas familias de Concepción.

A excepción de su cuarto, todo estaba en penumbras. Pasaba el rato junto a mis hermanas. Nunca antes había trabajado fuera de casa y supuse que celebraban el poder estar juntas algún tiempo, como antes. Escuchaban un casete mío de Los Tres. Oí como reían y cantaban «quién es la que viene ahí, tan bonita y tan gentil». Me quedé escondido tras la cortina a medio correr que hacía de puerta, a oscuras. Era extraño ver a mi madre alegre. Se veía especialmente joven, casi como una hermana más. Mi padre no estaba en casa. Las espíe durante un rato, y en cierto momento mi hermana mayor, Carola, miró hacia donde yo estaba. Pensé que me enfrentaría diciéndome alguna pesadez —hacía tiempo que intentaba enrostrarme su molestia conmigo, yo no sabía la razón—, pero hizo como si no me viera. Cantó más fuerte, casi gritando, y bailó chispeando los dedos y meneándose ridículamente provocativa, haciendo reír más a mi hermana menor y a mi mamá, que aplaudieron para que siguiera. Fijé la mirada en Carola, con la seguridad de que ella sabía que yo la observaba, y por un segundo, al verla desde la oscuridad, recordé lo mucho que nos divertíamos de chicos. Recordé lo cercanos que éramos, cuando solo estábamos nosotros dos. Seguí el camino hasta mi pieza y me tendí de espaldas en la cama y las escuché cantar y reír hasta muy tarde, cuando mi padre llegó.

La llave giró en la cerradura y a los pocos segundos la casa quedó en silencio. Caminó por el pasillo sin detenerse. Vi aparecer su perfil ensombrecido en el umbral de mi puerta. Se quedó parado en la oscuridad, con la vista alta. Todavía llevaba su peinado de marino, rapado en la nuca y alisado hacia el lado en la coronilla, y sus mejillas bien afeitadas y el bigote recortado pulcramente, aunque no tuviera donde ir. Casi pude sentir el olor a colonia inglesa desde la cama. Pero era imposible relacionar un aroma tan fresco con su rostro flácido y de expresión acabada. No me saludó. Tal vez creyó que la pieza estaba vacía o que yo dormía. Quizá no quiso decir nada. Yo tampoco lo saludé. Respiró profundo y se dirigió al baño. Salió otra vez de la casa y ya no volví a escucharlo entrar de nuevo.

La mañana siguiente, Pancho esperaba sentado en la escalinata con una pila de libros al lado. Se veía aún más inquieto y parecía haber madrugado o no haber dormido en toda la noche. Con un tono misterioso me dijo que nos contaría la asombrosa idea que se le había ocurrido para el asalto cuando estuviéramos todos reunidos. Los libros eran enciclopedias y diccionarios, robados quién sabe dónde. Marquito llegó al poco rato con la bolsa de tabaco y comenzó a hacer un cigarro apenas se sentó en la escalinata. Tenía un talento innato para liar. El tabaco lo reuníamos de colas de cigarros que recogíamos de la calle y

que guardábamos en papel de diario. De los papelillos también se encargaba Marquito, se los sacaba a su mamá de la cartera.

—Esta es la última pitiá —sentenció Pancho tras quitarle el cigarro de las manos a Marquito y aspirarlo profundamente. Nos mostró a todos el pitillo, luego se lo acercó a la cara, lo miró como dándole un último adiós y lo lanzó al aire con el dedo gordo y el índice.

—Vamos a tener que hacer algunos sacrificios por el botín.

—¿Y tú nos vai a obligar? —protestó Camilo, que aparecía en el umbral de la puerta. Pancho le respondió con un suspiro y una sonrisa condescendiente.

—Nunca dije que iba a ser fácil. Pero si me dejas explicar. —Hizo una pausa y llenó sus pulmones de aire—. Vamos a dejar los cigarros, porque vamos a empezar a entrenarnos para el robo. —Volvió a parar y nos miró abriendo mucho los ojos, excitadísimo—. Porque vamos a entrenarnos en el antiguo arte de guerra japonés del espionaje y la guerrilla: el *ninjutsu* .

—¿Ninjas?

—replicó Camilo riéndose estrepitosamente, una risa forzada—. ¿Querís que nos disfracemos de ninjas? ¿Como las Tortugas Ninja?

La sonrisa emocionada de Pancho desapareció por un instante.

—Déjame terminar, Camilo —contestó irritado, pero no explicó nada más. Se quedó callado un rato y luego me preguntó—. ¿Qué pensái tú? —su mirada suplicaba aprobación.

—Sí, eso, qué opina el cerebritito del grupo.

—No sé..., ¿no se supone que los ninjas son los malos de la película? —dije dudoso. Los ojos de Pancho se iluminaron y volvió a su sonrisa confiada.

—¿Y cómo se supone que nos vamos a transformar en ninjas de un día pa otro? —preguntó Camilo con ironía, dando paso a una nueva discusión entre los hermanos, que Marquito y yo aprovechamos para liar y fumar el cigarro que Pancho nos quitó.

Pancho tenía la habilidad de mezclar y complicar siempre las cosas. Inventaba una idea tras otra, sin concretar ninguna. Aunque eso no negaba que tuviera una forma maravillosamente auténtica de hacerlo, fascinante por su irreflexiva espontaneidad. Era como si para Pancho el mundo fuera un lugar especialmente diseñado para deslumbrarlo a él. Aún hoy lo recuerdo abstraído en sí mismo, con expresión decidida. Supongo que en el fondo era algo que Camilo envidiaba, y por eso solía burlarse de él. Al lado de Pancho, cualquiera parecía un fraude.

Camilo hundió un puño en las costillas a Pancho y dijo: «Bueno, bueno, ¿qué hay que hacer?».

Pancho nos explicó que en realidad no había mucha información sobre el *ninjutsu*, así que por mientras leeríamos lo que él había encontrado en algunas enciclopedias y luego veríamos qué más hacer.

—¿Y por qué no probamos con otra cosa? —preguntó el Marquito—. En el liceo me hicieron unas clases de kung fu. —Pancho elevó las manos al cielo como diciendo «por fin».

—Vamos a aprender el arte del *ninjutsu*, porque los ninjas son más como nosotros —el tono que usó fue tan ridículamente solemne que hasta él mismo se largó a reír. Se calmó, saltando en donde estaba un par de veces, y nos miró con una seriedad cómica, por lo forzada, y asintió con la cabeza, como si estuviera conforme o convencido de algo, y luego no pudo resistir más y volvió a reír a carcajadas.

Tras leer lo que me asignó Pancho —unas enciclopedias de tipo facsímil de diario— creí entender a qué se refería con eso de que los ninjas eran «más como nosotros».

Toda la información que logramos reunir no llenaba ni tres páginas, eso sin contar que en su mayoría no se referían directamente a los ninjas, sino como excusa para hablar sobre los samuráis, reduciendo su condición al único hecho de ser sus enemigos y opuestos históricos. Según pude entender, las técnicas y tácticas de combate del *ninjutsu* venían a ser una especie de evolución de las de los guerreros samuráis, y la diferencia primordial radicaba en los ideales que los inspiraban. La filosofía de los samuráis, como elite militar que gobernó Japón durante cientos de años, estaba llena de dogmas y valores asociados a la superioridad, el honor, las obligaciones y la lealtad. Los ninjas, en cambio, eran un grupo militar de mercenarios que perpetraban el sabotaje y el espionaje, acciones realizadas siempre desde el anonimato. En el fondo, las diferencias que los llevaban por veredas opuestas en el arte de la guerra eran que para ser samurái tenías que provenir obligatoriamente de una casta, o sea, tener apellido y plata, y para ser ninja la única condición era que fueras alguien que no tuviera nada que perder. Eran pobres y por eso aceptaban todo tipo de trabajos, fueran honorables o no. Supuse que por eso le habían maravillado tanto a Pancho. Y tenía razón, los ninjas eran más como nosotros.

Esa noche, mientras leía acostado sobre uno de los modos de operación clásico de los ninjas —penetrar disfrazados en los castillos, ocultarse hasta el momento oportuno en el cual matar a los guardias y prenderles fuego a las torres, para luego escapar—, tuve un corto diálogo con la Andrea, mi hermana menor. A lo mejor llevaba horas en la cama de al lado mirándome, pero yo estaba absorto en las enciclopedias. Los tres dormíamos en la misma pieza, una habitación pequeña en la que apenas cabían el camarote y la cama de una plaza fabricados por mi padre. Mis

hermanas ocupaban el camarote, Carola arriba y Andrea abajo. Yo gozaba de una estructura cien por ciento para mí.

—Pasado mañana nos vamos donde la abuela —dijo Andrea justo cuando yo subrayaba en la enciclopedia la oración «huir furtivamente en el anonimato».

Mi abuela materna vivía en Tirúa, Arauco, a unas cuatro horas de Talcahuano. Solíamos pasar las vacaciones en su campo. La abuela y mis tíos sembraban trigo y avena, y el terreno colindaba con las forestales. De niño disfrutaba pasear por los bosques de eucaliptos junto a mi mamá y mis hermanas. Siempre terminábamos perdiéndonos entre los miles de palitroques idénticos y separados por la misma distancia de manufactura industrial. Claro que en ese momento no pensaba en esos días de campo, apenas si había escuchado lo que decía mi hermana menor.

—¡Ya cállate, Andrea! —gritó Carola desde la cama de arriba—. Tan hocicona que soi.

—¿Cómo? —le dije a Andrea sin apartar mis ojos de la enciclopedia.

—¡Dejen de hablar y apaguen la luz! —protestó Carola otra vez.

—¡Espérate un poco! —le grité. Me exasperaba esa actitud que tenía conmigo últimamente.

—Que pasado mañana nos vamos a la casa de la abuela —repitió mi hermana, en voz más baja.

—Ah, qué bueno, mándales saludos a la abuela y a los tíos —respondí sin mucho interés.

—Te vas a quedar con el papá —dijo hablando aún más bajito y con algo de indecisión, como si no acabara de decidir si lo que decía era una afirmación o una pregunta.

—¡Andrea! —volvió a retarla mi hermana mayor.

—Supongo —le respondí sin prestar atención a la nueva interrupción de Carola.

Dejé la enciclopedia en el suelo y apagué la luz. Mientras me acostumbraba a la oscuridad de la pieza pude ver que Andrea seguía en la misma posición de antes, de costado, mirándome. Lo supe por sus ojos, que brillaban intensamente, y que me recordaron esa clásica imagen de animalitos ocultos en un bosque tenebroso de las películas de dibujos animados. Le sonreí pensando que podría verme, pero si me respondió con algún gesto no pude verlo. Me di media vuelta, cerré los ojos y comencé a pensar en ninjas otra vez.

—Tu papá era milico, ¿no tiene una pistola o algo así que usemos? —me preguntó Camilo.

—No sé —contesté incómodo. Aunque era verdad, no sabía. Recordaba haber jugado con balas sin pólvora de chico.

—¿Cuándo hai visto a un ninja con pistola? —dijo Pancho a su hermano —. Vamos a usar las armas tradicionales: cuerdas, cadenas y muchas *shuriken* .

Las *shuriken* eran las estrellas ninja. Les dije que yo sabía cómo fabricarlas. Mi padre me había enseñado a hacer algo parecido con una tapa de bebida plástica y cinco clavos. Jugábamos a clavarlas en los árboles cuando podíamos pasar tardes enteras juntos.

Caminábamos hacia la plaza para comenzar nuestro «entrenamiento» cuando llegó mi mamá con mis hermanas. Cada una traía un bolso enorme. «¿Se cambian de casa?», bromeó Pancho. Mi mamá lo saludó muy cariñosa y le preguntó riendo qué tramaba en esta oportunidad. Otra vez parecía muy joven. Llevaba su pelo negro suelto. Saludó a cada uno con un beso en la mejilla. A mí me dio un abrazo largo y dijo que se iban donde la Clara, mi abuela. Mi hermana menor se colgó de mi cuello y dijo que me extrañaría mucho, pero Carola la tomó por la espalda y la separó con brusquedad. Yo también quiero despedirme, dijo como excusa, pero apenas me rozó la mejilla con un beso rápido, y también brusco. No me miró a los ojos en ningún momento. Le dio unos golpecitos en la mejilla al Camilo, que siempre había andado detrás de ella, y les dijo a mi mamá y a mi hermana que se apuraran porque iban atrasadas.

Faltaban menos de tres semanas para el asalto.

Parte del entrenamiento lo practicamos en la plaza San Francisco de la Santa Julia. Era ideal, porque tenía unos juegos de madera y metal en los que podíamos ejercitarnos tranquilos, estaban tan viejos y desastrados que casi ningún niño los ocupaba. Al final, no conseguimos más información sobre el *ninjutsu* , y así, con unos pocos datos y sin *sensei* , nos preparamos en lo que por intuición nos parecía primordial. Se suponía que el *ninjutsu* significaba «arte de escabullirse», así que por sobre todo nos esforzamos por aprender a escapar con rapidez y ser sigilosos en todos los movimientos.

Practicamos equilibrio en la tabla del balancín y trepamos lo que se nos pusiera al frente, desde los juegos infantiles hasta las panderetas de algunas casas o los muros de industrias abandonadas. A veces ocupábamos cuerdas, pero en la mayoría de los casos escalábamos usando las manos. Para mejorar la velocidad, corríamos cerro abajo, saltando cualquier obstáculo que pilláramos en el camino. Lo de trepar, correr y saltar fue la parte fácil. Terminamos llenos de heridas y

moretones, pero nos sobraba energía, sobre todo a Pancho, que, pese a sus piernas cortas, saltaba más alto que ninguno.

Lo que realmente nos costó fue aprender a ser sigilosos, a desplazarnos sin hacer ruido. Los ninjas eran tan silenciosos que en algunos castillos se construyeron pisos especialmente diseñados para rechinar al mínimo contacto. Se llamaban «pisos de ruiseñor», porque el sonido de alarma que producían las pisadas era parecido al canto de esos pájaros. Dividimos el día para ejercitarnos en las dos habilidades: por la mañana corríamos de un lado a otro y, por la tarde, con el cuerpo más cansado y menos ansioso, nos dedicamos a acallar nuestras pisadas y movimientos.

Despejamos la pieza de los Carrasco —durante todo ese tiempo durmieron en el *living*— para entrenarnos sobre el piso de madera. Nos dejábamos puestos los calcetines, el algodón reducía el ruido, y nos formábamos en fila: el que iba a la cabeza mandaba y se movía por la habitación con la libertad de meter ruido. El resto debía imitar sus movimientos, pero sin hacer crujir las tablas. Como en el juego del monito mayor, aunque levantando las piernas y apoyando la punta de los pies lentamente y con cuidado. El que hacía ruido perdía. Otro ejercicio: nos poníamos en cuclillas, sin apoyarnos en nada, y competíamos por quién aguantaba más tiempo en esa posición que nos acalambra las piernas. Casi siempre era yo quien salía victorioso y Pancho el primero en desistir. Último ejercicio: vendábamos los ojos de alguno y lo colocábamos al centro de la pieza. Debía atraparnos mientras nos desplazábamos a su alrededor casi sin respirar, al igual que en el juego de la gallinita ciega. Por la noche terminábamos exhaustos, aunque siempre con más energía para la siguiente jornada.

Durante algunas noches, o en los tiempos libres que dejaba el entrenamiento, me dediqué a buscar una pistola entre las cosas de mi padre. No sé por qué, pero quería averiguar si tenía una o no. Registré sus cajones, su ropa, unas maletas viejas, sus cajas de herramientas, incluso las cosas de mi madre. Lo único que encontré fueron trozos de madera aquí y allá. Algo extraño en él, ya que era muy ordenado y meticuloso, por su enseñanza militar. Luego me di cuenta de que había trozos de madera desperdigados por toda la casa. De diferentes tamaños y tipos, casi siempre inservibles: rotos, demasiado viejos o quemados. Pensé que planeaba fabricar algo, o que quizá juntaba materiales para levantar el taller que mi madre tanto le insistía que pusiera.

Con el paso de los días siguió acumulándose más madera inútil. Desde la partida de mi mamá y de mis hermanas que la casa era un desastre, lo único bueno era que el olor a cloro había desaparecido. También había pilas de diarios viejos con ofertas de trabajo marcadas con plumón: «empresa de seguridad requiere contratar guardias de seguridad...», «obreros para fábrica vibrado...», «trabajo en línea de proceso de picado y embalaje de materias primas...». La mayoría para trabajar fuera, en Santiago o más al norte. Mi mamá había comprado

los diarios. Marcaba los anuncios y se los dejaba a mi padre en la mesa, junto al desayuno. Le decía que en otros lados se podía salir adelante, que todo el mundo se estaba yendo de Talcahuano. Yo creía que mi padre los botaba, porque una vez le había gritado a mi mamá que él nunca se iba a ir de su casa. Pero ahí estaban todos los diarios ahora, como una última oportunidad, aunque con más resignación que esperanza.

La basura que acumulaba fue lo único que supe de él por esos días. Ninguno de los dos pasaba en casa, y apenas lo vi una vez, mientras entrenábamos en la plaza con los Carrasco. Apareció de repente y se puso a hurgar en la basura. Llevaba la ropa sucia, el pelo desordenado y barba de varios días. Los Carrasco no se fijaron en él y yo no me acerqué. No creo que me viera, parecía realmente perdido. Sacó un par de tablas y una botella del contenedor, las metió en una bolsa y se fue caminando con la mirada fija en el suelo. Lo vi alejarse encorvado y abatido calle arriba. Desapareció al doblar por una esquina y entonces recordé cuando de niño también lo veía desaparecer, en la esquina de nuestra casa, para irse al trabajo de madrugada. Yo no pasaba de los seis años, pero cuando el despertador sonaba a las cinco de la mañana, me levantaba con él y lo acompañaba a tomar desayuno mientras los demás dormían. Al terminar, se levantaba de la mesa y yo lo imitaba, le acercaba su abrigo militar, su maletín, y lo seguía hasta la puerta. Entonces me daba unas palmaditas en la cabeza de despedida y se iba. Me quedaba en el umbral de la puerta viendo cómo se alejaba entre la neblina, y seguía ahí parado aun después de que desapareciera de mi vista. No quería que se fuera. Y a veces, después de unos minutos, lo veía regresar apurado y algo molesto, y con sus manos ásperas tomaba las mías, firme pero tiernamente, para llevarme a trabajar con él.

Con respecto a las acrobacias increíbles que realizaban los ninjas en las películas y las técnicas de lucha, decidimos, tras varias discusiones —sobre todo con Camilo—, que no les dedicaríamos gran parte del entrenamiento. No porque fueran particularmente difíciles, sino porque no esperábamos utilizarlas con nadie, ya que según Pancho no había guardias.

Luego de tres semanas llegamos a alcanzar cierta destreza, de seguro nada en comparación con los ninjas reales. Lo más probable es que para cualquier *sensei* nuestro entrenamiento fuera pobre y poco ortodoxo. Pero estoy seguro de que en el fondo nos acercamos bastante al espíritu, en el que era fundamental ser práctico, preocuparte por aquello que podría salvarte la vida.

—LAS TÉCNICAS SON INÚTILES, LA INTUICIÓN ES TODO —decía Pancho cuando ya se aburría de practicar en su pieza.

—TODO ES UN ARMA —decía Camilo tirando una patada.

Eran frases de Masaaki Hatsumi, un mítico maestro ninja sobre el que encontramos un poco más de información.

Lo que sí era un hecho incuestionable es que estábamos preparados para huir sin ser alcanzados. Éramos más rápidos y ágiles que al comienzo. De todas formas, y por si nos llegaban a perseguir en autos, fabricamos unos miguelitos con los clavos que nos sobraron de los *shuriken* .

El plan quedó bosquejado, finalmente, de la siguiente manera: teníamos una hora, entre las tres y las cuatro de la mañana, para entrar al galpón y sacar los instrumentos. Pancho escalaría el muro del templo y entraría por una de las ventanas superiores (unas ventanas de metal que por lo viejas y oxidadas nunca podían cerrarse), a unos tres o cuatro metros de altura. Ya dentro, y según lo comprobado por él mismo, rompería las cadenas que cerraban la puerta lateral del templo con un napoleón. Con la entrada libre empezaba nuestro turno: cargar los instrumentos y salir lo más rápido y en silencio posible. Huiríamos por la puerta lateral que daba al cerro El Piñón. Un cerro oscuro con un bosque de melis que nos llevaría de vuelta por un camino más largo pero seguro. En el bosque nos repartiríamos el botín. El punto más complejo del plan era trasladar los instrumentos en un único viaje y sin ruido, sobre todo pensando en la batería, que de por sí era aparatosa y bulliciosa. Con Pancho dibujamos en un papel cómo sería: Camilo se amarraría el bombo, con los toms aún anclados, como una mochila, y se la llevaría tal cual; yo me llevaría la caja y el timbal amarrados en la espalda y los platos en el pecho; Marquito cargaría el teclado en la espalda; Pancho se llevaría el bajo y la guitarra, cruzados atrás y adelante. Camilo se quejó de que a su hermano le tocara la parte más fácil, y Pancho argumentó que él ya había tenido bastante trabajo con planearlo todo. Cubriríamos los instrumentos con los vestidos enormes que usaba la mamá de los Carrasco de embarazada para apañarlos. Si quedaba tiempo y espacio, nos llevaríamos algunos cables y atriles. Los amplificadores estaban descartados, ya nos los arreglaríamos para conseguir unos pequeños.

A todos nos pareció un plan impecable, por lo menos así, dibujado en el papel, cada uno como un ninja, con instrumentos cruzados a la espalda por katanas.

El día del robo pesaba sobre nosotros un aire que mezclaba grandiosidad y peligro. Ya no valía la pena entrenar, y además, al igual que los deportistas, decidimos que era mejor tener el cuerpo descansado. Así que lo que hicimos, por la mañana, fue lavar los buzos, tenderlos al sol y ver la tarde pasar, sentados al pie de la escalera, comiendo los últimos trozos de sandía que nos quedaban. Camilo le pidió al Marquito que trajera el tabaco para fumar un cigarro. Confesó estar demasiado ansioso, y aunque Pancho lo retó por su falta de compromiso, todos terminamos fumando. Les conté que esa imagen de los ninjas vestidos de negro era un mito. Usaban el azul marino porque el negro brillaba en la oscuridad. Marquito dijo que los buzos del liceo estaban pintados para la misión.

—Igual, son los únicos que tenemos —agregó Pancho, y soltó una bocanada de humo. Todos asentimos riendo.

Últimos detalles.

Ya que ni el Marquito ni yo tenemos pasamontañas como los Carrasco, convenimos en usar poleras negras como capuchas. El reloj de la cocina de los Carrasco marca las 10.30 pm y acabamos de darnos cuenta de que a su papá le faltan un par de herramientas. No son esenciales para el atraco, pero no podemos arriesgarnos. Les digo que creo haberlas visto en la caja de herramientas de mi padre y decidimos que Pancho me acompañe a buscarlas y que a la vuelta iremos todos a hacer guardia al templo. Empezaremos con la operación a las 3.00 en punto.

La calle está vacía y durante el camino Pancho no deja de hablar. Está más excitado que nunca. Me pregunta, una y otra vez, si entiendo lo que estamos a punto de hacer. «¿Te das cuenta?, ¿te das cuenta?», repite casi gritando. Camina muy rápido, con determinación, con la vista perdida, pero luego, por un segundo, me mira directo a los ojos y me dice que vamos a dar el gran golpe y que después de eso ya nada nos va a parar, que vamos a ser invencibles. Yo lo miro y le respondo con la misma seguridad que sí, que me doy cuenta, que vamos a hacerlo, que ya prácticamente está hecho. Somos invencibles.

Al llegar, la casa está en penumbras y cuando entramos lo primero que vemos es a mi padre tirado en el sillón. Su posición hace creer que nada podrá despertarlo. También vemos un charco de bilis en el suelo. Pancho hace la mímica de beber de una botella y luego ladea la cabeza, saca la lengua y entorna los ojos tratando de imitar la cara de borracho de mi padre. Le digo que pase al patio, donde están las herramientas. Sin Pancho cerca, me acerco a mi padre. Contemplo su cuerpo desparramado en el sillón, en el viejo sillón de la abuela que él mismo reparó con un par de clavos y relleno con lana. Su rostro, a diferencia de la sala repleta de diarios, trozos de madera y basura, está vaciado de cualquier expresión. Se ve viejo, viejo e inútil. Mirándolo desde arriba, iluminado por la escasa luz de la calle que dejan pasar las cortinas, pienso en lo bajo que ha caído y en lo diferente que soy yo. Y todo aquel tiempo que estoy mirándolo, todos aquellos pensamientos, todo aquel silencio revelador, hace que sea aún más increíble, y humillante, que no me haya dado cuenta de lo que pasaba, y de que fuera Pancho, tras intentar hacerle una broma con las llaves de tubo que había ido a buscar, el que gritara que mi padre no respiraba.

Días después, Pancho me dijo que nunca había corrido tan rápido, y que al final el entrenamiento no había sido un desperdicio. Yo no había terminado de gritarle que fuera por ayuda, cuando él saltaba fuera de la casa y corría loma arriba. Claro que para mí nada que tuviera que ver con el entrenamiento, con el plan, con los ninjas o con el mismo Pancho tenía sentido.

No fue su respiración, la falta de ella, lo que hizo que me lanzara encima de mi padre para zamarrearlo e intentar que volviera en sí. Fue el olor, el olor nauseabundo que despedía. No exactamente a descomposición, sino a una extraña mezcla entre algo aséptico y fermentación. Pancho se había equivocado, mi padre sí respiraba. Y no tuve que acercar mi oreja a su nariz para darme cuenta de que algo andaba mal. Fue el hedor, el hedor que emanaba de él desde hace tanto tiempo, y que únicamente pude percibir con los gritos de Pancho, lo que me llevó a introducir mis dedos temblorosos por su boca para que vomitara. Porque temblaban, mis manos y mis rodillas. Todo mi cuerpo temblaba de miedo, mientras con una mano intentaba producirle arcadas y con la otra le golpeaba el estómago para que botara más de aquel líquido biliar que nos esperaba desde el principio.

Cloro, mi padre había tomado cloro. Una botella de Coca-Cola de litro y medio llena del cloro que pasaba vendiendo una furgoneta cada semana. Había casos de personas muertas por la ingesta de cloro, aunque se trataba casi siempre de niños que lo tomaban por error. Tal vez mi padre creyera que aguantaría lo mismo que un niño y que podría morir. O quizá el cloro fuera lo único que tenía a mano. Al final, no tenía una pistola. No, no pensó nada de eso. Solo pensó en mi madre. Quería llamar su atención. Pensó: voy a mandarle un mensaje, voy a tomarme su trabajo, sus estúpidas aspiraciones. Su ambición. Voy a beberlas y hacer que me maten con cada trago.

Porque tras las horas de espera en urgencias lo único que me dijo fue «llama a la Carmen», y luego de que yo intentara explicarle que no se preocupara, que ella estaba bien, veraneando en la casa de la abuela, volvió a decirme con aún más severidad:

—Llama a tu madre.

—Sí, papá.

—Llámala.

—Sí, señor.

Y entonces fue como si lo comprendiera todo de una sola vez. No llamé a nadie, y le dije a la mamá de los Carrasco y a Pancho, que me acompañaba en el hospital con los demás, que prefería volver por mi cuenta.

No fui directo a casa. Caminé por el borde costero con mi buzo de ninja, y mientras lo hacía, imaginé a mi madre lejos, perdida entre los bosques de eucaliptus y supe que nos había abandonado. Mi madre se había ido, me había dejado solo en la casa, echado a mi suerte junto a un hombre moribundo. Todos lo sabían menos yo. Hasta mi hermana chica lo sabía y había intentado advertirme, pero yo no la escuché.

Llegué al puerto y me senté en las escalinatas a ver cómo se preparaban unos marinos. Años atrás, solíamos ir con Pancho de madrugada a ver zarpar los barcos pesqueros. Soñábamos con ser marinos mercantes. En sus rostros acartonados por el frío, llenos de arrugas, turbados y preocupados en sus labores de embarque, creíamos reconocer la expresión de hombres fuertes y rudos. Hombres que no le temían a nada. Pero entonces, de madrugada y con el mar negro de fondo, lo único que pude ver reflejado en los rostros de esos marinos fue tristeza. Una tristeza seca que calaba sus huesos tan profundamente como el frío de ultramar. Toda mi vida había creído que Talcahuano era un lugar duro, pero lo cierto es que solo se trataba de un lugar triste. Y entonces pensé en mi padre en la camilla del hospital, y supe por qué había hecho lo que hizo. Al fin pude hacerme una idea de él: mi padre era un hombre desdichado, pero aún podía hacer daño. Herir, aunque no fuera su intención. Yo debía haberlo sabido antes, pero no fue así.

Cuando mi madre y mis hermanas llegaron, varios días después, la casa estaba tal como la dejaron. Boté los palos y los diarios, trapeé el vómito. Limpiar la casa. Eso fue lo primero que hice por mí mismo, para mí. Y quizá lo hiciera con el deseo de que mi suerte cambiara. Esos primeros días entré en un estado de anestesia y me convencí de que no me quedaba otra cosa más que pensar en mí mismo. Fue como si la basura acumulada por mi padre de pronto me pareciera peligrosa, como si me acorralara, como si pudiera hundirme con ella sin siquiera darme cuenta. Toda la basura, y la pobreza, y las tardes con los Carrasco, de repente se transformaron en una amenaza. No por lo del robo, no es que temiera que nos convirtiéramos en asaltantes de banco. Lo más probable es que siguiéramos siendo una banda inofensiva, sentados para siempre al pie de la escalera, o ya más viejos, en alguna esquina, ideando planes que nunca llegarían a puerto. Tal vez era justo eso lo que lo hacía amenazante. Pensé en lo estúpido que había sido todo ese tiempo, jugando con los Carrasco, jactándonos de lo astutos que éramos, sin comprender lo que realmente ocurría a nuestro alrededor. Y entonces, la luz que hacía brillar a Pancho, por ser tan asombrosamente él mismo, se apagó, dejando la sombra de un muchachito terco, iluso e insignificante.

El verano terminó rápido, y llegó el invierno con más viento y la lluvia y el humo de las chimeneas. Cumplí los catorce. Durante un tiempo mi madre y mis hermanas volvieron a la casa. Ella me explicó su versión de los hechos y me prometió que las cosas irían mejor, que volveríamos a empezar todos juntos otra vez, pero yo ya sabía que no podría ser así, y de todas formas no me importaba. Cuando uno vive experiencias fuertes se tiene la ilusión de comprender muchas cosas. Yo creí entender cómo funcionaba la vida. Cuando terminé de limpiar y ordenar la casa quedé exhausto, y pensé que en adelante debía seguir así: cansarme e imponerme obligaciones para prosperar en la vida. Creí que eso me mantendría a salvo. No iba a vagabundear como mi padre ni a preguntarme, temeroso, qué sería de mí. Iba a resistir, a olfatear las amenazas en el viento y a construirme una vida propia. Quizá qué destino me esperaba junto a los Carrasco, no lo conocí. Apenas pude me

marché de Talcahuano, primero a trabajar en el norte con el papá de los Carrasco —último vínculo que mantuve con Pancho—, luego a Santiago. Me deshice de mi familia y de los únicos amigos que tuve. Y me endeudé para estudiar, y trabajé doce horas diarias y gasté dos más en viajes en micro, e hice todas las cosas que hace la gente para alcanzar cierto bienestar, y me cansé, me convertí en una persona cansada y viví en Renca, en Recoleta y en Quilicura, sin saber nunca qué significaban los nombres de todos esos lugares.

OLVIDAR A FREDDY

Estoy tan triste que podría empezar un diario de vida .

Eso escribió ella en uno de los cuadernos repartidos por su pieza. No en la primera hoja, sino en una del medio, una cualquiera, para no darle tanta importancia, porque aun con el lápiz en la mano se resistía a la idea. Empezar un diario le sonaba a algo infantil y rosa. Y peligroso, parecía peligroso escribir sus sentimientos. Claro que había escrito diarios antes, muchos, desde quinto básico hasta cuarto medio. Cada día sagradamente, aunque no tuviera nada nuevo que contar. Entonces usaba un lenguaje en clave, porque era consciente del riesgo que corrían, solos e indefensos en el cajón de su velador cuando su madre hacía aseo. Entonces se dirigía a alguien, como si escribiera una carta, no al diario o a una voz omnisciente, sino a sí misma. Una carta a la mujer que sería en el futuro. Por alguna razón no quería olvidar nada de lo que le sucediera. Por alguna extraña razón estaba segura de que cuando tuviera la edad que hoy tiene volvería a leerlos, y que, entonces, un destello de orgullo brillaría en sus ojos, siquiera una sonrisita de complicidad. Pero los diarios se perdieron, los puso en una bolsa de basura para una de sus mudanzas. No tenía sentido seguir cargándolos, eran demasiado pesados.

Empezó a escribir poco después de volver al departamento de su madre. Un sábado por la noche en que ni los cigarros ni las pastillas lograron apaciguarla. Estaba en su pieza, a oscuras, mirando la ciudad chispeante por la ventana, escuchando los gritos extasiados de las personas que iban o venían de carretear a Bellavista.

De esas personas que nunca dejaban de carretear .

Un día para la autocompasión .

Antes vivía con un hombre. Durante cuatro años hasta el día en que él le dijo que se iba. Era de noche y estaban acostados. Uno al lado del otro, sin tocarse. Sin decir buenas noches. Guardando silencio en la oscuridad, esperando que el sueño llegara luego. De pronto, él dijo que había arrendado un departamento y que se cambiaba mañana. Desde hacía varios meses que venía repitiendo que quería cambiarse, y ella asentía sin preguntar. No se mostraba muy entusiasmada con la idea porque pensaba que en general, con los hombres, una nunca debía evidenciar demasiado entusiasmo. Pero lo estaba. Tal vez en un nuevo departamento podrían volver a ser felices. Así que cuando escuchó, cuando por fin entendió que él la abandonaba, quedó paralizada. No tanto por el hecho de que él se fuera, sino por haber pasado por alto todas las señales. Por hacer lo que siempre hacía, aislarse en su mente con sus miedos e ilusiones y olvidar la realidad.

El hombre con el que vivía dijo: «Este último tiempo di todo de mí para que funcionara. Concentré mis energías en que me quisieras. Quemé todas las naves». Y entonces ella se volvió loca. Se abrazó a sí misma y empezó a gritar y a llorar. Fue a la cocina por un cuchillo y apuñaló las ruedas de la bicicleta de él. Lo que quería era apuñalar la cama, pero por un segundo tuvo la esperanza de que todavía podían solucionarse las cosas, y que esa podría seguir siendo su cama y que la necesitaría sin heridas.

Fue la última noche que durmieron juntos en ella.

Quemé todas las naves, dijo él, y yo me quedé flotando en el agua, a la deriva .

Ahora mismo flota, en la tina del baño de su madre.

Tomaba once con ella cuando se desató la crisis nerviosa. Veían la teleserie de las ocho, la historia de una mujer empresaria que se enamora de su chofer. «Ella es más que él», sentenció su madre sobre aquella relación amorosa que le parecía ridícula pero que no podía dejar de seguir. A la hija se le escapó el cuchillo con que untaba la mantequilla, y mirándose las manos temblorosas, comenzó a llorar de la nada. «¿Qué te pasa? —dijo su madre, irritada, con el mismo tono que usaba cuando ella era niña y también lloraba sin motivo—. ¿Qué te pasa?»

Una vida entera llorando sin motivo .

Todas esas veces en que me dijeron que me comiera la comida porque en África había niños que no tenían nada, no lo entendí. Ese es mi problema. No haberlo entendido nunca .

Síndrome de abstinencia, concluyó su madre levantando la taza de té, triunfante, como si hiciera un brindis. Los resquemores sobre el estilo de vida de su hija nuevamente le daban la razón. Se levantó a agendar una hora con el psiquiatra que llevaba recomendándole desde hacía tiempo y luego fue a preparar el baño.

Colocó el dorso de la muñeca bajo el chorro de agua, como una madre comprobando la temperatura de la leche de la mamadera. Era un baño pequeño, promedio, de casa piloto: la tina a la izquierda, el mueble del lavamanos a la derecha, las luces sobre el espejo de pared, la hija sentada en el wáter, al medio. Se observaron en silencio hasta que la tina se llenó. No a los ojos, sino a cualquier parte del cuerpo de la otra que evitara un cruce de miradas. La madre cerró la llave y probó el agua una última vez. Estaba todo listo, pero no salió del baño, se quedó ahí de pie, en el estrecho espacio que le permitía la tina y el lavamanos, mirando a su hija en el wáter. Y la hija tampoco se levantó, ni hizo nada mientras su madre siguió allí. No iba a desnudarse frente a su madre. No iba a intentar sacarse la polera con sus manos tiritonas para que ella terminara por ayudarla. No sentiría nada, sería como un vegetal,

sería como una lechuga a la que le preparan un baño hidropónico; le dejaría la comida lista todos los días —no en un tupperware en el refrigerador sino en la olla misma, para que solo tuviera que esforzarse en prender el fósforo—, pero no iba a desnudarse frente a su madre. Así que ambas permanecieron inmóviles, atrincheradas desde esa pequeña distancia. Y luego, por un segundo, cruzaron una mirada. La mirada de hijo pródigo que compartían desde que ella volvió. Una mirada de oveja perdida. La condescendencia de Dios de vuelta. Pero la parábola se salta una parte, piensa ella siempre. Esa parte en la que el hijo pródigo se para en medio de la fiesta, con sus zapatos y anillo nuevos, escucha la música, mira el banquete, el novillo sacrificado, y sigue sintiéndose igual de insatisfecho, todavía más perdido.

Que te reciban con los brazos abiertos es el peor castigo, la tortura de la misericordia .

¿Qué te pasa?

La hija niega con la cabeza.

La madre sale y ella cierra la puerta con pestillo. Comienza a desnudarse. Sin mirarse al espejo, como solía hacer, cuando gastaba al menos cinco minutos posando frente al espejo para descubrir las posiciones, las actitudes, que la hacían ver mejor y peor; hundiendo el estómago, dejándolo flojo, elevándose en punta de pies, peinándose el pelo sobre los pechos, hacia atrás, contemplando sus pezones endurecer.

Desde ese día que ya van cuatro baños de tina. El síndrome se desencadenó luego de que se le acabaran los somníferos y los ansiolíticos. Un día después de que echaran de la farmacia a la amiga que le pasaba las pastillas.

Se conseguía las pastillas desde hacía tres años porque se negaba a seguir terapia. No le gustaban los médicos en general. Los encontraba codiciosos e injustificadamente arrogantes. Además, era necesario que el terapeuta poseyera facultades intelectuales y de análisis superiores a las suyas, y estaba segura de que no encontraría uno así, por lo menos no a su alcance económico. La primera y última vez que visitó un terapeuta se sintió aburrida toda la sesión. Al final, cuando el médico le explicó el tratamiento que debía seguir, ella levantó una ceja despectiva y estuvo a punto de soltar: «Ya, ¿pero cuál fue el último libro que leyó?». No, ella no recibiría consejos de cualquiera.

La madre espera al otro lado de la puerta del baño, cual enfermera de sanatorio. La hija recuerda haber leído en internet un artículo titulado «Los diez tratamientos psiquiátricos más bizarros de la historia», que hablaba de los baños de tinas que hacían tomar a mujeres histéricas por horas, incluso días, a principios del siglo xx. Tiene grabada en su cabeza la imagen en sepia de tres mujeres metidas en unas bañeras con rejas

hasta el cuello. Encadenadas, mirando a la cámara con expresión vacía y unos gorritos plásticos de ducha en la cabeza.

Ella también se pasa un par de horas en la tina. Se sumerge, bota todo el aire en burbujas y aguanta la respiración. Abre los ojos bajo el agua y se queda esperando que suceda algo extraño. Espera entrever una figura fantasmal en la superficie difusa, o una mano entrando para tomarla por el cuello. Es lo que pasa en las películas de terror. Siempre les ocurre algo raro y sorprendente a las heroínas mientras se dan un baño de tina. Antes pensaba que era una escena muy falsa y estúpida cuyo único fin era mostrar a las actrices desnudas. Luego de que Freddy ha intentado matarte en todos tus sueños, vas y te encierras a tomar un baño a la luz de las velas. Pero ahora entiende su verdadera complejidad: ocurre que todas las protagonistas también tenían madres, madres como la suya, que al verlas tan perturbadas les sugerían un baño. «Anda, prepárate un baño y olvídate del asesino ese».

Hoy me sequé el pelo como lo hacía mi papá conmigo cuando era chica. Conectaba un alargador y luego el cable del secador. Me acostaba boca arriba, a lo ancho de su cama de dos plazas, con la cabeza colgando en el precipicio del colchón y comenzaba a secar siguiendo la caída del pelo, de arriba hacia abajo, como si se tratara de una alfombra, o algo así. Lo hacía de ese modo porque era práctico, no sentimental. Mi padre era un hombre práctico .

Se desliza por la curva de la tina hasta que el agua le cubre la boca y los ojos. La nariz queda en la superficie, sola como una isla. Pero ella no quiere flotar como una isla, ella quiere hundirse como una piedra en un río.

Al levantarse apoya la mano en el borde de la tina, recuesta su mejilla en la loza fría y recuerda el acertijo. Ha repasado el episodio en cada baño. Cuando iba en tercero básico, la tía del colegio dio un acertijo al curso. Quien lo resolviera ganaría un siete. El acertijo era más o menos así: un hombre va a una tienda y compra una tina. El vendedor le dice que el envío tardará dos o tres días, pero pasan semanas y meses y la tina no llega. Ante la demora, el hombre envía una carta al vendedor. Es una carta muy breve. En medio de la hoja en blanco se lee: «¿I?». El vendedor queda atónito. La tía pregunta qué es lo que quiere decir el hombre con su carta. El corazón de la niña de siete años que es, se acelera y su mente empieza a trabajar a mil para dar con la respuesta. Mira asustada a todos sus compañeros. No le importa el siete, a ella le sobran. Lo que no podrá resistir es la derrota si otro da con la respuesta. Ella sabe multiplicar y dividir desde primero básico, leer y escribir prácticamente desde que entró al colegio. Su madre la ha preparado para sobresalir, para ser la niña brillante que todos creen que es.

Se aferra al banco con ambas manos, muerde el lápiz mina, la cola de su trenza, el delantal celeste, y su mente termina por bloquearse.

Nadie del curso logra solucionarlo y la tía revela la respuesta: «Es que se trata de una “i latina” —explica—, no de una “y griega” ¿entienden? Lo que quiere decir el hombre es: ¿Y la tina?».

¡Qué fácil!, replican los alumnos entre risas. Pero ella no ríe, a ella se le va la vida. No ha podido resolver el acertijo. Ha quedado en evidencia: no es tan lista como cree.

Supongo que entonces debí darme cuenta. Siempre creí que era especial, superior. Veo pasar al menos tres cortejos fúnebres cada día, los fines de semana el doble o triple. Cuando estoy acostada y miro por la ventana, o sentada en el balcón. Al principio me impresionaba mucho, pero no tiene nada de especial. No se trata de mí. Yo soy una más del montón que vive de camino a todos los cementerios que hay cerca de aquí: el General, el Católico, el Judío, el Parque del Recuerdo y el Metropolitano .

El episodio del acertijo ocurrió cuando para ella tener una tina en el baño era un lujo de millonarios. Hasta los cinco años todavía lograba meterse en el lavadero de cemento de la cocina para la ropa, e intentaba imitar una pose solemne, tan solemne como las patas de león doradas de las tinas de la tele. En esa época su padre todavía no se iba de la casa y ella estudiaba en un colegio subvencionado llamado Pitágoras. Su madre la cambió un par de años después por dos razones. La primera, y más importante, porque se dio cuenta de que era un colegio de población que no preparaba a los alumnos para que salieran de la población. Y la madre quería que su hija fuera algo más, algo más que ella. Algo más que algo más. El segundo motivo fue porque don Osvaldo, el auxiliar del colegio, fue acusado de abusar y violar a varios de los alumnos de kínder, primero, segundo y tercero básico.

Subió los pies al grifo para refrescarse y escuchó los gritos de los vecinos de abajo. Últimamente era su único contacto con el exterior, eso y las onces con su mamá. Había cerrado facebook y pasaba todo el día en un séptimo piso. En una más de las torres construidas sobre los vestigios de casonas antiguas, y en cuyos departamentos vivían inquilinos que ella despreciaba porque nunca saludaban en el ascensor y actuaban como clientes apurados e impacientes. Una indiferencia y desdén forzado para relucir el orgullo de llegar hasta donde habían llegado. Ella tampoco saludaba, e iba de aquí para allá, deambulando casi todo el día por el departamento de cuarenta y cinco metros cuadrados. Impaciente y desganada a la vez, sin orgullo. Desde que volviera, llevaba una vida blanquecina, como bostezos por la mañana. Todo el día adormecida, calentando la comida que le dejaban, comiendo un poco y botando el resto en una bolsa de supermercado que escondía en el basurero. Viendo «Seinfeld», la serie favorita del hombre con el que vivía, pero sin reír tanto. Somnolienta toda el día y por las noches sin poder dormir. En esas noches de insomnio todavía imaginaba el hijo que podría haber tenido con el hombre con el que vivía. Un hijo hermoso, hermoso de verdad, que hubiese heredado la altura y la nariz recta y respingada de su padre. Un pensamiento que la ilusionaba y

asqueaba a la vez. Porque era lo que su madre siempre dijo de su padre, que lo había elegido a él por un bien mayor, para mejorar la raza.

Otras noches se pillaba en el balcón. Escuchando el ruido de la fuente de la plaza, que hacía pensar que siempre llovía. Fumando un cigarro tras otro, con el corazón recogido, esperando que las luces de los edificios que rodeaban el suyo se apagaran.

Necesito escuchar algo en que confiar, como el ladrido de un perro .

No había logrado ser más que su madre. Aunque eso se parecía a un consuelo, pues nunca quiso ser ese tipo de mujer. Quería que su vida se llenara de sueños, de placeres suaves, y cortar con el legado de rigidez y seriedad de su madre. Había estudiado una carrera humanista y después había hecho una serie de talleres para encontrar su verdadero talento. Taller de escritura creativa, taller de guion, taller de cine, taller de crónica, taller de autoaprendizaje, taller introductorio sobre huertas orgánicas y preparación de almácigos. Durante un tiempo llevar esa vida había parecido audaz y atractivo. Una chica valiente que estudiaba una carrera que no servía para nada y que se iba joven de la casa con un hombre al que apenas conocía. Experiencias y decisiones impredecibles, lo opuesto a lo que su madre viviera y deseara para su hija, y que las hacían, por esa misma razón, tan valiosas. El problema era que ya no iba a la universidad y no tenía un hombre con quien arriesgarse.

Contempla sus muslos desnudos flotando en la tina. Siempre los odió, porque eran gordos como los de su mamá. Pero al hombre con el que vivía le encantaban. Por la noche, antes de quedarse dormidos, él se abrazaba a su espalda y le bajaba el pantalón del pijama hasta los tobillos y comenzaba a acariciarlos. «Especial —decía—, eso que tienes ahí es especial.»

Una vez le compró un reloj Casio. Uno para él y otro para ella. Lo hizo porque él estaba obsesionado con la idea de tener un reloj de pulsera para usarlo como en los viejos tiempos. Un reloj de metal, caro, mecánico, que grabara su desgaste en el cristal y en la manilla. Un reloj que durara para siempre, que pudiera heredar a sus hijos, que fuese una promesa. Ella lo admiraba por eso. Quería ser parte de esa promesa junto a él y le regaló uno, no caro, pero que al menos representaba la idea general. Así que andaban los dos con reloj, y una tarde en la casa de un amigo de él —todos los amigos eran de él— ella dijo, medio en broma medio en serio, que los relojes eran sus anillos de compromiso. El amigo y ella rieron, pero el hombre con el que vivía no. Con su tono severo, dijo que ella había comprado el reloj por culpa. Que primero se había comprado el reloj para ella y que luego, por remordimiento, había vuelto a la tienda a comprar uno para él.

Siempre era lo mismo. Ella no lo amaba lo suficiente.

¿Cómo podía hablar con tanta seguridad? ¿Cómo podía saber tanto? Eso era él, un hombre que estaba seguro de las cosas, más seguro que ella de sus propios sentimientos.

Él era alto y macizo. Fuerte, sano. Arisco y desconfiado con la gente, al límite de ser descortés.

Un hombre adelantado a su época, eso es lo que van a decir de mí, soltó una vez tras leer la contraportada de un libro de Ballard. Y ella asintió maravillada. Estaba segura de que sería así. Porque él era inteligente, el más inteligente que conociera. Y por eso estaba bien que llevase el ceño siempre fruncido, o que fuera obsesivo y severo, de opiniones tajantes. Amaba sus hombros tajantes, su boca tajante, su nariz recta y cruel.

También era un hombre que besaba con firmeza, como Orson Welles en *The Lady from Shanghai*. Y ella era la *femme fatale* que jugaba con él. Esos eran sus papeles. Él le decía «la cara bonita» para molestarla. Ella le preguntaba si le importaba lo físico y él contestaba que no, pero que tampoco estaba de más. Al principio jugaban a eso.

Hoy encontré dos envases de hilo dental en el cajón de mi velador. Recuerdo haberlos comprado hace más de cuatro años, cuando recién me fui del departamento de mi mamá. Seguramente pensé que necesitaría hilo dental, esos productos que un adulto debe tener. Lo primero que tuve fue un alargador y una promoción de dos hilos dentales. No sé cómo han durado tanto —el alargador se perdió o se rompió—, ni por qué los traje de vuelta en primer lugar. No logro imaginar tenerlos en la mano y meterlos dentro de una bolsa cuando empacaba para volver, creyendo que esta vez sí los necesitaría.

Se sumergió otra vez en el agua para entender los gritos de los vecinos. El sonido se transmite mejor a través del agua. Golpes de puerta y luego una voz masculina diciendo «te voy a matar». Aguantó todo lo que pudo bajo el agua, pero no escuchó más. En la superficie, se preguntó si debía llamar a conserjería y dar aviso. ¿Quién podía gritar algo así? Luego pensó que quizá estaba bien, que si alguien te decía lo que pensaba hacer, por lo menos sabías a qué atender. Tal vez los gritos podrían haberlos salvado a ellos. Insultarse habría facilitado las cosas, pero no dijeron nada y luego él se fue.

Él no hacía preguntas. Revisaba su correo y sus chats por facebook y luego la miraba con odio, pero no decía nada. Y ella sabía que él los revisaba, y tampoco respondía las preguntas ausentes.

El otro día leí a Wilhelm Reich, dijo una amiga, y descubrí por qué eres más histérica que yo.

¿Por qué?, preguntó ella toda risas.

Porque tu papá era más violento.

Nah, soy más histérica que tú porque paso más tiempo en internet.

Disponible, igual que el estado de gmail, así se mostraba siempre con los hombres. No lo podía evitar. Eso se confesaban ambas con su amiga. Y se echaban miradas de censura que en el fondo escondían algo de fascinación. ¿Por qué le gustaba tanto sentirse deseada? ¿Por qué siempre tenía que llamar la atención de todos los que la rodeaban en una fiesta? ¿Por qué necesitaba gustarle a los amigos de él? La pregunta más difícil de contestar, y que ni siquiera se atrevía a formular, era por qué no cometía la infidelidad completa. ¿Es que en realidad era leal o no poseía la seguridad en sí misma necesaria para hacerlo? Porque tampoco llegaba mucho más allá de miraditas y conversaciones tentadoramente interesantes. Pero él vigilaba todas sus palabras, su incontenible entusiasmo, sus sonrisas, los «me gusta» reincidentes, los correos llenos de citas y canciones evocadoras, y luego, mientras leían en la pieza juntos, él levantaba la vista del libro y le dirigía una mirada irónica, llena de rabia, y todo tenía gusto a traición.

Sentía que luchaba consigo misma todo el tiempo. Porque él no le permitía dudar. La acorralaba. Todo o nada. Pero ella era imperfecta, y no podía entregar más que un amor imperfecto. Y al final terminaba por convencerla. ¿Qué había hecho primero? No lograba recordarlo. ¿Vio el reloj Casio en la vitrina, lo compró para ella y luego regresó? ¿Compró el de él primero y luego el suyo? ¿Los dos al mismo tiempo? ¿Había sido siempre para él o había dudado por un segundo?

Su madre giró la perilla de la puerta y siguió intentando con cierta violencia hasta que se convenció de que estaba con llave. Golpeó dos veces. «¿Todo bien?», gritó desde el otro lado de la puerta. Su madre era de las que no preguntaba antes de entrar. Era de las madres que dormían con la puerta abierta para estar atenta a todos los sonidos de la casa, tenía que saber y dominar cada suceso, porque era suyo, su hogar.

Ella miró el espejo empañado del frente y volvió a sumergirse.

Lo amaba, estaba segura. Estaba casi segura.

¿Qué otra cosa podía ser lo que habían tenido juntos?

Cuando recién se fueron a vivir y no tenía nada, eso se parecía al amor. Loza y servicio dispar, regalado o robado. Dos cajas de cartón de supermercado superpuestas, una cocinilla de camping oxidada encima y un colchón viejo de una plaza donde pasaban todo el día. Eso era todo. Tampoco tenía cortinas, y cuando oscurecía, el techo se iluminaba con los focos de los autos de afuera. Y ella miraba arriba, hacia el techo, y veía cómo nacía y se apagaba una onda de luz tras otra, de una esquina a otra, en un vaivén eterno, como olas. Y eso de seguro debía ser el amor. Él era grande, y ella era muy pequeña, y un colchón de una plaza

les bastaba. Luego, cuando él se subía sobre ella y estaba adentro, ella seguía viendo olas en el techo, olas toda la noche.

Y también cuando hacía calor, cuando caminaban por Monckeberg con el sol encima, quemando. Él la adelantaba, y seguían andando en fila india, uno tras el otro, confinados a la línea de sombra proyectada por los muros de las casas. Ella miraba su figura enorme, y le parecía que más que protegerse del sol, él llevaba la luz, iba adelante y portaba el fuego que iluminaba el camino. Mientras avanzaban, ella trataba de tomar su mano, que siguiendo el ritmo de sus pisadas se mecía de atrás y hacia adelante. Y él no se daba vuelta ni se enteraba de nada, y ella lo seguía, lo seguiría para siempre, jugando hasta atrapar sus dedos.

Anoche soñé que estaba embarazada y que no sentía hambre, solo sed. Tenía mucha sed, y tomaba agua y casi no comía. Mi barriga era de unos siete meses y cuando la bolsa se rompió, de mi entrepierna comenzó a caer agua, un torrente de agua, una cascada. Miraba la poza en el suelo, mis pies remojados en el agua, y sabía que el niño estaba muerto, que siempre había estado flotando, muerto dentro de mí. Cuando desperté supe que no era un sueño, que sí había ocurrido, o que se parecía a lo que me contó mi mamá, poco después de que mi papá se fuera, mientras almorzábamos. «No lo vi —me dijo—, es que no te decían nada, no te explican nada.»

Miró sus dedos arrugados. Debía llevar bastante tiempo en el agua. Una vez leyó una noticia sobre unos científicos que por fin habían encontrado la respuesta al hecho de que las yemas se arrugaran por el agua. Tenía que ver con el desarrollo evolutivo, era para hacer más fácil la recolección de comida en los ríos. Una capacidad útil para gente de hace mil años atrás. Para hombres que de seguro no se daban baños de tina de dos horas. Eso había mantenido tan ocupados a los científicos británicos de la Universidad de Newcastle. Y ella se sentía como esos científicos y también que así se las había arreglado toda su vida, con una habilidad atrasada, inútil para la época.

Llevó las rodillas al pecho y con los dedos arrugados tomó el imán de la cortina de plástico. Lo pegó y lo despegó al acero de la tina y sintió alivio. Ese invento sí que provenía de un estudio útil.

Una de las cosas que más le costó, al pasar de los baños infantiles del lavadero a las duchas de teléfono adulta, fue relacionarse con las cortinas del baño. Le daban miedo los forros de plástico que iban por dentro. Al englobarse por el calor, se le acercaban y rozaban su cuerpo de una forma que juzgaba pervertida. Colocaba el *shampoo* y el bálsamo en los extremos para inmovilizarlas, pero siempre se zafaban, y terminaban acorralándola a la pared de cerámicas blancas.

Después de enterarse de lo de don Osvaldo, dejó de creer en el viejito pascuero y pasó a creer en los violadores. Ninguna figura tuvo tanta presencia en su infancia como los violadores. Ni los ladrones, ni la virgencita, ni los ángeles, ni el viejo del saco, ni los vampiros, ni los

duendes. El violador era en su imaginación un hombre encorvado, de manos y dedos largos, rostro también alargado, tez amarilla biliosa, dientes brillantes y evidentes facciones de lobo. Y siempre estaría acechante a la vuelta de la esquina, esperando que ella saliera de la casa a comprar el pan. Pero también, al igual que Dios o el diablo, los violadores podían adoptar cualquier forma, desde los pasos que escuchaba por las noches, acostada, hasta las cortinas del baño.

Como en su colegio abusaron de niños y porque en ese tiempo nadie usaba el concepto de pedofilia —o, tal vez, por la necesidad infantil de la esperanza, de un final feliz—, ella confundió todo en su mente y pensó que los violadores solo se ocupaban de niños menores de catorce años. Lo que más ansiaba de chica era dejar de serlo. Superar lo antes posible la barrera de los trece para estar a salvo por fin.

Quien alertó de los abusos de don Osvaldo fue una compañera de curso llamada Daphne. Su amistad se basaba en que para el cumpleaños número siete de Daphne ella fue la única invitada que asistió. Le regaló un set de mostacillas con hilos para pulseras. La mamá de Daphne estaba tan contenta de que hubiera ido alguien, que le regaló todas las sorpresas que sobraron y las dejó teñirse un mechón de pelo con jugo Yupi de frutilla. Las tres la pasaron muy bien, y esa tarde ella envidió la relación que tenían Daphne y su mamá. No parecía que faltara un padre, sino todo lo contrario: evidenciaba lo mucho que sobraba en todas las familias.

Daphne. Tras cambiarse de colegio olvidó ese nombre por completo.

No volvió a pensar en ella sino hasta séptimo básico, cuando les pasaron mitos griegos. En el libro de Historia había una imagen de un cuadro neoclásico en el que aparecía una mujer medio desnuda, corriendo por el bosque con la boca abierta, ojos aterrados y los brazos hacia al cielo, transformándose en ramas. No cambió la página en toda la hora de clase y después, en el recreo y en su casa, siguió observándola. Fue entonces cuando, en su mente, la imagen de su amiga, la niña con un mechón rosado, cambió y pasó a ser para siempre la de una ninfa escapando de Apolo. Daphne huyendo de las manos de don Osvaldo, convirtiéndose en laurel.

Su madre compró una alarma para los ladrones y ella le preguntó si no existía una para los violadores. La madre se agachó y, mirándola a los ojos, le prometió que nunca pasaría por algo como lo de su compañera. Porque Daphne y ella eran diferentes, dijo. Ella tenía papá y Daphne no. Y don Osvaldo sabía eso, porque conocía a su papá. Lo cual en parte era cierto, su padre solía ir a pedirle prestadas las herramientas que le faltaban cuando hacía algún arreglo en la casa. Ella estaba segura porque tenía un papá. Y tenía que estar agradecida, eso fue lo que dijo su madre al final: «Da las gracias». Pero debió ser algo en su tono de voz, en su mirada o en sus gestos, lo que la confundió. Porque cuando lo dijo, pareció que se lo echaba en cara, y que confesaba todo lo contrario. Hasta ese momento a ella le bastaba que su papá afirmara

que el agua del baño era la más helada de la casa para saber que él era especial, que era el hombre más sabio de la Tierra. Pero en el momento justo en que su mamá le reveló lo afortunada que era, supo que su padre no era suficiente. Y también que cargaba con una deuda. La deuda contraída con su madre por haberle dado un padre, por seguir junto a él para formar una familia, y que la perseguiría durante mucho, en su imposibilidad de ser saldada. Susurrándole al oído cada día, obligándole a arrastrar la lista de sueños postergados de su madre, los sacrificios y fracasos.

Así que ella agradeció, pero cuando su padre las abandonó casi sintió alivio. No se sintió tan triste ni abrumada. Porque su madre tampoco lo parecía. Sorprendida sí, o eso creía, por todas las mañanas que la pilló en la cama despierta, con la mirada fija por horas en la pared, como si se tratara de una pizarra donde alguien hubiese dejado un problema matemático, o un acertijo. Ella pensaba que lo que le sorprendía a su madre no era tanto que él no la quisiera como para quedarse, sino que tuviera las agallas de irse. Siempre lo había subestimado.

Siguieron sus vidas solas, más o menos igual que antes, con excepción de que las ampolletas parecían quemarse más rápido, las cañerías taparse más seguido y las llaves gotear con más frecuencia. El fantasma de su padre solo aparecería ahí, cuando tenían que apretar con fuerza los botones de los controles remotos de las teles porque ya nadie se acordaba de cambiar las pilas. Lo que a la hija le sorprendió fue encontrar, un par de meses después, los cajones de su papá ocupados con pantis y pañuelos. O no tener el espejo que era su padre para verse, porque eran idénticos, los mismos ojos verdes, las mismas pestañas largas, el pelo rizado, la sonrisa fácil y defensiva, nada franca. O la tranquilidad en la voz de su madre al contestarle a las telefonistas que él no estaba. Y si la telefonista preguntaba a qué hora lo podía encontrar, aclaraba con la misma calma que no iba a volver. Una vez, incluso, la telefonista insistió hasta preguntarle si es que estaba muerto, y su madre, tras un segundo de silencio, pero sin tragar una gota de saliva, deslizó un sereno «no» por la línea telefónica.

A los pocos años se cambiaron a un departamento nuevo, y luego la hija también se fue.

Una gota escurre por su mejilla, otra por su pecho. Tiene el cuerpo rojo, caliente. Siempre le gustó darse duchas con agua hirviendo. Leía las etiquetas del *shampoo* para quedarse más tiempo bajo el chorro. Le gustaba el cambio que se producía al salir del vaho del baño a su pieza fría. Sentirse mareada, ver chispitas fluorescentes y tirarse a la cama justo antes del desmayo. Ahora también está algo mareada, algo ida. Mira el techo. Es blanco, con pintitas de moho en la esquina. Cuando ella se fue, el departamento aún estaba como nuevo.

Algunos domingos iba a visitar a su madre. Almorzaban y el resto de la tarde veían «La Ley y el orden» sentadas en el sillón del *living*. Ella siempre se dormía en el primer capítulo y despertaba con el cuello

adolorido. En una de sus últimas visitas, antes de que el hombre con el que vivía se fuera, su madre le contó una historia. Tomaban once. La televisión sonaba al fondo, nada en particular. Ambas hacían como que ponían atención.

Su madre le contó de aquella vez en que ella tenía dos años y estuvo muy enferma, en el hospital. Ella sabía algo, pero no mucho.

Su abuela, la mamá de su papá, tenía una especie de guía espiritual, la hermanita Julia. Cuando la dieron de alta, su abuela le pasó un sobre. Lo mandaba la hermanita Julia para que su nieta se mejorara completamente. La abuela le dictó a su madre las instrucciones muy seria: cada vez que preparara la mamadera debía verter el contenido del sobre en la leche. Ella asintió y lo guardó en la cartera. Cuando llegó a la casa sacó el sobre y lo abrió. Estaba vacío. Llamó a su suegra y preguntó si había algún error. La suegra contestó indignada. El sobre contenía la respiración de la hermanita Julia, eso era lo que debía mezclar con la leche.

Qué ridículo, dijo la hija riendo.

Sí, me quería morir.

Parecía que la tarde se había adelantado unas horas para dejarlas en penumbras. Cada una tomó un sorbo de té, y dejaron de entregar su atención a la regularidad de la televisión.

¿Qué hiciste?, preguntó la hija.

Echarle el aire a la leche, contestó la madre encogiéndose de hombros, ¿qué iba a hacer?

Le era casi imposible imaginar a su madre joven, pero la vio. Su madre, que desde niña siempre le había parecido poseedora de un carácter tan fuerte. Hace más de veinte años, aquella mujer de actitud dura y dominante, sola en la cocina, acaso confundida, vertiendo la nada en su mamadera, esperando que la leche se llenara de esa nada. Su madre obediente, sin preguntar, sin resignarse, haciendo lo que fuera necesario.

Tu papá me dijo que no hiciera tonteras, que botara el sobre a la basura.

Tu padre. Su padre. Al igual que el contenido del sobre. Nada.

Dejaron de tomar once y se miraron en silencio, con la luz de la tarde y el ruido seco de la tele de fondo. Todo apagándose. Y entonces sus miradas también se cruzaron.

A veces, cuando me ves, ¿te lo recuerdo?

Eso es lo que ella quiso preguntarle cuando vio la expresión con que la observaba su madre, una expresión triste, que nunca había visto en ella. Tan triste. Pero siguió callada y cuando terminaron de comer y la rutina de domingo juntas se acabó, se fue como siempre, sin decirle nada.

Una noche, el hombre con el que vivía le pidió que le revelara un secreto. Estaban acostados en la cama de una plaza, aún sin cortinas y con las luces de afuera iluminando el techo. El hombre que la amaba. Abrazó su espalda, se acercó a su oído y dijo, muy despacio: cuéntame un secreto.

Una vez salí en la tele .

Durante la investigación de las violaciones de don Osvaldo, el colegio se llenó de periodistas. Todos los días salían notas escabrosas sobre el caso. Reportajes sobre sus modos de proceder en el abuso: las ramas de palmera con que barría y que los niños saltaban jugando a avanzar en contra, imaginando las manecillas de un reloj. El taller en que reparaba las sillas y las mesas de los alumnos, y donde encontraron calzoncillos y sangre.

Un día, a la salida del colegio, mientras ella comía papas fritas y jugaba con amigas, unos hombres la llamaron. Hoy está segura de que la eligieron porque a esa edad tenía el pelo más claro, lo más cercano al rubio entre el catálogo de sus compañeras. Un color que con el tiempo perdió. Se oscureció, todo el mundo se lo dice.

¿Quieres salir en la tele?

La pusieron frente a la cámara y le pidieron que pusiera cara de pena y que con la cabeza gacha repitiera «no, no». Saldría en las noticias de la noche.

La niña no lo puede creer, ¡las noticias de las nueve! Corre por el pasaje con el corazón lleno de alegría. La distancia se hace enorme hasta su casa y casi no puede respirar de la emoción. Entra haciendo ruido, saltando, golpeando las puertas y las paredes. Chilla de felicidad. «Mamá, ¡mamá! ¡Voy a salir en la tele!» Está tan excitada que apenas puede explicarle el gran acontecimiento. Su madre la mira con la boca y los ojos abiertos. La toma por los hombros y la comienza a zamarrear. Parece trastornada, ella nunca la ha visto así. «¿Qué hiciste?» le grita salpicando unas gotitas de saliva. «¿No te das cuenta?, ¿no te das cuenta?, ¿qué hiciste?», repite, y se lleva las manos a la cara. «Ahora todos van a pensar que abusaron de ti, todos van a pensar que fuiste tú». La hija rompe a llorar. La madre le da una última sacudida y luego le da la espalda y camina nerviosa de un lado a otro. «Todos te van a ver. Todos van a pensar que eres ella.»

El reportaje sale a las 21.15 como primicia. Lo ven mientras la hija se come un plato de lentejas, porque es muy flaca y el médico prescribió que comiera por las noches. Ahí está, con la cuchara en la mano, y

también ahí, en la pantalla. Una frente a la otra, como gemelas jugando a quemarse los ojos. Porque es ella. La imagen es borrosa, pixelada, pero ahí está, innegablemente. La grabación dura unos diez segundos, y enseguida comienza a sonar el teléfono.

La televisión te acompaña. La televisión te cuida. Te educa. La televisión te cuenta historias. Hace que las historias se vuelvan reales, convierte tus sueños en realidad. Supongo que siempre la envidié un poco. A ella, a Daphne. Yo también deseaba convertirme en laurel .

El agua todavía está tibia, y ella, lista. No necesita *shampoo* ni jabón ni bálsamo, lo único que le queda es salir.

Entonces se da cuenta de que hay una escena que nunca muestran en las películas de terror: el momento en que la heroína termina el baño y sale de la tina. Solo graban cuando la protagonista salta de miedo o se yergue sobre sí misma desde el fondo, salpicando agua.

Ella cree haber aprendido algo sobre esa escena con los últimos baños. Cuando saca el tapón, y los bloques de agua descienden como los pisos de un edificio detonado. El agua comienza a irse de ti, a abandonarte, porque eso es lo que siente, que el líquido se va desde dentro, llevándose todo, vaciándola. Y ella quiere desaparecer con el agua, pero se queda ahí, como la piedra de un río seco.

TÍA NANA

Estoy escondida. Inmersa en una oscuridad vaga que cerca una línea de luz flotante, única frontera de mi refugio. Sí, me escondo, aunque no recuerdo bien por qué. Sé que me protejo, pero como se protege alguien del sol bajo la sombra de un árbol. Me siento tranquila, y a la vez pareciese esperar a que algo se calme para poder salir. Estoy bajo mi cama. Tengo siete años y escucho a mi mamá llamándome. Me busca. Mi cabeza descansa sobre mis brazos cruzados. Huele a polvo y el piso está frío. Desde donde estoy puedo ver el último cajón de la cómoda y el perfil del velador. Lo que más resalta es la alfombra, las fibras de colores que no alcanzan a formar ningún dibujo. Pero si mirara desde la puerta, lo más llamativo de la pieza sería mi cama: el marco blanco de madera, el plumón de flores. Una cama elegida especialmente para mí, como todas las cosas que tengo, que tuve. Sin embargo, yo estoy debajo de la cama. Oculta, segura. Tal vez esté jugando. De niña todo lo hacía jugando. Solo sé que ese espacio intermedio, demarcado por las tablas que sostienen el colchón y las tablas del suelo, fue mi lugar favorito desde que tengo memoria. La voz de mi madre se acerca. Veo sus tacos entrar a la pieza. Me llama una vez más y se aleja para seguir con la búsqueda. No me ha visto. Entonces salgo.

—¿Dónde te habías metido? —dice mientras me arregla la ropa. Se ve joven. Lleva una melena y el pelo de su color natural, oscuro. La quiero tanto. A veces, cuando es muy tarde y no llega del trabajo, imagino que ha muerto, que no llegará nunca. Me pongo a llorar y trato de recordar su rostro en mi mente. A veces lo logro y otras no. A esa edad, creía que la única forma de demostrar cuánto querías a una persona era lograr verla con los ojos cerrados, o recordar su voz. Si mi mamá no regresaba sería por mi culpa, la condena de Dios por portarme mal. Así era el sufrimiento a esa edad, visible, exagerado, con motivos inocuos pero concretos. Jamás hubiese imaginado cómo se darían vuelta los papeles, ni tampoco que el dolor pudiera ser un sentimiento soterrado, que avanza silencioso, acumulando resentimiento casi sin que uno se dé cuenta.

—¿Recuerdas que tu papá perdió el trabajo, cierto? —me dice en un tono ambiguo. Afirmo con la cabeza—. Bueno... —prosigue cautelosa, pero no agrega más—. Anda a despedirte de la Sonia.

—¿Por qué? ¿Adónde va?

—Vamos a regalar su ropa. A los viejitos de un asilo.

—¿Yo voy? —pregunto con una sonrisa.

Corro a la pieza de la Sonia y la encuentro sentada en su cama, rodeada de bolsas plásticas negras. No se da cuenta de mi presencia, está llorando.

Su cuarto es otro de mis lugares preferidos. Es blanco y parece una sala de hospital. Los objetos que la habitan son funcionales: una cama, un clóset, una lámpara, un despertador. Sonia vive con nosotros hace tres años. De los lunes a las tardes de los sábados, cuando se va a su «verdadero hogar», como lo llama cuando se enoja conmigo.

Conservo el recuerdo de dos momentos que describen mi vida con ella.

El primero es el de todos los días. Estamos en su pieza y jugamos a hacer figuras con las sombras de las manos. Nada espectacular, doblamos las muñecas y abrimos o cerramos los puños para formar cisnes y serpientes que pelean entre sí. A mí me fascina, no tanto los animales como lo que hacemos: es lo que hacen todos los amigos o padres e hijos en las películas cuando son felices. Sonia tiene las manos gordas, como guantes de plástico inflados, por lo que sus figuras son siempre más robustas. Yo me río y ella dice que mis dedos parecen tallarines, entonces trato de capturar sus manos y al ver la diferencia ridícula, ella también se larga a reír. También tiene las manos muy ásperas, como si trabajara con tierra y barro, aunque naturalmente están marcadas por la labor contraria, curtidas por el jabón y el cloro, por los paños y las escobas que limpian el polvo.

El segundo no es un recuerdo mío. Es una historia en la que soy protagonista, pero que no he conservado voluntariamente. Mis padres la han repetido tanto que ha terminado por alojarse en mi memoria. La niña marca el número del trabajo de su madre y espera nerviosa. Sonia, la mujer, permanece acostada en su cama, quieta como una momia. La niña y la mujer se observan en silencio y una de las dos dirige a la otra una mirada de decepción, tendrán que esperar hasta las nueve de la noche. «No pude salir antes», me digo a mí misma; repito las palabras exactas de mi madre, el testimonio de mis propios recuerdos. «La tenía esposada a la cama. No sé de dónde sacó la idea», me vuelvo a decir, y la voz es acompañada de risas. Se trata de una travesura de poca importancia: había unas esposas en la casa y yo quería jugar con ellas. Es increíble que algo que ni siquiera recuerdas permanezca por tanto tiempo. A veces me pregunto por qué lo olvidé; no por la edad, recuerdo cosas de cuando era aún más pequeña. Por eso pienso que tal vez se trata de algo más, creo que en cierta forma lo olvidé para deshacerme de una parte de mí misma. Como si el esposar a Sonia, más allá del simple juego, revelara algo; un aire de mezquindad, de niña mimada, de poder.

Me siento junto a Sonia y ella me confiesa que no donará la ropa. Se la lleva con ella, ya no seguirá en la casa. Luego entra mi madre y nos ve abrazadas. Cerramos las bolsas y las llevamos al que será su nuevo trabajo, una casa grande en donde vive un viejo al que cuidar.

De todo eso ya van más de veinte años.

Sucedió a finales de los noventa, cuando todo parecía fluir o flotar. Arrendábamos una casa en Recoleta porque quedaba cerca del trabajo de mi papá, claro que decir «cerca» es una especie de ironía. Antes de partir por primera vez, mi padre intentó contarme sobre su trabajo: dibujó un hombre hecho de palitos con una cabeza enorme y un triángulo como sombrero. Trazó una media luna como boca y dos líneas oblicuas como ojos. «Así, ¿ves? —dijo, tirando de sus propios ojos con los índices, rasgándolos—. Chinitos —explicó—, tu papá trabaja con chinitos», aunque en realidad se trataba de coreanos. Solía repetirlo para impresionarme. Pero a mí no me sorprendía tanto el hecho de que hubiera gente con ojos rasgados como el que existiera un país lleno de ellos. Me impresionaba pensar que de acompañarlo algún día en sus viajes, sería yo la de ojos raros. Claro que nunca lo hice, ni siquiera a Patronato, donde estaban los locales de los coreanos con los que trabajaba. O no lo entendía o no me lo dijeron, pero tenía un nombre: «La crisis asiática», que irradiaría en mi familia un año y medio después.

No era la primera vez que mi papá quedaba cesante, pero sí la más dramática. Siempre andaba inventando negocios que no funcionaban o que dejaba a medias. Recuerdo que por un tiempo manejó un taxi y que antes arrendó un local en San Diego para vender fuentes, vasos, pelelas y platos de plástico. Decía que no podía tener un trabajo normal porque no soportaba que los jefes lo mandaran. Supongo que estaba algo traumatado con su padre, mi abuelo, que era muy estricto. Había sido carabinero e incitado a mi papá desde pequeño a que siguiera sus pasos. Las esposas eran de él. Nos las regaló, junto a un set de lumas. Eran para proteger a la familia, aunque la única vez que se utilizaron fue cuando apresé a Sonia. Quizá mi abuelo se las diera a mi padre para enrostrarle su propia desprotección, sus inseguridades. Recordarle aquello que podría haber sido y no fue.

Ningún proyecto lo entusiasmó tanto como el negocio con los coreanos. Convencido de que por fin daría el gran golpe y lograría la independencia económica, pidió crédito a varios bancos. Un hecho del que mi mamá no estaba enterada o no había querido darse por enterada. Después de que todo se vino abajo, no volvió a ser el mismo. Perdió las energías y por mucho tiempo lo acompañó una expresión de sorpresa triste en el rostro, como la de un jugador que ha perdido, casi sin darse cuenta, todas sus fichas.

Esas son las únicas cosas que recuerdo de mi padre, las que supe de él y las que me contaron. A diferencia de lo que podría esperarse, al quedar cesante comenzó a pasar menos en la casa, aun menos que cuando viajaba a Corea. Yo nunca supe adónde iba y al parecer mi mamá tampoco, porque pronto surgieron las peleas.

Mi madre era una mujer inteligente y ambiciosa. Dirigía la mirada siempre hacia delante, sin preocuparse por lo que dejara atrás. Lo sé

porque siempre me contó historias de su infancia pobre y cómo la había superado. Mi madre creía que podía deshacerse de sus orígenes de manera rápida y fácil, automática, como quien se sacude la tierra de la ropa tras una caída. Era esforzada y, durante un tiempo, optimista. Pensaba que era suficiente con tener bien definido lo que uno quería. Supongo que, cuando conoció a mi padre, debió parecerle un emprendedor. Pero sus planes siempre fueron cuesta arriba. Primero quedó embarazada y tuvo que casarse. Después acompañó a su esposo en todos sus proyectos, el esposo quedó cesante, y pronto se dio cuenta de que también eso, el matrimonio, había fracasado. Claro que mi madre jamás habría pensado en separarse, al menos no en esa época. Por un lado, era demasiado conservadora, y por el otro, aceptar la derrota era para ella algo aún peor que el hecho mismo de ser derrotada.

Entonces, la trama de mis padres se urdía casi sin que me diera cuenta. Tenía siete años y lo único que comprendí con claridad era que Sonia se había ido, que pasé un tiempo sola en la casa y que luego llegó tía Nana a vivir con nosotros.

Era tía de mi mamá y su nombre era Mónica, pero todos en la familia la llamaban tía Nana. A pesar de ser custodiados por unos enormes lentes, sus ojos son lo que mejor recuerdo. Negros, sin distinción entre la pupila y el iris, rodeados por unas pestañas escasas que hacían pensar en un ave desplumada. Ese era su aspecto en general, el de un animalito despojado e indefenso.

—¡Yo no la quiero! Váyase —le grité la primera mañana que estuvimos juntas en la cocina. Se notaba que había preparado el desayuno con dedicación: fruta picada, leche con chocolate—. No la quiero. Yo quiero a la Sonia —volví a gritarle y la voz me tembló. Nana sacó un *kuchen* de nuez del horno, cortó un pedazo y me lo extendió con una sonrisa.

—Una se acostumbra a todo —dijo en tono de disculpa, manteniendo su boca curva, tensando las millones de arrugas que la rodeaban. Llevaba su pelo blanco desordenado, como siempre. Tenía la piel morena, curtida, y en la espalda, una pequeña joroba.

Naturalmente conocía a tía Nana de antes, pero no estaba enterada de ningún detalle de su vida.

Tenía sesenta y cinco años, aunque todo apuntaba a que fuera más vieja, ya que la habían inscrito en el registro civil con la edad suficiente como para recordarlo. Era la mayor de tres hermanas, medio hermanas a decir verdad. Supuestamente era hija de un turco para el que había trabajado su madre, o eso decían. El asunto es que nunca conoció a su verdadero padre, aunque para ella esto era más una anécdota que una tragedia. También, a diferencia de sus hermanas, no se casó jamás. Ella fue la hija que se quedó en casa para cuidar a la madre. Durante los sesenta trabajó en la fábrica de telas Hirmas como costurera. Le entregaba el sueldo completo a su madre, quien decidía igualmente qué

se hacía en la casa y qué no. Durante la dictadura, la fábrica, al igual que tantas otras, cerró. Consiguí trabajo como nana y tras unos años, justo después de la muerte de su madre, comenzó a cuidar a los hijos de sus hermanas, y luego a los hijos de los hijos de sus hermanas. Fue entonces que el nombre de Mónica se escondió tras su principal quehacer, y pasó a ser para todos la Nana, la tía Nana.

Mi madre no le pagaba por cuidarme, aunque no por los problemas económicos por los que pasábamos, o no exclusivamente. El hecho de que no tuviera otro lugar donde ir tras la muerte de su madre era tan evidente como que en diez años más tampoco nadie, ninguna de las otras hermanas, o sobrinas, la querría en sus casas. No era necesario explicar más el asunto; mi mamá le ofrecía alojamiento y comida por lo menos hasta que yo me pudiese cuidar sola, tiempo más que suficiente, pensando en los años que podría vivir.

Claro que todo eso lo supe mucho después, casi al mismo tiempo en que comprendí que a pesar de lo que aparentaba, Nana no era tan frágil como todos suponían.

—¡No la voy a querer nunca!

Esa mañana dejé el desayuno intacto. Su dedicación, algo en la amabilidad de tía Nana, me perturbó enormemente. Corrí a mi pieza y me escondí bajo la cama. Sabía que ella no era responsable de que Sonia se hubiese marchado. Pero si no, ¿quién? En mi cabeza alguien debía ser el responsable y recibir las represalias. Quizá fuera eso lo que realmente me desconcertaba, no sabía quién era el responsable, o si es que existía. Me fui sola al colegio y aunque el resto de la mañana tuve hambre, al llegar a casa seguí negándome a comer. Durante la tarde no volví a ver a tía Nana. Desaparecer bajo la cama, eso era lo único que quería.

Hace poco leí una noticia espantosa. Un incendio que destruyó el segundo piso de la casa de una familia muy pobre. El calefón del baño explotó y los niños estaban arriba. Cuatro hermanos muertos. El más pequeño, de dos; la mayor, de diez. En los últimos párrafos se informaba que los cuerpos habían sido encontrados bajo una cama, en la pieza donde dormían todos juntos. Era un detalle, un par de líneas al final, pero no pude dejar de imaginar toda la escena: los niños asustados sin saber qué hacer, sin saber dónde huir. Solo un lugar parece resguardarlos de las llamas. Un lugar que los ha protegido en otras ocasiones, que en algún momento les ha parecido una fortificación, pero que ahora es una trampa. Sin embargo, la hermana mayor cree que ahí estarán a salvo, o que por lo menos puede tranquilizar a sus hermanos haciéndoles creer que lo estarán, como en situaciones anteriores. La imagen de los niños tomados de las manos, esperando a que todo pase, vuelve a mi mente una y otra vez. ¿A quién culpar? La vecina que los cuidaba no fue capaz de subir las escaleras y rescatarlos. Y los niños siguen bajo la cama, envueltos en fuego. ¿Qué se puede pensar de algo

así? ¿Quién es el responsable, no del accidente, sino de que los niños pensarán que iban a estar más seguros bajo la cama?

La primera noche que tía Nana pasó con nosotros, mi madre fue a mi pieza. La oí subir por la escalera. Golpeaba la madera con sus tacos cuadrados, que ella llamaba clásicos, pero que para cualquiera eran solo anticuados. Pasos serios y fuertes, tal como ella quería que la percibieran. Pisadas muy distintas a las que yo escuchaba de madrugada, cuando iba descalza. Bajaba como a las cuatro de la mañana, a oscuras, con cautela, intentando no despertar a nadie. En sus pasos nocturnos había algo que no mostraba a nadie, algo de miedo y de sumisión. Yo la imaginaba de pie, mirando por la ventana hacia afuera, oculta por el velo de la cortina. Nunca me atreví a bajar y comprobar qué hacía.

Encendió la lámpara del velador y se sentó en la cama. «¿Estás despierta?», preguntó. Yo me di vuelta enseguida. Parecía cansada, hastiada. Daba la sensación de que no quería estar ahí, como si la obligaran a permanecer conmigo. En muchas ocasiones sentí que algo se interponía entre las dos, como si el fastidio flotara junto con el aire que respirábamos, inevitablemente. Se limitó a estar en silencio y a alisar las sábanas con la palma de la mano.

—Tu tía Nana siempre ha sido igual —dijo de pronto, con un dejo de menosprecio que en el fondo ocultaba cierta admiración. Yo pensé que me iba a retar por haberle gritado a tía Nana durante el desayuno, pero no me dijo nada que revelara que lo sabía. En cambio me contó que había vivido con ella hasta los cinco años. Que su mamá había tenido dos hijas muy seguidas y que no podía ocuparse de las dos, considerando los otros tres hermanos más. Que como ella era la mayor, le tocó irse con la tía. Yo no entendía bien a qué iba, lo que me preocupaba era la frialdad con que me hablaba. Dijo que vivían en una casa muy vieja, con techo de madera, y que, cuando tenía pesadillas, tía Nana se acostaba con ella y juntas contaban los nudos en las tablas del techo. El juego finalizaba cuando mi madre se dormía. Miré el techo de mi pieza, era liso y tenía unas estrellas fluorescentes. Ella se quedó con la mirada fija en ninguna parte, callada, y al poco rato se despidió.

—¿Tu papá? —me preguntó desde la puerta.

La miré sin responder.

Antes de salir suspiró profundamente. Se sacó los zapatos y siguió en medias hasta su pieza.

Esa noche no pude dormir. La visita de mi madre me dejó muy nerviosa, aunque no sabía por qué. Los días previos a que comenzara el colegio o las vacaciones también me ocurría, pero esta vez era diferente. Me sentía sofocada, como si las tapas de la cama pesaran mucho. Ya no tenía hambre, pero la sensación de vacío era aún mayor. No dejaba de pensar en mi mamá de niña; pequeña y asustada por las noches. ¿Sería

por eso que bajaba descalza de madrugada? ¿Se asustaba también de adulta? Creo que fue la primera vez que me desvelé, no pude dejar de pensar en todas esas cosas. Oí llegar a mi papá por la madrugada. Escuché el ruido de su llavero al pasar el seguro a las puertas de la casa. Después más silencio en la calle y el murmullo de las bombillas de los faroles, el crujir de los muebles. El ruido regresó con los autos y los primeros rayos de sol.

La habitación se veía de un azul glacial cuando por fin logré cerrar los ojos.

Me levanté pasadas las diez y fui medio dormida a la pieza de mis papás; la cama ya estaba hecha y vacía. Era sábado y el silencio gobernaba la casa. Recordé la noche anterior, la conversación con mi madre, y salí corriendo hacia la pieza de tía Nana. Necesitaba disculparme por haberle gritado. Atravesé el *living*, el comedor y la cocina. Tampoco había nadie. Desde que Sonia se había ido que no entraba en aquel cuarto y cuando lo hice me sorprendí; las mismas paredes blancas se veían totalmente distintas, como si de verdad las habitaran. Había muchos más muebles, repletos de fotos y chucherías. Cosas viejas. Una fotografía en blanco y negro llamó mi atención. El marco era de plástico e intentaba imitar una moldura cromada. En la foto aparecían una mujer y dos niñas sentadas en bancas de madera. La adulta es sin duda tía Nana. Ahí está su espalda arqueada, su misma sonrisa afable y su expresión paciente. Lleva el pelo corto y viste un delantal de flores. Me acerco más al marco para intentar reconocer a las otras dos niñas, y entonces mi propio rostro aparece reflejado en el vidrio. Me miro como en un espejo, pero la imagen reflejada no se parece a mí, es como si se tratase de otra niña. La observo. Su rostro es gris, fantasmal. Ni siquiera parece una niña, es más bien como si no tuviera edad. Siento el pecho oprimido y corro asustada a mi escondite.

Antes de entrar a mi pieza pongo atención a los sonidos de la casa. Nada. Los minutos que permanezco en el umbral de la puerta me parecen una eternidad. Estoy completamente sola. Quizá no vuelva, pienso, y aunque es una idea tonta, puesto que sus cosas siguen ahí, no deja de turbarme. Le hice daño, me digo al recordar mis gritos de la mañana anterior. Entonces, cuando todo parece un problema enorme, veo que bajo la cama hay algo. Es un regalo, pero no está envuelto, lo ciñe una cinta y tiene unos masticables encima. Son pañuelos de tela, de esos que se llevan en el bolsillo. El estuche en que vienen tiene unos caracteres chinos. He visto unos similares antes, mi papá me los enseñó cuando trabajaba con los coreanos, un idioma difícil según él, aunque para mí más que palabras eran dibujos: el perfil de un hombre caminando, una casa, las ramas de un árbol. Tomo los pañuelos, son blancos y tienen flores bordadas en colores pasteles. Nunca antes me han regalado algo así. Oigo como se abre y cierra una puerta. Alguien sube, las pisadas son casi imperceptibles, como si no llevara zapatos puestos.

—Andaba en la feria —dice tía Nana y se acerca. Yo estoy sentada en la cama, con la cabeza gacha, mirando los pañuelos en mi mano—. Me ha costado mucho llegar ahí abajo —dice riendo y apuntando su espalda curva.

—Perdón —le digo sollozando. Ella toma el pañuelo y me seca las mejillas. Es áspero a la piel y casi no se moja.

—Yo tengo varios iguales —dice tía Nana—, me han servido mucho.

Ya nunca vuelvo a estar sola en la casa. Crezco junto a ella y ella envejece a mi lado. «Nos encontramos», me gusta pensar, como se encuentran libremente dos niños extraños y juegan toda la tarde, confiados, ajenos a las precauciones, a las sospechas de los adultos. Vemos las teleseries, nos peinamos mutuamente. Hacemos la lista para la feria, en un principio yo dicto y ella escribe, y con el tiempo cambiamos los roles, porque a ella ya le cuesta mucho escribir. No conversamos demasiado, tía Nana sigue siendo una mujer callada. De todas formas no es necesario, nos entendemos a la perfección, el silencio parece ser justamente el vínculo que nos une.

Donde más tiempo estamos es en la cocina, el hábitat de tía Nana. Es evidente su comodidad, el lugar en el que hace y deshace con mayor libertad, preparando las comidas para cada día y, una vez al mes, su especialidad: el *kuchen* de nuez. Sabe que está tan segura allí como en un búnker, y yo también me siento protegida, y hay ocasiones en que me da la sensación de estar bajo una gran cama.

A eso de las siete de la tarde comienza mi momento favorito del día. Tía Nana extiende dos toallas sobre la mesa, trae el cesto de la ropa y enciende la radio. Ella plancha. Yo no hago nada, solo estoy ahí. Escuchamos siempre el mismo programa, una especie de radioteatro transmitido por la radio Nacional. Las historias son siempre de suspenso, despiertan mi curiosidad, y tanto me fascinan como me perturban; me atraen los asesinatos y las persecuciones, los pasillos largos y sombríos en donde dos desconocidos se observan. Nos veo a nosotras en la cocina, sin decirnos nada, sumidas en las intrigas de los relatos. El aire es algo sofocante por el vapor de la plancha y la luz de la tarde se va extinguiendo casi al mismo ritmo con que avanza la voz del locutor. Todo nos va dejando en penumbras, hasta que debemos prender las luces y apagar la radio.

La cocina sigue siendo nuestro lugar, pero ahora tengo quince años, y luego dieciséis, y diecisiete, y las cosas han cambiado tanto que no sé hasta qué punto sigue siendo la misma casa arrendada, la misma familia. O tal vez yo estoy muy lejos de la casa y de la familia. Tengo dos hermanos menores, un padre con trabajos ocasionales, y los pasos nocturnos de mi madre. Pronto no tendré nada.

Lo único que mantengo más o menos intacto es mi relación con tía Nana. Todas las noches voy a su pieza y me despido de ella utilizando las

frases juguetonas que me enseñó cuando tenía siete años. Con ella sigo mostrándome tal como era cuando niña.

Tía Nana se sienta exhausta. Frente a ella hay una pila de ropa planchada y doblada. El programa radial ya no existe. Estamos casi a oscuras en la cocina. Mañana me iré de la casa, y además de unos amigos que me ayudarán, nadie más lo sabe. A ella no se lo he contado, no puedo exponerme a perder algo del arrojito que necesito para la huida. Cuando de niña lloraba impotente por no obtener lo que quería o después de pelear con mis padres, tía Nana siempre me consolaba diciendo: «Uno debe estar agradecido». Pero la que soy entonces sabe que ya no encuentra alivio en esas palabras.

Ninguna de las dos prende la luz. Permanecemos calladas, más de lo habitual. Pienso que en realidad no hace falta contárselo, de cierta forma ya lo sabe. Me mira y veo que sus ojos se nublan de gris, no un gris de lluvia sino de humo. Es la última vez que estamos juntas en la cocina y su mirada parece una respuesta a mi decisión de escapar: «Esta ha sido mi vida, entiendo que no todos puedan estar agradecidos». Nos abrazamos, es nuestra despedida.

Sabía cómo iba a ser. Por un tiempo sería difícil contactarme, sin embargo, aparte de una llamada desde un teléfono público, nunca más visité ni me puse en contacto con tía Nana. Sacrificios, me decía, y seguía adelante con mi vida, una vida que por entonces creía que me pertenecía completamente.

Fue para su funeral, cinco años después, que volví a verla. Cuando llegué al velorio, mi mamá me saludó con un «hola» breve y distante. Se celebró en una habitación de una funeraria de Independencia y ella se encargó de casi todo: el papeleo, saludar a la gente, ofrecer los cafés, tés, galletas, disponer las flores alrededor. Por la noche nos encontramos en la calle. Yo estaba fumando un cigarro y ella salió a prender uno. Tenía ojeras y me dijo que no había hecho el funeral en la casa porque ya no vivía ahí. Yo ya lo sabía y no pregunté nada más, ni ella siguió contándome. Mi padre no estaba en el velorio, y eso también lo sabía.

Tía Nana llevaba un vestido azul marino, su color favorito. Le pregunté si ella lo había elegido y me dijo que sí, que la vistió y que no pudo ponerle la placa dental porque tenía los músculos de la mandíbula muy rígidos.

—¿Cómo estás tú? —preguntó. No hablábamos desde que me fui de la casa.

—Bien —contesté—. ¿Y tú?

—Bien.

Nos quedamos en silencio, esperando a que los cigarros se quemaran. Deseaba hablar con ella, preguntar y responder, aunque no supiera bien qué. Apenas la vi sentí ganas de llorar, pero me contuve. Me mostré implacable en todo momento. Se había forjado cierta resistencia en mí y no había nada que pudiera hacer para superarla. Tal vez a ella le ocurriera algo similar.

—Llamaba a tu papá. Antes de morir lo llamó por su nombre varias veces —dijo después de botar la colilla al suelo—. Eso me dijeron las enfermeras. Falleció de madrugada, y antes había estado hablando sola, llamando a tu papá.

Por las noches me despierto y camino descalza por el departamento que arriendo. Esta noche llego hasta la cocina y miro por la ventana que da al sur. Venus brilla sobre la antena de un edificio. Ha pasado un año desde la muerte de tía Nana e intento imaginar que ronda por ahí, tal como en la cocina de mi infancia, haciendo sonar las ollas y los platos en su ajetreo cotidiano. Imagino que yo sigo en medio, sin hacer nada, solo estando ahí, a su lado.

Antes de que llegara el auto fúnebre, los escasos familiares que rodeaban el ataúd dijeron algunas palabras de despedida. Yo también quise decir unas, pero no pude. Quería hablar de todas las cosas que me enseñó tía Nana, quería hablar del silencio. Tía Nana era callada y todas esas tardes en la cocina juntas, ella me mostró el silencio, lo bello que es. Eso me habría gustado decir y no lo hice. Con mi madre ahí, no parecía el momento más adecuado. Pero la verdad es que no lo dije porque no me atreví. Habría sido como afirmar que había aprendido algo de ella, habría sido compararme con ella. Y yo soy diferente a tía Nana. Yo no era como ella. No me haría responsable, no haría nada de lo que ella hizo. ¿Y quién podría hacerlo? Preocuparse por las vidas de todos menos de la propia. Entregarse a los otros, ser olvidada por los otros y agradecer. Yo no iba a agradecer, con diecisiete años decidí que debía preocuparme por mí. Pensaba que podía abandonar a mi familia, abandonar a quien fuera necesario, arrancar para siempre y deshacerme de las consecuencias. Tenía la esperanza de poder olvidar. Ansiaba la libertad de una heroína, una vida propia, feliz. En esa época me erguía ridículamente frente al mundo, creyendo que podría vencerlo y salir ilesa.

ESPÍRITU AMERICANO

Un par de meses atrás me junté con mi amiga Dorothy. Fuimos muy cercanas durante el tiempo en que trabajamos en el Friday's, ella como *bartender* y yo como mesera, pero hacía mucho que no nos veíamos. Unos tres años, poco después de que naciera su hijo y de que yo renunciara. Me contactó por facebook y propuso que nos juntáramos en el antiguo local en El Golf, actualmente convertido en un restorán de comida italiana. «Para recordar viejos tiempos», decía su mensaje. No los «buenos tiempos» o «nuestros tiempos»: su única característica era que habían quedado atrás hace mucho. En sus palabras creí leer cierto desprendimiento que me extrañó, pero estaba de acuerdo, era la mejor forma de definirlos.

Nunca he odiado tanto un trabajo como el de mesera en el Friday's. Sin embargo, esa tarde sentí nostalgia al ver como todo había cambiado en el local. La enorme barra de roble no existía, tampoco la hélice sobre ella, ni la canoa en el centro del salón, las antigüedades, los pasamanos de bronce, los manteles de rayas rojas y blancas, las lámparas Tiffany. Me sentí confundida. Había limpiado todas esas cosas con irritación y deliberada negligencia y ahí estaba ahora, extrañándolas.

Dorothy me esperaba sentada con la carta en la mano. Me agaché a su lado, como se acostumbraba en el Friday's para generar cercanía con los clientes, y con ese tono ridículamente divertido, impostado para transmitir el espíritu americano, le dije: «*Thank God It's Friday*».

Ella sonrió un poco incómoda.

Se veía muy bonita, diferente a como yo la recordaba. Estaba más delgada y llevaba una melena negra y un vestido azul *vintage* que le quedaba perfecto.

Se lo dije:

—Estás preciosa.

—Tú estás igual —respondió. Supongo que mi expresión reveló cierto pesar, porque de inmediato enmendó diciendo—: Quiero decir que estás igual de linda. Igual de linda que siempre.

Comenzamos el diálogo poniéndonos al día. Yo, que no estaba particularmente satisfecha con mi presente, me limité a responder con ambigüedades o simplemente a evadir ciertos temas. Lo que se me hacía problemático, y vergonzoso, era revelar cierto fracaso generalizado, sobre todo pensando en la jovencita altanera e idealista que era cuando conocí a Dorothy.

Ella, por el contrario, me contó muy entusiasmada sobre su hijo, que ya tenía dos años y ocho meses, sobre su relación de varios meses con un biólogo marino y su trabajo como ejecutiva de cuentas en el Banco de Chile. Su entusiasmo me sonó excesivo y algo forzado. Me dio la sensación de que buscaba enrostrarme sus logros, aunque no para hacerme sentir mal. Creo que, en el fondo, lo que necesitaba era aprobación, una especie de bendición final a su forma de vida, mi bendición. Lo cual no quiere decir que por debajo no ocultara cierto resentimiento.

En nuestra antigua relación de amistad, yo era la que se mostraba segura de sí misma. Tenía diecinueve años, estudiaba Literatura y siempre estaba hablando de los temas que me apasionaban y creía trascendentales: la filosofía, la política, el cine, la poesía. Dorothy me escuchaba insegura y anodina. Tenía unos años más que yo y trabajaba de turno completo para ayudar en la casa y mantenerse ocupada en algo. Vivía con su mamá, sus dos tías y sus primas en la casa de sus abuelos. Su papá estaba en Miami —él había elegido ese nombre gringo— y su última comunicación había sido cuando estaba en el colegio (él le mandó unos CD de Incubus).

Ser mesera rendía buenos frutos monetarios, pero en esa época yo no consideraba que fuera una ocupación de la que uno pudiera jactarse. También se lo decía a Dorothy, y siempre la estaba instando, presionando, a que estudiara o se interesara por algo. Supongo que tenía una idea muy elevada de mí misma, aunque eso era en gran medida un mecanismo de defensa. Por entonces vivía y me mantenía sola, y pensar que yo era más que una simple garzona y que estaba destinada a ocupaciones de mayor grandeza me infundía el valor necesario para sobrellevar una rutina desgastante y, por sobre todo, no traicionar mis propias decisiones. Era la vida que yo había elegido al irme de la casa de mis padres tan temprano.

—Siempre me acuerdo de ti —dijo Dorothy en un tono que me pareció demasiado neutral.

Me alarmó no descifrar si se trataba de buenos o malos recuerdos.

Porque había otro tema latente. Cuando Dorothy quedó embarazada, su primera opción fue abortar y yo la acompañé a comprar el Misotrol y estuve a su lado, acostada en la cama también y con las piernas en alto y abiertas, para apoyarla. No funcionó. Lo más probable es que le vendieran pastillas falsas, pero ella desistió de intentarlo una segunda vez. Nunca me dijo si se arrepentía del intento, pero yo sentía cierta tensión cuando hablábamos de su hijo, creía que en el fondo, en algún lugar profundo e inconsciente de su corazón, me reprochaba el haberla apoyado en algo que evidentemente ya no deseaba. De todas formas, sería falso decir que nos distanciamos por ese motivo. Cuando desaparecí del mapa no fue porque me sintiera incómoda, simplemente dejé de trabajar en el restorán y me ocupé de mis propios asuntos.

Lo pasábamos bien juntas. Yo guardaba las sobras de los clientes para que las comiéramos escondidas y Dorothy las de los jugos y *milkshakes* de la licuadora. En medio del estrés de una noche a local lleno —«apanamiento» es el término que se usa—, yo pasaba corriendo hacia la cocina y le decía «sigue por el camino amarillo» o «no hay nada mejor que casa» y Dorothy meneaba la cabeza riendo. Me dio pena sentirla fría, y por un segundo pensé en explicarle, pedirle perdón si es que había sentido que en algún grado había sido insensible a sus propios ritmos y problemas. Pero hubiese sonado injustificado y, nuevamente, un poco soberbio; se trataba de más conclusiones mías sobre ella.

Llamé al garzón con la mano para que nos tomara el pedido. Como no había muchos clientes, el mesero, de unos veinte años, gastaba el tiempo puliendo cubiertos.

—¿Te acuerdas cómo nos entreteníamos puliendo los cubiertos? —dije, intentando encaminar la conversación hacia las anécdotas de un pasado mucho más seguro.

—No recuerdo nada «entretenido» de esa época —respondió Dorothy, irónica—. En realidad, no entiendo cómo pude aguantar tanto tiempo en esa mierda de restorán.

Sus palabras, tal como en sus mensajes de facebook, volvieron a sorprenderme. No pensaba que Dorothy guardase un mal sabor del trabajo. Caía bien a todo el mundo porque era simpática y sociable. Las otras garzonas eran sus amigas y durante años mantuvo una relación amorosa más o menos estable con Diego, el administrador del turno de noche. Junto a los cocineros, formaban una especie de grupo y, al cerrar el restorán, solían quedarse tomando en la barra o iban a algún *after*. A veces me invitaban, pero yo me excusaba con los estudios o con que tenía que levantarme temprano. La verdad es que no carreteaba con ellos porque creía que me aburriría. No me parecían interesantes, gente con la que pensaba que no tenía nada en común y con la que no sabría de qué conversar.

—Pensé que era la única que lo pasaba mal —le dije a Dorothy riendo—. Yo y la Denka.

—La Denka... —dijo Dorothy, mirando hacia un lado y torciendo la boca en una mueca indefinible.

La Denka era otra de las garzonas de la noche, estudiante como yo. Su nombre era Zdenka, por su ascendencia serbocroata, y tenía la nariz gruesa y el pelo y el tono de piel rojo. Vivía con su mamá en un departamento frente al Apumanque, así que podía darse el lujo de tomar un taxi y llegar temprano a la casa. Se la consideraba cuica y nadie entendía muy bien por qué trabajaba, con el evidente rencor de quienes estábamos obligados a hacerlo. Lo anterior se combinaba con el hecho de que no era una persona particularmente agradable —era gritona,

quejona y exagerada— y en consecuencia solía recibir malos tratos y pasar situaciones desagradables.

El ambiente general en el restorán no era muy amistoso, no para todos. El garzoneo nocturno es un submundo salvaje y hostil. Muchos de los garzones trabajan jalados para resistir el ritmo. Y dado que el sueldo se basa en las propinas, la competencia es dura y desigual. En el caso del Friday's, una pequeña tiranía hacía que los amigos de Diego tuvieran las mejores mesas y las tareas más fáciles. A eso me refería con lo de «pasarle mal». Era de mis primeros trabajos en serio, y quizá exageraba, pero recuerdo que muchas veces no resistí la presión y subí a encerrarme en algún cubículo del baño de empleados a llorar. Lo único que me consolaba era pensar que todo ese sufrimiento era momentáneo. Como iba en el primer año de la carrera, un trabajo profesional se veía demasiado lejano, y por eso fue que comenzó a forjarse la idea de postular a una beca de creación literaria en poesía — un compañero de carrera se la había ganado sin hacer mucho—, que me mantuviera alejada del Friday's y de cualquier trabajo. Creo que nunca como entonces deseé tanto ser poeta.

—Pobre Denka... —agregué riendo.

Si yo lo pasaba mal, eso no era nada comparado con la Denka. No se trataba de las mesas o de las tareas, se burlaban de ella en la cara. Lo peor es que por algún extraño motivo, Denka quería hacerse amiga de todas esas personas que la despreciaban constantemente. Casi rogaba para que la invitaran a los carretes pospega.

—¿Por qué pobre?

—Sí, es verdad. Al final igual terminó cagándose los a todos. No era tan tonta como creíamos.

Dorothy sonrió.

Lo que sucedió *al final* es que echaron a Diego y a otra de las meseras sin pagarles un peso.

Diego era un cuarentón separado y carretero. No guapo, pero coqueto. Tenía un hijo de diez años, más o menos el mismo tiempo que llevaba en el Friday's. Había partido en la cocina y había ido escalando hasta llegar a jefe del turno de noche. Su administración no era particularmente justa, pero se ganaba la simpatía de todos con los trasnoches en el restorán, ocasiones en que se bebía y comía gratis, evidentemente a espaldas del gerente.

El día de su cumpleaños se organizó una celebración especial. Una verdadera fiesta a la que se invitó incluso a meseros del turno de la mañana. Ese día tuve libre, así que ni siquiera tuve que inventar un pretexto. Denka sí trabajó, pero no la invitaron. Así que mientras ponían

música y exhibían las botellas de Johnnie Walker en la barra, ella terminaba de limpiar los baños para irse a su casa.

En medio de la celebración, a eso de las tres de la mañana, cuando todos estaban medio borrachos, llegó el gerente general. Había recibido un mail.

—¿Te acuerdas lo heavy que fue? —Recordaba esos días como jornadas largas, de mucha tensión. El gerente se dedicó a interrogar a cada uno de los empleados de la noche y amenazó con despidos masivos si no dábamos detalles de las irregularidades que, como acusaba el correo, se venían dando hacía tiempo.

—Algo —dijo Dorothy. Se sentó de lado y cruzó las piernas.

—A mí por suerte ni alcanzaron a preguntarme nada porque los de la cocina ya la habían soltado toda.

Era cierto, había sido un alivio no exponerme al dilema, sobre todo considerando que la partida de Diego no me generaba especial tristeza, sino todo lo contrario. Me convenía que llegara un nuevo jefe que, sin amistades previas, repartiera las mesas y tareas de manera más justa.

—¿Ah, sí? —dijo Dorothy con falso interés.

El garzón llegó con el pedido y, tras dejar los platos en la mesa, dijo un escueto:

—Que lo disfruten.

El gerente no reveló el nombre de la persona que mandó el correo, pero todos los ojos se posaron sobre Denka, generando varias situaciones lamentables. Le rayaron la tarjeta del reloj horario con «¡Maraca!» y «¡Perra traidora!», hubo peleas y gritos en el baño y amenazaron con pegarle. Denka tiró licencia por estrés unas semanas. Pero cuando volvió las hostilidades no cesaron y finalmente renunció.

—Tampoco es que la Denka no tuviera sus motivos —dije—. Incluso creo que la envidio un poco —concluí mientras enrollaba unos fettuccinis en el tenedor.

—¿La envidias? —preguntó Dorothy.

Mastiqué y trague rápido.

—O sea. Es que igual hizo algo que yo nunca me hubiese atrevido. Y no lo digo porque los carretes estuvieran mal... Considerando la hora a la que salíamos, el sueldo, las condiciones pésimas y todo eso, lo mínimo que podían hacer era divertirse un rato. Siempre he sido de la idea de que hay que doblarle la mano a las empresas de alguna forma. Equilibrar un poco la balanza. El problema era Diego, no puedes tener

tejado de vidrio y además ser injusto con los demás. Alguien te lo va a terminar cobrando, ¿no? Todo en la vida se devuelve —afirmé con tono de sabelotodo.

—Todo en la vida se devuelve... —repitió Dorothy. Se inclinó hacia mí apoyando los codos en la mesa y me apuntó con el tenedor—. ¿De verdad crees que la Denka se hubiese atrevido a hacer algo así? —dijo mirándome a los ojos.

—¿Y quién más?

Volvió a inclinarse en el respaldo de la silla y se cruzó de manos.

—Bueno —dijo abriendo los ojos—, la Denka no era la única que tenía algo que cobrarle a Diego... —Dejó las palabras flotando mientras ladeaba la cabeza y se mordía los labios.

—¿Qué? ¿Fuiste tú? ¿Tú mandaste el mail?

Dorothy asintió sonriente.

—¿Es broma? —le pregunté y solté una carcajada.

Ella me devolvió una expresión desafiante.

—¿Pero por qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —dije casi gritando de la sorpresa.

Los oficinistas que estaban dos mesas más allá se voltearon a verme.

—Digamos que fue por venganza —explicó muy serena—. ¿Te acuerdas que salía con el Diego?

—Sí, por eso mismo... no entiendo.

—Diego era «injusto» como tú dices. Pero no en el trabajo nomás —dijo forzando un tono de misterio. Después se quedó en silencio.

—¿Qué pasó? —insistí—. Lo echaron sin pagarle ni uno. Tú misma podrías haberte quedado sin pega. Todos —dije intentando no sonar censuradora—. ¿No te importaba?

—No iban a echar a nadie más, lo decían para presionar. ¿De verdad creías que iban a quedarse sin nadie que atendiera el turno de noche de un día para otro?

—No, pero...

—¿Te acuerdas de la Lissette? —me interrumpió—. Trabajaba a la hora de almuerzo.

—No. No mucho.

—Bueno. Resulta que, de un día para otro, Diego me dijo que quería intentarlo de nuevo con su exesposa. Dijo que necesitaba darse una última oportunidad. Me explicó que no lo hacía por él sino por su hijo, para darle una familia. A mí se me rompió el corazón, pero obvio que lo entendía y le dije que no se preocupara, que yo iba a seguir ahí para él, apoyándolo en todo... El asunto es que poco antes de su cumpleaños me enteré que se tiraba a la Lissette desde hacía varios meses. Lo de volver con su esposa nunca fue verdad.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de cerveza. Luego continuó:

—Me sentí terrible, obvio. Y sufrí y lloré y todo eso. Pero también me dio rabia, demasiada rabia. Y no quise sentarme a esperar a que el mundo le devolviera la mano —concluyó con un tono seductor.

Dorothy me miraba con decisión, y yo a ella, atónita y admirada. Con esa admiración que provocan los villanos por su coraje y la inteligencia de sus planes. Aunque evidentemente Dorothy no era una villana ni tampoco una justiciera. El papel que había desempeñado era increíblemente más complejo.

—¿Alguien más sabe?

—No. Es mi secreto.

Tomé un trago largo de cerveza. Miré alrededor buscando algo que pudiera reconocer del viejo salón del Friday's. Todas esas personas que creía tan insignificantes volvían a mi mente convertidas en los protagonistas de mis recuerdos. Los ojos de la Denka inundados de miedo, los de Diego de resignación y tristeza. Incluso, y aunque nunca lo viera en persona, imaginé a su hijo, el niño de diez años, recibiendo al padre cesante. Por sobre todos esos rostros emergía el de Dorothy, inexpresivo. Ella no formaba parte del coro de sospechosos cuando ocurrió todo. Intenté recordar cómo se había comportado, cuál había sido su reacción. ¿Estaba molesta o asustada? ¿Cansada y triste? ¿Callada y dudosa o con un brillo triunfal en los ojos? Algo en mí se negaba a aceptar que ella hubiera sido capaz de enviar el correo. Que hubiera urdido el plan y soportado la presión de las consecuencias.

—¿Sabes qué es lo más chistoso de todo? —dijo Dorothy, interrumpiendo mis pensamientos—. Fue gracias a ti. Jugaste un papel muy importante en todo.

Yo la miré confundida.

—¿Te acuerdas de ese libro que me prestaste?

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas que siempre andabas hablando de libros y que yo a veces te pedía que me prestaras alguno?

Le dije que sí, pero no recordaba que le prestara libros, menos aún que ella me los pidiera.

—No recuerdo bien el nombre. Tú me dijiste que era corto y que se leía rápido, pero yo te lo devolví como un año después porque leía muy lento. ¿Y te acuerdas de esa película coreana tan rara que me hiciste ver? ¿Te acuerdas que me la grabaste en DVD y que yo te dije que no me había gustado, que era muy pitiá? —Hizo una pausa y tomó un sorbo de su cerveza—. Bueno, supongo que al final sí me gustó, me gustaron. El libro y la película. No sé, trataban de la venganza y justo leí el libro cuando pasó todo... En cierta medida me influyeron. O al menos me dieron permiso para estar enojada y hacer lo que sentía. ¿Cachái?

—Sí, te cacho —respondí, y aunque no dejaba de parecerme retorcido, era verdad. La comprendía.

Por fin la comprendía. Me daba cuenta de cómo la había subestimado. Cómo la había mirado siempre desde cierta altura, creyéndola tan inocente y leal como desinteresada y cobarde.

Tras el postre nos despedimos con un abrazo y prometimos que en adelante nos veríamos más seguido. Para el cumpleaños de su hijo o cuando dieran una película buena. No volvimos a hablar. Y no por la confesión de Dorothy. Creo que ambas aceptamos que ya no hay nada que nos una. Nuestra amistad fue circunstancial, aunque no por eso menos genuina. Debe ser como les pasa a los bomberos, llegado el momento pueden dar la vida por el otro, y después tomarse un par de cervezas, pero eso no significa que vayan a pasar fin de años juntos o que tengan muchas cosas en común. Quizá lo único que teníamos pendiente era ese episodio. Y que tras nuestra última reunión, pasó a ser una más de las anécdotas de los *viejos tiempos* .

Esa tarde bajé caminando desde El Golf hasta la Plaza Italia. Avancé rápido por Isidora Goyenechea y busqué una salida hacia el parque que va al lado del Mapocho. En el camino vi a un cura joven; a una mujer que buscaba metales con una máquina; y a un hombre con una guitarra al hombro y un tatuaje en el brazo de una mujer con un reloj en la cabeza. Cualquier persona con que me topara me hubiera parecido extraña y significativa. Estaba impresionada, no por la historia de Dorothy en sí, sino porque creí que funcionaba como una metáfora perfecta. Es lo que me ha estado pasando en el último tiempo, a mis veinticinco años. Las revelaciones. El desengaño. Me sentí como alguien que recién comienza a entender cómo funciona el mundo, como alguien crédulo y limpio, una víctima. Y supongo que mantuve los mismos ojos inmensos e ingenuos durante varios días. Acongojada frente a la sonrisa burlona del mundo.

Luego recordé un par de cosas más.

Una en particular.

Llevaría un año y medio en el Friday's cuando sucedió. Un día de semana, un día cualquiera. Me tocó atender a una pareja de gringos. Debían pasar de los sesenta años y parecían matrimonio. Eran muy simpáticos y habladores, y en determinado momento el esposo se paró y me pidió que le indicara dónde estaba el baño. Yo le dije que lo guiaría y mientras caminamos por el comedor del restorán el hombre me tomó la mano. Me sorprendió y enseguida miré en dirección a nuestras manos, y debí haber observado la de él con detenimiento, porque recuerdo que llevaba un anillo grande con una piedra azul en el anular, y que la textura de su piel, pese a las arrugas, era suave. Me sorprendí, me dio rabia y me entristeció, pero dejé que me tomara la mano. Y lo hice por la propina, porque era gringo y los gringos siempre dejaban buenas propinas y porque supuse, en ese breve instante en que miré su mano sobre la mía, que si me mostraba molesta no sería así. Así que dejé que un anciano me tomara la mano, por dinero.

Puede parecer ridículo, pero nunca se lo he contado a nadie. Podría habérselo dicho a Dorothy ese día, para compensar, para igualar experiencias, pero no lo hice. Y no porque me avergonzara, que es el motivo por el cual nunca lo he compartido, sino porque simplemente no lo tenía presente. No lo recordaba. Supongo que es así como funciona. No se trata de que uno sea ingenuo, lo que haces es engañarte. Engañarte muy bien, tan bien que terminas por olvidarlo, tan bien que un día tus acciones vuelven y te toman por sorpresa, por la espalda. Al menos eso es lo que pienso ahora, mientras camino otra vez hacia ninguna parte, tengo que aferrarme a eso, porque prefiero pasarme de lista a no serlo.

LAIKA

Josefa despertaba de un sueño corto. Alguien, en la penumbra, le movía el hombro, suavemente pero con tenacidad. Alguien la llamaba, susurrante. «Josefa, Josefa, despertá.» «Hola Fede», respondió con voz somnolienta. «Hola Josefa», dijo él. Ella apenas si podía verle el rostro y alargó la mano para comprobar que estaba ahí, y él la capturó y le besó la palma abierta. Vamos a la playa a ver ovnis, dijo Fede. Tengo sueño, respondió, ya podía verlo en la oscuridad de la pieza. Le encantaba cuando eso ocurría, cuando sus ojos lograban acostumbrarse a la noche, como los gatos. Vamos nenita, insistió Fede, y cuando lo dijo ella sintió miedo. Los ojos de Fede brillaban como un cielo lleno de ovnis. Me da miedo, dijo Josefa. No pasa nada, los ovnis son tan inofensivos como las estrellas, la tranquilizó él, además venís conmigo. Su madre le había dicho que se portara bien con Fede, porque los argentinos iban a ayudarlos. Josefa no quería dejar mal a su mamá ni desobedecerla. Últimamente la retaba mucho y ella no quería que la retara más. No quería decepcionarla más.

¿Puedo llevar mi pala?, preguntó Josefa, aún algo indecisa. No era una pala de juguete de plástico, sino una de verdad, una de metal que su madre usaba para jardinear y que ella le había rogado que le prestara para llevarla a las vacaciones. Una herramienta de adulto. El sueño de Josefa era convertirse rápido en adulto, despertar un día y darse cuenta de que era una persona grande y que podía hacer todas las cosas que un adulto hacía, o que ella creía que un adulto hacía, como ocupar una pala de metal y no una de plástico.

Claro, dijo Fede, sonriente, nunca sabés cuándo se puede necesitar una.

Josefa indicó dónde estaba. Él la destapó de la cama, tomó la pala del velador y se arrodilló dejándola horizontal en sus manos, como si le ofreciera una espada. Josefa la tomó riendo y la sostuvo con fuerza. Ves que soy todo un caballero andante, dijo Fede y la envolvió con una frazada y se la llevó en brazos, tanteando en la oscuridad.

A esas horas de la madrugada la playa estaba desierta. Fede dijo que para lograr un avistamiento tendrían que alejarse lo más posible de la civilización. Cruzó el roquerío que bordeaba las cabañas, hasta llegar a un pequeño depósito de arena entre las rocas. Acunada como iba, Josefa alcanzaba a ver parte del perfil de Fede en el fondo estrellado. Con ella todavía en brazos, se sentó en la arena, y extendió la cabeza hacia atrás para ver el cielo.

Pasaron varios minutos en que Fede mantuvo la misma posición, pensativo y en silencio, guardando cierta gravedad, como para

otorgarle oficialidad científica al asunto. Si no hubiera sido por el frío, Josefa se habría quedado dormida durante ese tiempo.

Mirá, dijo Fede de pronto. Apuntó hacia arriba y con el índice siguió una bola luminosa que atravesaba el cielo lentamente. Josefa se aferró con más fuerza a la pala y se la llevó al pecho y comenzó a temblar, aunque no por miedo al ovni sino por el frío. Fede prendió un cigarro. Josefa, dijo muy serio, no te voy a mentir. Me encantaría que viéramos uno juntos, pero ese no es un ovni, es un satélite. Fijate en cómo avanza. Es un satélite artificial que da vueltas a la Tierra. Hay muchos. Algunos son viejos y ni siquiera funcionan, van orbitando sin sentido. Se les llama chatarra espacial. Allá hay otro, ¿lo ves? Josefa lo vio. ¿Son como *Laika*? , preguntó apuntando al cielo. ¡Eh!, celebró Fede, ¡qué sabés de *Laika*! Ya decía yo que no eras solo una piba bonita. Le besó la nariz y ella sintió su aliento a tabaco. Josefa rio tímida. Si lo sabía era por la canción de Mecano que escuchaba su mamá. Le encantaba esa canción. Le parecía misteriosa y cuando la escuchaba se llenaba de preguntas. ¿Qué sería de *Laika*? ¿Dónde estaría ahora? ¿Imaginaría que era famosa, que tenía una canción? Había muchas cosas que le parecían tan misteriosas; el mundo guardaba secretos que nadie conocía ni entendía: barcos y aviones perdiéndose en el Triángulo de las Bermudas. Las pirámides de Egipto. La desaparición de los mayas y de los dinosaurios. El fuego. Las hormigas. Rasputín sobreviviendo al veneno y los disparos. El asesinato de Marilyn. La piel de Michael Jackson. Josefa creía que cuando muriera y subiera al cielo, Dios, o un ángel encargado, aclararía todos estos grandes enigmas, y a veces eran tantos sus deseos de saber, que ansiaba estar muerta, morir por un ratito.

¿Sabés cómo se llamaba la nave en que enviaron a *Laika*? , dijo Fede soltando una bocanada de humo.

Josefa negó con la cabeza. Le preocupó que Fede se diera cuenta de que en realidad no sabía mucho más sobre *Laika* .

En kínder, una vez la profesora preguntó quién sabía dibujar una estrella. Josefa levantó la mano entre todos los niños y fue a la pizarra, altiva y sonriente, y dibujó con la tiza una especie de círculo con puntas. Todos los niños rieron y gritaron que esa no era una estrella, y entonces Josefa vio la pizarra de nuevo y se dio cuenta de que era verdad, eso que había dibujado no era lo que veía en su mente, no era una estrella. Por la tarde, en la casa de Mauricio, se puso a llorar. Mauricio era el hijo de la vecina que la cuidaba por las tardes y la consoló diciéndole que no debía preocuparse, que él le enseñaría la forma más fácil de dibujar una estrella. Primero tenía que dibujar una V invertida, luego trazar una línea ascendente hacia la izquierda, otra línea horizontal a la derecha y finalmente una descendente hasta el punto de inicio de la V. Se hace sola ¿ves?, dijo Mauricio, y ni siquiera tienes que levantar el lápiz. Esa era otra de las razones por las que Josefa quería ser adulta. Si aprendía a dibujar estrellas y todas las demás cosas que sabían hacer los adultos, nadie se reiría de ella otra vez.

Sputnik 2 . Una nave soviética, dijo Fede, maravillado con sus propias palabras. *Laika* era un choco, una perra callejera. Su verdadero nombre era *Kudryavka* y le ganó a los otros dos perros que entrenaban los rusos. Fue el primer ser vivo que viajó al espacio y, después de siete horas, el primero en morir en órbita.

A Josefa no le gustó saber que *Laika* estaba muerta. En realidad, era muy tonto de su parte imaginar que aún seguía viva, dando vueltas por el espacio, pero así era como la imaginaba, tal como en la canción, mirando por la ventana del cohete la bola de color que era la Tierra.

La grabaron al lado de Lenin en el monumento de los conquistadores del espacio. En el monumento hay un poema. Un verso dice «Hemos forjado las alas del cielo». En ruso, claro, no en español. A mí me gustan más los rusos que los yanquis, ¿y a ti?

Medio encogida como estaba en los brazos de Fede, Josefa dijo que los rusos, sin saber qué significaba y en un tono tan bajo que fue como si no dijera nada.

Fede sabía muchas cosas, pensó. Igual que Mauricio. Aunque sabían cosas diferentes. Lo que sabía Mauricio era sobre todo las historias de los superhéroes. Fede le gustaba, igual que Mauricio. Pero Mauricio no la abrazaba como Fede lo hacía. De hecho, Mauricio casi nunca la abrazaba, lo que hacía era tomar sus brazos y hacer que se pegara en la cara con sus propias manos mientras le decía ¿por qué te pegái sola?, o atacarla con cosquillas hasta que ella no aguantara más. Y una vez no había aguantado y se había hecho en los calzones, y Mauricio se había reído como dos horas, hasta que ella se puso a llorar de vergüenza y entonces él le dijo que fuera al baño a sacarse los calzones meados y que él se los lavaría y los secaría con el secador, y así fue, y cuando llegó su mamá a buscarla por la noche, Mauricio no dijo nada, no la acusó por mearse en los calzones.

Me encantaría estudiar astronomía. Este año salgo de secundaria, pero no me va muy bien. Y astronomía es una carrera redifícil, no me daría la cabeza, reconoció Fede, algo pesaroso.

Y, bueno, parece que ya no vamos a ver ovnis hoy.

¡*Cha!* , repitió Josefa para sí y rio.

¿De qué te reís? ¿Te reís de mí, petiza?, dijo Fede, jugando. A ver, parate, a ver a dónde me llegás paradita. No me llegás ni a las rodillas.

Rodishas , repitió Josefa en su mente, y volvió a reírse.

Fede tiró el cigarro a la arena.

¡Cochino!, dijo Josefa agarrando más confianza.

¡Cómo que cochino! ¿A quién le decís cochino? La dejó rodar de su brazos hacia la arena, le quitó la pala y la clavó en la arena, tras él, y tomó a Josefa por las axilas y la puso en pie, frente a él.

A ver, dejáme mirarte, dijo, llevándose la mano al mentón en duda. Le quitó la frazada que la cubría.

¿Te gusto?, le preguntó, colocando nuevamente la mano en el mentón y entrecerrando los ojos.

Josefa bajó la mirada hacia la arena y afirmó que sí con la cabeza.

¿Cuánto te gusto? ¿De aquí a la luna?

Volvió a asentir. Para ella Fede era el niño más bonito que pisara la tierra, tan bonito como los galanes de las teleseries o como su padre en las fotos viejas, cuando era joven, como decía su madre que era de lindo de joven.

Vos me gustás de aquí a Plutón, respondió, y le levantó la carita con la mano para que lo viera a los ojos. Ida y vuelta.

¿Y la Paola?

¿La Paola? ¿Cuál Paola?

La de la cabaña nueve.

Esa piba no sabe nada, no como vos, que sabés de la era espacial. Fede le guiñó un ojo. Josefa no podía más de la dicha.

Además no sabe dar besos, vos sabés.

A la niña se le iluminó el rostro. Era cierto, ella sí que sabía.

¿Diste muchos besos?

Asintió una y otra vez, emocionada.

Besos de teleserie. Practicaba con su papá y su mamá, succionando con los labios y meneando la cabeza de un lado a otro, como lo hacían los protagonistas.

Fede se acercó despacio y tomó la cabecita de la niña entre sus manos. Su respiración era agitada. Cerró los ojos y posó sus labios sobre los de Josefa, que parpadeaba nerviosa. Ella iba a comenzar con su meneo de cabeza cuando sintió que un cono suave, húmedo y frío penetraba en su boca. Abrió los ojos de par en par y no pudo hacer su movimiento,

prácticamente no podía mover ningún músculo ante la sorpresa de la lengua. Esa parte no la conocía, no la mostraban en la televisión.

Fede se alejó.

Mmm, dijo decepcionado. Te falta un poquito todavía. Josefa bajó la cabeza, y sintió deseos de llorar.

No, nenita, no te lo tomés así, dijo, levantando su cara con los dedos. Está muy bien para lo chiquita que sos. Josefa sonrió más aliviada. Además, yo te puedo enseñar. Tenés que imitar lo que yo hago ahí adentro. Para cuando nos casemos serás una experta besadora. Ella volvió a abrir mucho los ojos, como platos.

Porque... querés casarte conmigo, ¿no?

Josefa movió la cabeza de arriba abajo rápidamente.

Fede se desabrochó la cadena que llevaba en el pecho.

¿Te gusta?, dijo Fede, mostrándole el sol dorado que colgaba de la cadena. Este va a ser el símbolo de nuestra promesa. Se lo pasó por encima de su cabeza. Cuando cumplás dieciocho, voy a venir a buscarte a Chile y nos casaremos. Volvió a darle otro beso, pero esta vez más corto, sin lengua; una pequeña aspiración, similar a los que se daban los papás de Josefa. Ella sabía que a otros niños les daba asco que sus padres se besaran, pero a ella le encantaba, aunque las pocas veces que lo hacían era así: un beso corto, sin movimientos de cabeza, como a la pasada.

Josefa tomó el sol entre sus manos. Lo miró como hipnotizada y sacó pecho para lucirlo mejor.

Ahora falta sellar el pacto en el mar, dijo Fede, mirando la costa. Amarró el pelo ondulado de Josefa con un elástico. No querrás resfriarte en las vacaciones por acostarte con el pelo mojado, dijo sonriendo y comenzó a desvestirla. Primero la polera del pijama. Era amarilla, su color preferido, con un elefante bordado que sostenía un helado a medio derretir. Después los calcetines, y finalmente el pantalón.

Josefa hundió el pecho ruborizado, y el sol también se hundió en su pecho. Toda ella se hundió.

Desnuda frente a Fede, Josefa volvió a sentir vergüenza, pero una distinta a la que sintió cuando vio la estrella mal dibujada en la pizarra de la sala de clases. Se parecía más a la emoción que la embargó cuando la vacunaron en el colegio. Avanzó siguiendo la fila de niños, con timidez, porque sabía que ellos la verían medio desnuda cuando se sacara la blusa del uniforme, pero también ansiosa por hacerlo. Fue una

decepción cuando llegó su turno con la enfermera y ella únicamente le desabrochó la manga y le subió el puño por el brazo.

Esa pancita es mía, dijo Fede, palpando la barriga prominente de Josefa. Le besó el ombligo y otra vez más arriba. Un beso con lengua en la tetilla, y cuando su boca se separó de su piel, Josefa vio un hilito de saliva brillante, que unía su cuerpo y los labios de Fede como la seda de una telaraña. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, como cuando su madre le trenzaba el pelo y sin querer tiraba de unos pelitos solitarios.

Fede la atrajo hacia sí y la abrazó muy fuerte y le pasó la lengua por el cuello, como si lamiera una estampilla. Tenés sabor a protector solar, dijo, sabor a playa.

Se quitó los pantalones, el chaleco, la polera y los calzoncillos con rapidez. Y Josefa se fijó en las partes de su cuerpo que no estaban tan bronceadas y en su pene erecto, que apuntaba hacia el mar como la aguja de una brújula. Nunca antes había visto uno y quedó impresionada. Desde entonces, esa sería su imagen de los penes. No caído y flácido como el de su padre, que vería en el futuro, al entrar al baño y sorprenderlo desnudo saliendo de la ducha, sino erguido y firme. Implacable, como el palo de escoba con el que su mamá limpiaba los ciruelos del patio. Perpetuo como la manecilla de los relojes que dibujaría en su muñeca izquierda, aburrída en las clases.

Caminaron hacia el mar tomados de la mano. Y Josefa pensó que eran como el Adán y Eva de su Biblia infantil. La leía todas las noches, y su historia preferida era la de Sansón y Dalila, porque era la más romántica.

Mientras caminaba volvió la cabeza y contempló sus pisadas. Las huellas en la arena seca, poco profundas e imprecisas. Las huellas en la arena mojada, con más detalles, reflejo de la diferencia en sus pesos y tamaños. Ambas se borrarían dentro de poco y volverían a formar parte de la playa. Unas antes que otras, pero desaparecerían. Cuando Josefa las vio, supo que todo lo que vivía con Fede era real. Le ocurría tener recuerdos muy vívidos de niña, que se develaban como sueños o invenciones, confusiones suyas. Había dos que le llamaban particularmente la atención. En el primero estaba con su mamá, solas de noche en la casa. Ella se despertaba con ruidos raros y avisaba a su mamá. Partían juntas hacia el *living*, y en medio de la oscuridad veían a los ladrones. Estaban escondidos; agachados bajo la mesa de comedor, detrás de los sillones, de la estufa a gas. Debían ser unos cuatro y Josefa recordaba ver el contorno de sus uniformes negros, con cuello alto de ladrones, y que parecían niños jugando a las escondidas. La otra se trataba de una tarde que pasó con su papá. No recordaba bien qué hacían pero en un momento él dijo que tenía el poder de desaparecer, y fue hacia la pieza corriendo y ella lo siguió y, cuando llegó, él ya no estaba. Lo buscó por todos los lados, y siguió con el resto de la casa, pero no logró encontrarlo. Entonces se sentó frente al espejo, y mientras se miraba y jugaba a delinear su reflejo plano, llegó a la conclusión de

que su padre había tomado una pastilla de chiquitolina para esconderse. Las imágenes de esos recuerdos eran muy claras en su mente, incluso más que otras que realmente ocurrieron. Habían ido perdiendo su autenticidad en la medida en que ella se había hecho grande, cuando ya no parecían lógicas o posibles, teniendo que obligarse a no evocarlas en su memoria.

Pero ahí estaban las huellas, dos pares para dos personas. Y unas las borraría el viento y otras el mar. No serían permanentes, pasarían al olvido, como todo, y eso lo hacía real.

Se adentraron hasta que el agua cubrió el pecho de él y se dejaron mecer por el mar tranquilo. Él la abrazaba por la espalda y mamaba de su cuello como los moluscos de las rocas que los cercaban. Estoy enamorado, repetía, estoy loco por vos.

Josefa tenía la mirada fija en el horizonte. El mar y el cielo le parecían una sola oscuridad, tal como debía de ser el mundo del Génesis, cuando Dios todavía no separaba las aguas que estaban por encima del firmamento de las que estaban por debajo de él.

El mar y el cielo eran una sola oscuridad, y los ovnis podían estar tanto arriba como abajo, volando y flotando a la vez.

ÚLTIMAS VACACIONES

Lo que voy a contar sucedió el último verano de mi niñez, o lo que yo entiendo por mi niñez, como un estado instintivo e inconsciente, justo antes de que mi vida cambiara o tomara un rumbo definitivo. Antes de que mi hermano mayor perdiera su pie izquierdo, me fuera a vivir con mi mamá, dejara el liceo y que el resto de los hechos siguiera el camino que hizo de mi vida lo que es. Un destino evidente para todos los que me rodeaban —y que no consideraban nada bueno—, pero que, al final, fui yo quien decidió tomar. Por eso es que tiene sentido para mí contar las vacaciones de ese verano. Creo que fueron ellas las que, en gran medida, aunque también inconscientemente, moldearon mi decisión.

Hablo de las vacaciones de verano del 2010, cuando tenía diez años, y que pasé en La Serena con mi tía Verónica y sus dos hijas, Camila y Javiera.

La Serena: ahora me parece el nombre más increíblemente adecuado para los días que pasé allí. La primera imagen que se me viene a la cabeza es la de estar flotando en calzoncillos en las aguas más tibias que hubiera probado, contemplando el cielo y el imperceptible desplazamiento de las nubes. *Serenidad*, al igual que otras palabras similares, era un espacio vacío en el diccionario de mi vida.

Hasta antes de ese verano pasé mi niñez sin paradero fijo, viviendo entre la casa de mi mamá y la de mi abuela. Mi mamá era dueña de un departamento de los *blocks* de la población Parinacota, en Quilicura. Una vivienda social pequeña —que el gobierno le cambió por una libreta de ahorro con ciento cincuenta mil pesos—, en la que casi nunca había comida ni agua; robaron la cocina y las cañerías durante unas semanas que pasó abandonada. Así que vivíamos ahí por las noches, cuando no había hambre o necesidad de bañarse, y el resto del tiempo en la casa de mi abuela. También me quedaba con mi abuela los fines de semana o los días que mi mamá se desaparecía. Algunas veces junto a mi hermano mayor, el Mauri, pero la mayoría del tiempo solo, porque mi hermano también había comenzado a desaparecerse sin avisar. A mi abuela le decía «mami» y a mi madre le decía «mamá», y lo mismo con mi abuelo y mi padre, aunque a mi papá, preso desde que yo era una guagua, prácticamente no lo conocía.

Mi mamá y mi mami. Ambas me querían, pero eran mujeres duras. No podías imaginarlas susurrando. Mi abuela era una mujer gorda y con cara de turca. Toda su vida trabajó como feriante y de vieja vino a convertirse en evangélica. Trataba a mi mamá de «esta» o «la tonta», y decía que era su castigo —aunque nunca mencionó el motivo de tal condena—. Solía contar su concepción como el presagio de su desgracia: tras cinco hijos y ya vieja para tener otro, quedó embarazada

luego de que los antibióticos, que tomó por una pésima extirpación de las muelas del juicio, anularon los anticonceptivos.

Mi mamá se llamaba Karen, era morena, de pelo negro crespo y ojos achinados. Su cuerpo flácido y su rostro arrugado y lleno de manchas la hacían ver como una mujer de cincuenta años, pese a tener poco más de treinta. Mi abuela decía que no tenía derecho a quejarse, dada la mala vida que había llevado. Se casó a los diecisiete, tuvo dos hijos y los abandonó, luego conoció a mi padre y me tuvo a mí. Hoy en día, y a pesar de su prontuario, no pienso en la que era como una mujer intensa, sino como alguien a la que simplemente no le importaban mucho las cosas, que se limitaba a vivir el día, según su propio ritmo.

Físicamente me parecía mucho a mi mamá, aunque yo era aún más chino y, a la manera en que un niño de esa edad lo hace, entendía que todo mi ser estaba ligado a ella y a su vida. Pero a diferencia de mi abuela, no lo veía como un castigo. Mi madre y mi vida familiar me parecían completamente normales. Era normal que no trabajara, o no verla en varios días, o verla medio borracha, o discutiendo a gritos con mi abuela. Era normal que mi hermano hubiera llegado a segundo básico y que apenas supiera leer y escribir o que tuviera una ficha en el Sename. No me sentía ni confundido ni abandonado, y no sufría más de lo que sufre cualquier niño cuando no le regalan lo que quiere para Navidad. Pero supongo que a los ojos de mi tía Verónica, la hermana mayor de mi mamá, yo debía parecer muy vulnerable. Y quizá para recompensarme fue que me llevó de vacaciones a La Serena en primer lugar.

Nos quedamos en el camping Las Licitas, a unos treinta kilómetros al norte de la ciudad y casi totalmente aislado por dunas y rocas. Eligieron un sitio frente a la costa para las tres carpas que traían, dos dormitorios y una cocina. No es que acampar les gustara especialmente, como yo creía, sino que era lo que podían y preferían pagar por estar casi un mes con la playa a dos pasos. El día que llegamos, ellas se quedaron armando las carpas y yo jugué en la playa. Ni siquiera me coloqué el *short*, corrí en calzoncillos a probar el mar del que tanto me habían hablado en el camino. Noté que las avergonzó un poco lo del calzoncillo, pero también me di cuenta de que me dejaron ser. De seguro me veían como a un animalito tan salvaje como herido, que necesitaba ser mimado. Yo las veía como a tres desconocidas, pero ellas parecían saber mucho de mí, quién era y de dónde venía.

Durante el viaje, las pocas horas que fui despierto —a mi tía le gustaba aprovechar el día y partimos a eso de las cinco de la mañana—, fui divirtiéndolas con la novedad que era yo mismo para ellas. La tía conducía, Camila iba de copiloto y Javiera y yo atrás. Posicionado al medio, les dije algunas palabras en la mezcla de francés-africano que había aprendido de mis vecinos haitianos. Me celebraron la gracia, que era lo que yo buscaba, pero al poco rato mi tía me preguntó si vivían muchos extranjeros en el *block* y, unos minutos después, si era peligroso. Dijo que había leído un reportaje que mencionaba a la

Parinacota como territorio de narcotraficantes. «¿Quilicumbia peligroso?», pregunté entre risas. Para volver a deslumbrarlas, dije que nadie se metía con nosotros, que en la villa éramos «respeto», y rematé el chiste agregando que cuando íbamos al *mall*, con mi mamá y el Mauri, los guardias nos seguían. Mi tía se puso seria. Bajó la velocidad del auto y el volumen de la radio. Dijo que no estaba bien que presumiera de eso, que en la vida uno tenía que tratar de ser decente, lo más decente posible, que ellas eran gente decente. Yo no supe qué contestar y se produjo un silencio incómodo que Javiera diluyó preguntándome qué quería escuchar en la radio. «¡Reguetón!», grité con deliberado entusiasmo, para hacerles ver que no había perdido una gota de alegría, y junto con ello, de mi confianza.

Mi tía Verónica era el opuesto exacto a mi madre. Aunque no era la mayor, había sido la primera de las hermanas en casarse, salir de la población y distanciarse de la pobreza y la familia en casi todos los sentidos posibles. Se había separado unos años atrás, trabajaba en un banco y tenía un departamento moderno, cómodo y limpio. Era muy linda, y su piel era blanca y llevaba el pelo teñido rubio. Parecía mucho más joven de lo que era, mucho más que mi mamá. Conmigo se mostró desde el principio cariñosa y muy preocupada. No pudo entender que me mandaran con una única muda de ropa para todas las vacaciones y el segundo día me llevó al *mall* de La Serena. Me compró calzoncillos, unos calcetines, dos *jeans*, un *short*, poleras y una camisa a cuadros. Todo elegido por ella. Fuimos los dos por la mañana y, cuando veníamos de vuelta, me preguntó si a mi mamá se le había olvidado hacerme el bolso. Yo le contesté con evasivas. En parte era cierto y en parte no. Días antes del viaje, mi mamá se había desaparecido, y en la casa de mi abuela esa era la única ropa que tenía; fue ella quien me hizo el bolso. Mi tía puso ese tono serio, de puntualidad de reloj, con que me hablaba a veces, y dijo que si mi mamá no se hacía cargo de esas cosas, entonces yo debía hacerlo. Debía aprender que era el único responsable de mí mismo. Afirmé con la cabeza, asumiendo el reto, y mi tía cambió a un tono más dulce y preguntó si me gustaba la ropa nueva. Yo solo le di las gracias y me giré para mirar por la ventana. Íbamos por la carretera y no se veía el mar, únicamente dunas y unas plantas que parecían muertas. El paisaje no variaba kilómetro tras kilómetro, y tan quieto, parecía igual de muerto que las plantas. Recordé mi casa. La villa donde vivía con mi mamá era igual de desértica, tampoco tenía nada de verde, pero llena de gente como estaba siempre, hormigueante y sonora, jamás hubiera parecido así de muerta. No entendía por qué lo de la ropa era un problema. Mis buzos eran mi ropa preferida, apenas si me los sacaba para que los lavaran, uno Adidas falso y otro Puma original. Mi mamá se los había conseguido y a ella también le encantaban los buzos y las calzas deportivas.

Aunque jamás lo habría dicho, es probable que mi tía pensara en la palabra *flaite* cuando me elegía la ropa. Durante el verano se desvivió por complacer y aconsejar al niño sonriente, hablador y divertidamente atrevido que era yo, y yo me dejé querer y acepté sus buenas intenciones con naturalidad, aunque en un principio me comporté a la defensiva. Desconfiaba de aquel cariño nacido de la nada y me resistía a sus

objeciones. Yo era muy seguro de mí mismo, estaba contento de la vida que llevaba y no creía necesitar ni sus palabras ni su ayuda.

La primera noche, tras un día entero de jugar en la playa, mi tía me mandó a bañar a las duchas del camping. Me daba lata, pero obedecí. Al llegar a las duchas, me sentí inquieto. El corazón me latía fuerte en el pecho y un miedo extraño me invadió. Para que mi abuela no reclamara por el agua y el gas, solía bañarme con mi mamá o mi hermano, a veces los tres juntos. Y mientras uno se lavaba el pelo, el otro se restregaba un pañito, y jugábamos a escupirnos agua por la boca o echarnos espuma de jabón. Compartíamos esa intimidad que, asumo, entrega la pobreza. Pero esa noche yo estaba solo. La ducha era exclusivamente para mí, y tan lejos de ellos, acaso fuera la primera vez que me sentí realmente abandonado.

Dormía en una carpa vieja con forma de A. Aunque pasada de moda para la época y con un techo a dos aguas que no sorteaba muy bien los vientos de la costa, era todo lo que un niño imagina por «acampar». La compartía con Javiera, la mayor de mis primas, de veinticinco años. Para mí, la más bonita de las tres. Más ahora, idealizada en mi memoria tal como la carpa en forma de A.

Javiera me gustaba, y durante ese verano fue una especie de modelo para mí. Como el modelo que suelen ser los hermanos mayores de amigos o algunos profesores. Me parecía linda y misteriosa. Entonces no hubiera ocupado esta palabra, pero ahora pienso que es la que mejor describe cómo la veía: oscura. Tanto por dentro como por fuera. Su cuerpo delgado y sin curvas, su piel pálida, sus ojos grises, su pelo negro y sus uñas pintadas de azul marino funcionaban como pequeños reflejos de su personalidad. Callada, solitaria, hermética.

También la prefería sobre mi tía y Camila, porque de las tres era la única que no se mostraba exigente. No directamente, al menos. Le incomodaba cuando su madre y su hermana se largaban con sermones y siempre trataba de cambiar el tema. Dejaba ver que ella no era quién para aconsejar a nadie, aunque esto se debía en gran medida a lo triste que estaba. Abatida. Lo único que sabía sobre el asunto era lo que escuché de mi abuela una tarde. Dijo que su pololo la había dejado, y que, tras seis años, había vuelto a la casa «con el rabo entre la piernas». Una imagen que no me pareció para nada triste entonces, sino muy cómica, por el Chavo.

Javiera fue la primera en conquistarme. De la nada me acariciaba el pelo o me daba un beso en la mejilla para luego no tomarme en cuenta el resto del día, una infalible maniobra femenina que entonces, por primera vez, identifiqué. Se notaba que en algún momento había sido una niña taimada, pero ahora estaba triste. Su madre y su hermana menor eran muy cercanas, dormían juntas en la carpa y conversaban hasta tarde. Javiera siempre las miraba como si acabaran de retarla. Tal vez me sentía identificado con ella por eso, al igual que yo, Javiera se mostraba recelosa.

Me llamaba Nicolai o Nicolaia, por los personajes de los cuentos de Chéjov que estaba leyendo. Me preguntó si sabía qué significaba mi nombre, y yo, que por supuesto no tenía idea, me encogí de hombros. «Es un nombre glorioso —dijo—, significa la victoria del pueblo», y agregó que ella siempre había pensado que Chéjov ocupaba ese nombre en sus personajes irónicamente por el zar. Y que el mismo hecho de que el zar se llamara así y terminara como terminó era irónico. Yo seguí encogiéndome de hombros, sin entender una palabra. Llevó dos libros para mí: *Las aventuras de Sherlock Holmes* y las *Fábulas* de Esopo. El de las fábulas tenía dibujos y muy poco texto, el otro era un libro de los que por entonces me parecían de verdad, con más de doscientas páginas y sin ilustraciones. Javiera dijo que no sabía cuál era el más adecuado para mi edad, así que había traído ambos. Mi tía opinó que uno de Harry Potter hubiese sido ideal y Javiera puso cara de asco; ella había estudiado literatura.

El trato fue que yo le leería en voz alta por las noches a cambio de quinientos pesos. Un trato más que espectacular para mí, que en general me movía con monedas de cincuenta y diez. Javiera entendía cómo funcionaba el mundo y que yo no era un niño que convencería con dulces. Mi idea era ahorrarlo todo y devolverme a Santiago con diez mil pesos en el bolsillo.

La primera noche, mientras se lavaba los dientes, tomé el de fábulas y cuando volvió le conté que ya me lo había terminado. «¿Todo?», preguntó sorprendida. Asentí sonriente y le mostré las moralejas destacadas en los cuadros morados al final de cada fábula. «¡Qué ingenioso! —dijo—, te saltaste las historias.» «Pero si lo de los cuadrados es lo más importante —alegué yo—, lo otro es puro relleno.» Se rio y me dijo que la moraleja dependía de la historia, que no se entendían por separado. «Yo entendí todo», aseguré. «Mmm..., en realidad me parece un método brillantemente práctico..., pero cuando uno lee no se trata de eso..., hay que perder un poco de tiempo», y abrió el libro para que comenzara a leerle desde el principio.

Práctico. Me gusta pensar en el niño que era como alguien práctico. Supongo que en cierta medida lo era, no me complicaba, no se me iba el mundo por los problemas. Me adaptaba, creo que esa es la palabra. No me quejaba, me adaptaba. Pero tampoco es que las cosas me dieran lo mismo o no me afectasen. Aparentar adaptarme, frente a los otros, era la forma de mantenerme seguro, el chaleco antibalas que llevaba bajo la ropa. «Ingenioso», me dijo Javiera. «Pillo», me habían dicho otras veces. «Mentiroso», sabía yo.

Javiera cambió mi relación con los libros. Habían pasado por mis manos, en la escuela teníamos lecturas obligatorias cada dos meses, pero esta era una obligación distinta. Yo era un muy buen lector para mi edad, por lo menos comparado con mis compañeros. Se me hacía fácil, aunque lo encontraba aburrido. Así que, en un comienzo, para hacerlo entretenido, impostaba las voces de los personajes según cómo me los imaginaba o leía cantarín, siguiendo o forzando cierta musicalidad en

las frases. Si bien la divertía, eso no era suficiente para ella, y al final de cada lectura me hacía una serie de preguntas que yo no podía contestar por quedarme apenas con el sonido de las palabras. Así que tuve que esforzarme y concentrarme en el significado de cada oración. Tenía que masticarlas, no solo probar su sabor. En realidad, no lo hacía tanto por la plata, sino porque parecía que a Javiera le importaba y no la quería decepcionar. Quería que siguiera viéndome como un niño ingenioso.

Ese fue mi camino hacia los libros. Puede que no sea muy romántico, pero supongo que debe pasarle a una parte de los lectores: el reclutamiento nace del desafío. Los libros que me hacían leer en el colegio no me desafiaban, pero los que me llevó Javiera sí. Leer era como armar un rompecabezas o, como en las aventuras de Sherlock Holmes, ser un detective. Había algo oculto, una pieza perdida, y no siempre podías encontrarla, tal vez ni siquiera existía.

Su método no era exactamente pedagógico. Me bombardeaba con preguntas, qué significaba esto o lo otro en la historia, cuando yo apenas entendía qué significaba que algo significara otra cosa que no fuese lo que era. Me sentía presionado y algo intimidado, pero gracias al hábito, el pequeño ritual de leer por las noches comenzó a gustarme, y entonces casi esperaba con ansias a que el día de playa acabase rápido y que Javiera acercarse la luz de la lámpara y nos metiéramos en la carpa. Se generaba algo mientras leía junto a ella, una atmósfera distinta, una especie de intimidad.

Ahora pienso que hacerme leer era, de una manera indirecta y más complicada que la de mi tía, su forma de aconsejarme. «Moralejas», «razonamiento deductivo». Parece bastante obvio, pero lo cierto es que el significado nunca es tan sencillo como aparenta ser. Al hacerme leer, Javiera no me decía «vas por el camino equivocado, tienes que tomar este otro», sino más bien: «Hay muchos caminos y cuando llegue el momento de decidir cuál tomar, es mejor estar preparado». Por algo parecido criticaba Sherlock Holmes a Watson, por degradar sus casos de cursos académicos a cuentos de aventura. Watson, al igual que Javiera, sabía que a veces es mucho más fácil, acaso más provechoso, ponerse en la piel de otro que aprender de memoria una fórmula matemática.

De todas formas, es posible que no fueran esas las intenciones de Javiera, y que sea algo que creo ahora, después de haber leído muchos más libros y de pensar en esas vacaciones como una experiencia importante.

Yo leía por las noches y Javiera por las mañanas.

Mientras mi tía iba a la feria o al puerto a comprar para hacer almuerzo, y Camila aún dormía en su carpa, nosotros bajábamos a la playa, a esa hora casi desierta. Yo con el traje de baño puesto, mi toalla y mi balde. Javiera con su *Cuentos imprescindibles* y sus cigarros.

En La Serena siempre amanecía nublado, y el paisaje adquiriría cierta palidez melancólica. Incluso las dunas, que el resto del día ardían bajo el sol, parecían lánguidas por las mañanas. Javiera leía apoyando la espalda en un quitasol de tronco de madera enterrado en la arena. Yo la observaba desde la orilla, mientras recogía conchitas para llevarle a mi mamá y a mi mami. Inclined hacia el libro, formando una carpa con su pelo sobre las páginas, parecía distanciada de todo.

—Un perro —dije una mañana, apuntando al quiltro lanudo que tenía a los pies.

—Un perro —repitió ella levantando la mirada hacia donde yo permanecía, parado y mojado— como el de la fábula del lobo y el perro.

—Pero este es un perro libre, porque es vagoneta —me apuré a decir. Ansiaba impresionarla con comentarios inteligentes. Lo del perro me lo tenía guardado desde que lo viera rondando hace unos días.

—Exacto, mi querido Nicolai —dijo sonriente, y ya que no se me ocurría nada más que decir para atraer su atención, nos quedamos callados largo rato y ella volvió a su libro.

—¿Por qué estabas llorando ayer? —solté de pronto para impedir que volviera a ensimismarse. Quería hablar con ella, de cualquier cosa, y eso fue lo primero que se me vino a la cabeza.

Como no estaba acostumbrado, me despertaba a medianoche con el sonido de las olas al romper. La noche anterior, además del estruendo fuerte, oí un sollozo débil, aunque igual de profundo que el del mar.

Javiera se sonrojó y bajó la mirada.

—¿Es por el colchón? —Yo dormía en un colchón inflable muy cómodo y ella en una colchoneta vieja que apenas la separaba del piso—. Si quieres podemos cambiar —le propuse, aunque intuía que no era por eso.

—No —dijo con una risa tímida y triste—. No es por el colchón. No te preocupes, no es nada grave.

Nos quedamos en silencio hasta que mi tía nos gritó que el almuerzo estaba listo. Pero no fue un silencio incómodo. Fue un silencio que compartimos, cercano, sin miradas evasivas, de esos que se producen tras compartir un secreto.

—Este año te preparas y entras a un colegio mejorcito, no tan lejos de la casa, pero mejor. El República de Paraguay, por ejemplo, ahí tienen inglés desde kínder..., y unos dos años después, en séptimo, te cambias a cualquier emblemático, al Lastarria, al Instituto Nacional..., y de ahí

derechito a la universidad. —Mi tía Verónica iba arreglándome el futuro mientras caminábamos de vuelta al camping de noche.

Veníamos del Suizo, una reliquia de centro de entretenimientos, con mesas de *pool*, *flippers* y videojuegos, ubicado en un pueblo a dos kilómetros del camping. Había puros hombres viejos. No pesqué nada los videojuegos, irrisorios al lado de mi PlayStation 1 de segunda mano —regalo de mi mami para mi cumpleaños—, sino que le pedí a mi tía que me enseñara a jugar *pool*.

Contó que era buena porque su hermano mayor le enseñó de chica. Tenía que cuidarla y, como no le gustaba estar en la casa, la llevaba con él al salón. Era extraño imaginar a mi tía con un taco en la mano. El *pool* parecía un juego masculino, que exigía paciencia y, por el contexto, algo vulgar, características completamente ajenas a su personalidad. Pero ahí estaba ella, analizando cada jugada con cuidado, apoyándose sobre la mesa, y cuando metió la primera bola guiñó un ojo y dijo sonriente: «Hay cosas que nunca se olvidan». Al final terminamos jugando los cuatro; tres mujeres y un niño ante las miradas desconfiadas de los hombres rudos de las otras mesas. No podía haberlo pasado mejor. Tal como en las tardes que jugábamos carioca, en la carpa cocina con la radio regional de fondo, me invadió cierta satisfacción. Me gustó pasar el rato con ellas, como uno más.

—Yo a las chiquillas las preparé todo un verano para que quedaran en el Carmela, ¿cierto? —siguió diciendo mi tía con orgullo—, un verano igual que este. No podían bañarse hasta que estudiaran e hicieran los ejercicios del día.

Mi tía Verónica en realidad se llamaba Rosa, igual que mi mami Rosa. Cuando le pregunté por qué no ocupaba su primer nombre, me dijo que no le gustaba, que era un nombre de vieja, muy común, muy ordinario.

—¿Qué quieres estudiar, Nico? —preguntó Camila.

—¿Estudiar?

—Sí, ¿qué quieres ser cuando grande? Abogado, médico, ingeniero, profesor...

—¡Futbolista!

—No, los futbolistas son tontos —dijo Camila.

—Entonces... ¡Militar!

—¿Militar? —dijo sorprendida mi tía—. ¿De dónde sacaste eso? Militar... no, eso no es una profesión.

—En los comerciales salen tirándose en paracaídas —dije avanzando con las manos abiertas como las alas de un avión, y luego me paré

frente a ellas y con el tono intrépido de la publicidad las miré y repetí: «Para entrar se necesita más que un buen puntaje».

—En los comerciales muestran puras mentiras —dijo Camila—. Los militares son malos. Les lavan el cerebro. —Tomó mi cabeza entre sus manos y empezó a batirla como una lavadora—. ¿No sabes lo que hicieron los militares en Chile?

—No —dije yo algo avergonzado. Cada día me daba cuenta de todas las cosas que no sabía.

—Mataron a mucha gente. En la dictadura de Pinochet. ¿Sabes quién fue Pinochet siquiera?

Más vergüenza, aunque igual me sonaba.

—Entonces voy a ser detective —repliqué, y miré a Javiera esperando que me secundara, pero ella, que iba un poco más atrás, no levantó la vista del suelo.

—¿Rati? No, esos son peores —apuntó Camila—. Más lavado de cerebro. —Y volvió a batirme la cabeza.

—Usted es inteligente, hijo —dijo mi tía—. No se puede desaprovechar así. Tiene que estudiar algo, lo que sea, pero en la universidad.

Caminábamos a oscuras a un lado de la carretera. Si no hubiera sido por las luces de los pocos autos que de vez en cuando la atravesaban, y las estrellas, tantas y tan luminosas como jamás había visto en Santiago, apenas nos habríamos visto la punta de la nariz. Una noche negra y silenciosa. Intimidante, pensando en el desarmado grupo que formábamos. Pero yo me sentía tranquilo. Me sentía seguro, y la palabra seguridad también sonaba a algo nuevo. Llevábamos una semana y media de vacaciones y mi actitud recelosa había comenzado a suavizarse. Cedía. De pronto me dejaba guiar, al igual que en esa noche oscura, por los buenos deseos de mi tía y mis primas.

No podía desaprovecharme. Mi hermano, el Mauri, se había desaprovechado, pero yo no podía. Casi todo el mundo pensaba que el Mauri era una especie de Zé Pequeño. Una tía escondía la cartera cuando iba a la casa de mi abuela y él estaba ahí. Yo lo encontraba exagerado porque sabía que mi hermano no era así, pero recién comenzaba a entender por qué. El Mauri ni siquiera era tan listo como para ser delincuente. Yo, que era cinco años menor, tenía que explicarle muchas cosas. Cuando se perdía y no llegaba a la casa en varios días, era porque se quedaba cuidando autos, yo mismo lo había acompañado un par de tardes.

De repente empezaba a entender muchas cosas. Mi padre, por ejemplo. Nunca se hablaba mucho del asunto, pero yo creía que estaba preso por mechero. Era lo que había hecho mi mamá antaño, robar cosas de las

multitiendas y luego revenderlas. Un delito menor, de poca monta e irreprochable moralmente, dadas las injusticias sociales. Pero entonces caí en cuenta de que mi mamá no estaba en la cárcel y que él sí, y de que llevaba encerrado poco menos que mi edad. A nadie lo metían preso tanto tiempo por mechero. ¿Qué había hecho? ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Me avergonzaba preguntarle a mi tía, no tanto porque mi padre estuviera preso, sino por lo iluso que había sido al no darme cuenta antes. En la playa no tenía a nadie más para preguntarle y tal vez era mejor no hacerlo. Pero un día se lo solté.

Mi tía me enseñaba a flotar de espaldas. Para ella la clave estaba en mantener fuera el estómago. Me sostenía de la espalda un rato y, tal como cuando te enseñan a andar en bicicleta, de pronto la sacaba sin que yo me diera cuenta. Era la única de las tres que se metía al agua conmigo. Javiera era muy quisquillosa y apenas se mojaba los pies.

—¿Por qué lleva tantos años preso mi papá?

—¿La Karen nunca te ha contado? —dijo mi tía, dudosa. Llevaba un traje de baño azul con una cinta dorada al medio.

—No.

—¿Por qué quieres saber?

Yo me encogí de hombros y me sumergí en el mar un segundo. Al salir se acercó a mí y me acarició el pelo mojado.

—Yo no sé mucho. Pero creo que es mejor que te cuente ella. ¿Te da pena que tu papá esté preso?

—No —dije con naturalidad, y era cierto. Me hundí, dejando los ojos afuera, como un cocodrilo.

—Bueno..., de todas formas no tiene que preocuparse. Usted está recién comenzando a vivir. Tiene todas las oportunidades del mundo por delante. Lo importante es que sepa que depende de usted llevar una buena vida. Y usted es capaz...

—Soy ingenioso e inteligente —la interrumpí con tono de falsa modestia, y me largué a reír.

—Sí, es ingenioso e inteligente. Y además me tiene a mí y a su abuela.

Yo era capaz. De pronto, la rigurosidad y las aspiraciones de mi tía ya no se sentían como el collar opresivo para un perro, el amo parecía más alguien que te acariciaba y protegía. Los consejos pasaron a tener algo de esperanzador. Quizá era cierto que mis calles estaban llenas de peligros. Quizá, si se preocupaban por mí, si querían organizar y

mejorar mi vida, era porque me querían. Quizá yo podía ser ese joven correcto y educado que ellas deseaban para mi futuro.

Era seductor pensar en mí como en una persona diferente, y sentía curiosidad por todas estas cosas con las que no estaba familiarizado. Los hábitos. Lavarse los dientes tres veces al día; bañarse todas las noches; secarse el pelo; horarios bien definidos para el desayuno, la comida y la cena; remedios para las picaduras de insectos; la luz apagada antes de las doce; ropa limpia cada mañana. Para cualquier niño es aburrido y molesto recibir órdenes a cada segundo, pero para mí era algo desconocido y original a la vez, algo para valorar. No es tan fácil ser rebelde cuando nunca te han puesto límites. Seguir instrucciones hacía las cosas mucho más sencillas. Y tenía algo tentador. Era tentador imaginar una vida próspera de niño protegido.

Casi al final de las vacaciones hice un amigo. De esos amigos de playa que para mayo ya no recuerdas el nombre. Yo aún lo recuerdo, Lucas.

Sus padres tenían una enorme casa blanca prefabricada tras una duna, y lo dejaban manejar una moto de cuatro ruedas por la playa del camping. Tendría mi edad, aunque se veía mucho mayor. Era alto, gordo, colorín y pecoso. Puede que en realidad él se viera de su edad y yo, por lo bajo y flaco, fuera el que me viera más chico. Era cuico, el primer niño cuico que conocía, y yo le enseñé a capear olas y a dar brazadas. Mi tía me había enseñado a mí. También le enseñé a chispear los dedos —algo que me había enseñado el Mauri—, y le conté que la mayor profundidad del mar se encontraba en el océano Pacífico, a 10.924 metros. Tenía miedo de meterse a lo hondo y entonces yo le solté el dato. Cuando me preguntó cómo lo sabía, le dije que lo había leído en un libro. No podía sacar más pecho de orgullo. Sentí su admiración, quería que le contara más cosas, y yo empecé a hablarle de Sherlock Holmes y Watson, como si no fuera la gran cosa, como si llevara toda la vida leyéndolos.

Anduvo a la sigla mía un par de días, y si bien no me parecía especialmente entretenido pasar el rato con él, me dejaba subir a la moto y manejarla. Una Yamaha naranja, eso también lo recuerdo bien. Intentó impresionarme contándome que se la habían traído de Estados Unidos y yo le dije «pa qué, si acá también venden motos». Él me miró atónito.

Mi tía me dejaba jugar con el volante y los cambios de su KIA, pero manejar la moto en las dunas no tenía comparación. Tampoco tenía comparación la satisfacción de sentirme superior a Lucas casi en todos los aspectos: más inteligente, más ágil, más valiente. Lo único en lo que me ganaba era en que tenía plata. Pero eso, el que yo fuera pobre y aun así mejor que él, incrementaba todavía más mi regocijo.

Sucedió una mañana, mientras Javiera leía apoyada en el quitasol y yo jugaba con Lucas en el agua. Le enseñaba a escupir cuando apareció mi tía en la orilla. Vestía un pareo y un sombrero de ala grande para el sol.

—¡Nico, bloqueador! —gritó con el envase en la mano. Cada mañana, antes de salir a comprar, entraba a la carpa y me embetunaba con bloqueador mientras yo seguía medio dormido.

—Me puse yo —mentí desde donde estaba.

—¿Y en la espalda?

—La Javiera.

—Ah, ya. En media hora más está listo el almuerzo.

—¿Qué hay?

—Pescado con papas fritas —dijo, y me sonrió.

—¡Bacán! —grité yo y, tras dar un golpe en el agua, me di vuelta para seguir explicando a mi amigo cómo tenía que poner la lengua para escupir.

—Tenís como que pegarla al labio de arriba y...

—¿Esa es tu mamá? Que es bonita —me interrumpió él.

—Sí —respondí—. Es bonita.

Miré el mar inmenso que tenía al frente y sentí mis rodillas más débiles bajo el agua. Flaqueaban, y por un segundo, pese al excelente nadador en que me había convertido en esos días, pensé que podía hundirme, ahogarme sin más.

—¿Cuántos años tiene? Se ve muy joven. —No me miraba a mí, se había volteado para ver a mi tía alejarse por la arena. Quise mirarla también, pero la única imagen que se me vino a la cabeza fue la de mi mamá. La de mi verdadera mamá, mi mamá fea. Me sumergí y supe que tenía la cara roja porque el agua se sintió muy helada. Nadé para alejarme de Lucas, pero él me siguió.

—¿Cuántos años tiene, poh? —volvió a preguntarme cuando salí a flote. Yo me encogí de hombros.

—¿No sabes cuántos años tiene tu mamá? —dijo sorprendido.

—Cuarenta y cinco.

—Yo también soy el concho de la familia... pero mi mamá no se ve tan joven, y eso que usa un montón de cremas. ¿Cómo lo hace la tuya?

—Es bonita y punto —corté.

—Tus hermanas son bonitas también.

—Sí, sí, sí.

—Pero tú no te pareces a ellas... ¿Tu papá es más negrito?

Me miré los brazos, aún más morenos por el sol de las vacaciones. No creo que Lucas quisiera incomodarme a propósito. Era honesto, decía lo que pensaba. Tal vez, así como yo nunca había conocido a un cuico, él nunca había compartido con un niño tan moreno. Sus preguntas —lo que no entendía o no encajaba del todo en su mente: «Los hijos se parecen a sus padres»— eran sinceras. Pero aun así me incomodó, y no lo iba a dejar.

—¿Tu papá es el cabeza de zanahoria?

—No, mi mamá —respondió desconcertado, aunque no molesto.

—Ya, mucho por hoy —sentencié—. Las olas están fomes.

Me salí rápido del agua, dando zancadas contra la corriente, vencéndola. No me despedí ni quedó acordado un nuevo encuentro.

—¿Y tu amigo, Nicolaia? —preguntó Javiera cuando llegué a su lado para secarme.

—Ya me aburrí —solté marcando mi desinterés—, es más tonto...

—Es que nadie es tan brillante como tú, mi querido Nicolai —dijo sonriente y me hizo cosquillas en mi estómago mojado.

—Lo único que tenía de bueno era la moto —le confesé, y me sentí un poco más aliviado. Pero entonces vi aparecer la cabeza naranja de mi amigo, y sentí un martillazo en el pecho. Lucas se acercaba con una sonrisa boba y amenazante.

—Oye, Nico —se quedó de pie frente a nosotros—, pregúntale a tu mamá si te da permiso para venir a mi casa hoy día.

—Sí, sí, sí. Chao —respondí cortante.

Me puse a jugar nervioso con la arena. Toda mi concentración en la arena, levantarla con una mano y dejarla caer sobre la otra. Como todas las mañanas, el cielo estaba nublado, pero la mirada de Javiera me quemaba como el sol en el desierto. Lucas se dio media vuelta y tras salir corriendo gritó muy torpemente:

—Y dile que es muy bonita..., y tu hermana también.

Vimos cómo corría por la arena, cómo se tropezaba y se levantaba para correr rápido hacia su casa de playa. Fue muy chistoso ver al pelirrojo gordo caer, pero no hubo risas. Javiera no dijo nada, un tiempo que a mí me pareció eterno. Miramos la costa y yo hice como si nada pasara. Pero sabía que Javiera se había dado cuenta de todo, que entendía que no se trataba de un simple malentendido. También era evidente que no me preguntaría nada, ni menos me retaría. Mantendría su silencio perplejo y eso era aún peor.

En determinado momento nuestras miradas se cruzaron. La mía afligida y la suya intensa, y tras esa intensidad creí ver decepción en sus ojos, y bajo la decepción algo todavía peor, lástima. Pobre niño abandonado, él no tiene la culpa. Todo mi cuerpo se tensó y le devolví una mirada desafiante. No iba a dejar que me tuvieran lástima, pero entonces ella sonrió. «Mi Nicolai —dijo—, mi querido Nicolai...» Y se lanzó encima de mí, cargando todo su cuerpo sobre mí, y extendiendo su pelo negro que olía a bálsamo en mi cara para taparme la vista. Y me dio unos besos en el cuello y en la cabeza. «Nicolai... mi querido Nicolai», repitió desplomándose sobre mí una y otra vez, como las heroínas lánguidas de los cuentos que leía, y yo le seguí el juego riéndome y haciéndole cosquillas para quitármela de encima.

Supongo que contar la historia hasta ahí es suficiente, pero hay algo más. Necesito decir algo más. Porque escribir este relato es la única forma que he encontrado de contarme mi propia historia.

Luego de almorzar el pescado con papas fritas que mi tía preparó, seguí sintiéndome extraño. Aquel primer sentimiento de culpa puede ser una experiencia muy fuerte en los niños. En mi caso, no era la primera vez que mentía, pero no se trataba de un simple engaño, sino de traición. Había negado a mi madre por un segundo. Y lo que era aún peor, me di cuenta de que durante el último tiempo me había olvidado de ella completamente, deseando, quizá, que fuera otra.

Esa noche no hubo lectura. Me metí en el saco de dormir y me cubrí por completo. Pensé en mi mamá. Me pregunté cómo estaría, y la imaginé en el departamento a oscuras, acostada junto al Mauri, matando el tiempo antes de dormir, con su expresión despreocupada de siempre, pero haciéndose vieja. Y la extrañé y lamenté haberla dañado, aun cuando ella no lo supiera, y también lamenté no tener cómo compensarla por ese mismo motivo.

Me sentí asqueado de mí mismo y pasé toda la noche con el estómago encogido, pensando que la imagen de mi madre me desgarraría por siempre. Al otro día ya me sentía mejor. Supongo que fue la normalidad de las cosas. La rutina aplaca cualquier dolor. Uno comete errores y la vida sigue. Creo que es un aprendizaje que tiene que ver con hacerse mayor. Yo tenía solo diez años, pero me di cuenta de cómo se aquietó todo en mí. Nada era tan grave.

No quedaban muchos días más en el camping y los que siguieron me esforcé en que mi actitud con mis primas y mi tía siguiera siendo la misma. Me mostré dispuesto a entregar y conseguir lo que esperaban de mí. Repetí la lección como un buen niño, pero esta vez tenía muy claro que fingía. La última noche jugamos un campeonato de carioca, del que salí victorioso, y la mañana siguiente desarmamos las carpas, subimos todo al auto y emprendimos la vuelta.

En Santiago nos esperaba un accidente. A mi hermano le había pasado una rueda por encima del pie izquierdo una noche cuidando autos. Ocurrió en medio de las vacaciones y no nos avisaron para no preocuparnos. Mi hermano no soportó el reposo recomendado y apenas pudo se quitó la bota de yeso con una sierra. Ambos, el Mauri con su pata coja, y yo con mis libros nuevos bajo el brazo, volvimos junto a mi mamá a nuestra rutina diaria, y todo siguió su curso normal hasta que a mi hermano lo apuñalaron en el pie atropellado. Cuando volvió a cuidar autos, otro había ocupado su lugar y, para que no quedara duda de que ya no le pertenecía el sitio, le metió un cuchillo en el talón. A los pocos días de ser hospitalizado, se escapó y solo lo volvimos a ver cuando nos enteramos de que estaba otra vez en el hospital San José, con el pie amputado.

Ese hecho fue un punto de inflexión en la conciencia de mi abuela, que con ayuda de mi tía Verónica comenzó los trámites para interponer una denuncia contra mi mamá en los tribunales de familia. El objetivo era quitarle la tuición. La mía, no la del Mauri, que ya consideraban un caso perdido. Con todos los antecedentes no demoraría mucho en que yo pasara a ser carga de mi abuela. Mi tía se comprometió a ayudarla económicamente.

Mi abuela me explicó sus planes con un cuidado y una ternura completamente ajenos a ella, pero yo le contesté con violencia que si me separaban de mi mamá, si me obligaban a vivir con ella y mi abuelo, me iba a arrancar, me arrancaría como el Mauri. Arrancaría mil veces si era necesario. Mi abuela supo que la dejaba de brazos cruzados. Si denunciaba mis escapadas, los carabineros me llevarían a un centro del Sename, eso estipulaba la ley si el nuevo tutor no era capaz de hacerse cargo. Y también sabía que un centro del Sename era un destino todavía peor que quedarme con mi mamá. Así, los trámites quedaron en nada y yo seguí viviendo más o menos igual que antes, a excepción de que para Navidad recibí dos nuevos regalos: ropa de mi tía y un libro de Javiera.

Una polola que tuve hace bastante tiempo me contó que cuando tenía seis años su mamá le preguntó si ella quería que se separase de su papá. Ella lloraba y sufría con peleas diarias e intensas, pero cuando su madre se lo preguntó, un no inmediato y rotundo salió de su boca. Las cosas fueron peor y a los pocos años su padre las abandonó y pasaron un montón de aprietos económicos y tristezas. Mi polola me dijo que durante gran parte de su infancia, e incluso de adulta, se preguntaba qué hubiera pasado si su respuesta hubiese sido un sí. Quizá cuántas penas se habría ahorrado. Solía sentirse insatisfecha con su vida y creía

que si las cosas hubieran sido distintas, «mejores», no cargaría con todas las inseguridades que la hacían infeliz. Yo le dije que era una mujer de veinticinco años y que ya no podía andar responsabilizando a sus padres por su vida, que tenía que aprender a aceptar las cosas, que todo el mundo se las arreglaba con lo que tenía. Me pareció que le hablaba a una niña y le dije lo infantil que era.

Yo solía decir cosas como esas a la gente, con un dejo de seguridad en mí mismo, inquebrantable. Pero lo cierto es que el recuerdo de aquel verano que pasé con mi tía y mis primas suele volver a mi mente de vez en cuando, tal como debía ocurrirle a mi expolola.

Regreso a mi infancia. Cuando dormía en la casa de mi abuela, ella se encargaba de levantarme, servirme el desayuno e ir a dejarme en el colegio. Y si pasaba la noche en el departamento de la villa, llamaba al celular de mi mamá a las siete de la mañana para despertarme. Pienso en las intenciones de mi tía. Ella quería ayudarme, mostrarme otra realidad, sacarme de la población, hacer que estudiara. Para ella eso era ser una mejor persona. Pero yo me negué a ese destino de bienestar y, como ella dijo una vez, me desaproveché. No estudié nada y terminé siendo no mucho más de lo que mis padres fueron. Yo no la quería decepcionar, ni a ella ni a mi abuela ni a mí mismo, pero aceptar la mano que me tendían significaba despojarse de muchas cosas. Implicaba deshacerme del que era por entonces. ¿Y quién era yo? Yo era un niño que amaba a su madre por sobre todas las cosas, y me iba a quedar junto a ella, no volvería a traicionarla. Supongo que creí entender que mi madre no era la más bonita y que lo más probable es que nunca me llevaría de vacaciones ni me prepararía la comida que a mí me gustaba, pero era mi mamá, y si yo no estaba a su lado, nadie más la iba a querer.

Durante mucho tiempo pensé que de haberme separado de mi madre me habría entrampado en una mentira tras otra, viviendo la historia de otro, una que no me correspondía. Desaprovecharme, conformarme, fue para mí la única manera de ser honesto. Pero lo cierto es, y quizá por eso no logro olvidar los días en La Serena, que cuando volví con mi mamá y mi hermano tampoco seguí siendo el de antes. Una parte de mí se perdió para siempre y quedé en medio de dos yos, el que fui y el que podría haber sido. Pese al intento, apenas puedo reconstruir la voz de ese niño de diez años, antes de las vacaciones, las últimas para él.

Tal vez suene exagerado darle tantas vueltas a un hecho tan nimio, como también lo es pensar que un niño tan pequeño pueda realmente tomar una decisión que determine así su vida. Es exagerado hablar de honestidad, cuando yo mismo me metí en bastantes problemas durante la adolescencia, sobre todo al salir mi padre de la cárcel. Pero no puedo hacer otra cosa que aferrarme a todas esas exageraciones, a creer, como mi prima Javiera, que cada detalle significa algo, e intentar —o forzar— que cada pieza encaje, que todo alcance su sentido. Quizá sea porque soy una persona demasiado concreta, una persona que no puede arreglárselas en el mundo sin poseer ciertas certezas.

Los años que vinieron me enfrenté a dificultades mucho más dramáticas que las que viví a los diez años. Pero mantenerme junto a mi mamá, y cuidarla tanto como me fue posible, se transformó para mí en un consuelo. Tal como lo fue seguir leyendo y convencerme de que, llegado el momento, debía estar lo más preparado posible para hacer frente a las circunstancias.

AFORTUNADA DE MÍ

Cuando el espejo chocó contra el suelo, la mujer dejó de gemir. Se trizó un poco en la punta y el ruido fue mínimo, casi imperceptible, una más de las pequeñas explosiones que marcan la rutina de un *block* como ese, de un *block* cualquiera. Pero para ella no fue un simple golpe. Sabía perfectamente de dónde venía y dejó de gemir. Aunque no significó que dejara de moverse. Fue una distracción mental, no física, y Denise, escondida al otro lado de la puerta, siguió atenta. Sin el espejo entre las manos, que usaba como visor y con el que enfocaba como si se tratase de una cámara, tuvo que conformarse con oír el roce de los cuerpos. Un sonido menos intenso que los gemidos de anhelo y dolor que oyera antes. Atenuado por la ropa, fricción de telas y no el chirriar acuoso que ella asociaba al sexo. Porque la pareja nunca se desnudaba completamente, y no por vergüenza o pudor. Se dejaban puesto lo que para ellos era necesario. Denise había llegado a entenderlo. Parecían disfrutar imponiendo límites y obstáculos. Les gustaba no ser completamente accesibles el uno al otro, les gustaba dar un rodeo. Las veces en que ella había percibido que experimentaban más placer era cuando Juan Carlos penetraba a la mujer con el calzón puesto. Movía la parte inferior hacia un lado, y mantenía sus dedos en medio y sus respiraciones se agitaban.

Denise sigue sentada a lo indio en el pasillo. El pasillo del departamento que arrienda, y que por un lado une las dos piezas y por el otro las separa del *living*. Un pasillo redundante para las construcciones actuales. Un pasillo de una época en que los pasillos eran importantes para resguardar las habitaciones. Una época en que había más pasillos que piezas. Denise cierra los ojos. Apoya la palma de la mano en el suelo frío a la espera de lo próximo. La mujer vuelve a gemir. Pero se trata de un gemido distinto al de minutos antes, y que ella también ha aprendido a diferenciar e interpretar. Está segura de que esos gemidos son el inicio de una pauta a seguir: la mujer tomará el puesto de abajo, para que Juan Carlos dé la espalda a la puerta y a ella, y no exista peligro de que la vea —aunque, y como siempre, es improbable que él se distraiga con algo que no sea lo que está haciendo—, luego intensificará el volumen y la velocidad de su queja rítmica hasta evidenciar el clímax con una seguidilla de grititos, que él seguirá hasta llegar a su propio fin con una mezcla de bufidos, lamentos y groserías. Denise no puede verlo, pero está segura de que Juan Carlos se sujetará de las almohadas, ahogándose un poco con ellas al taparse la cara, y que la vecina tendrá los ojos cerrados, apretados con fuerza, como si condujera un auto directo a una pared. El gemido lo predijo y así sucedió, y duró un par de minutos. El departamento volvió a estar en silencio, su silencio de ruidos comunes, y Denise pensó, como había pensado otras veces al presenciar ese tipo de final, que dentro de todas las desventajas de ser mujer, esa era una de las peores: fingir, las mujeres tenían el poder de fingir.

En el epílogo solía predominar el retraimiento de la vecina y la necesidad de cercanía del hombre, que se colgaba de su cuello para acariciarle los pezones, como si intentara tranquilizarla con eso, como si esparciera Mentholatum en un pecho congestionado. Pero no se quedó y tampoco había mucho que escuchar. Se levantó sin recoger el espejo del suelo. No importaba que quedara ahí tirado, la mujer se lo devolvería dentro de poco. Sabía que golpearía su puerta con el espejo en la mano. Lo sabía hacía mucho, casi desde el principio, cuando sus miradas coincidieron en el reflejo por primera vez. El vidrio tenía la marca de una huella dactilar, y sobre la mancha de sudor seca Denise pudo ver los ojos de la vecina, resplandecían, y evidenciaban sorpresa, no molestia. Ella le devolvió la mirada, al espejo, a la huella. Se disculpó y defendió a la vez, con sus ojos serenos y aplacados.

Caminó en puntillas hasta la pieza de al lado, la de la Francesa. Giró el pomo lentamente, para no hacer ruido, y se sentó en la cama.

Al rato golpearon la puerta. Un golpe suave. Denise se levantó a abrir aún en puntillas. Ahí estaba la vecina, con la mirada fija en el suelo. Se hizo a un lado y la mujer se agachó un poco al entrar, como si se internara en un túnel bajo o hiciese una especie de reverencia. Llevaba el espejo entre las manos y avanzó hacia la cama y se quedó de pie, con su expresión paciente. Le tendió el espejo con la punta trizada y Denise se deshizo de él. Lo dejó boca abajo en la cama, y el reflejo se volvió pura oscuridad.

—No vamos a venir más —dijo la vecina en el tono apocado que la caracterizaba.

—Sí —dijo Denise. Entiendo.

Se miraron a los ojos, tal como hacían esas otras veces, por medio del espejo.

—Aún no se lo he dicho a Juan Carlos —continuó la vecina—. Que no vamos a venir más y que... —Dejó de hablar. Meneó la cabeza, como si la confundieran sus propias palabras. Parecía más insegura de lo común—. Quiero decir... Lo que quiero decir —titubeó—. No vamos a venir, y Juan Carlos no sabe nada. Ninguna de las dos cosas y Juan Carlos, Juan Carlos...

No siguió explicando, no era necesario. Denise comprendía y la vecina por fin estaba segura de algo, había tomado una decisión, y el nombre Juan Carlos, el nombre del hombre, quedó resonando encima de ellas, imponiéndose por sobre ellas, contaminándolas como *smog*, auxiliándolas, como un punto de referencia en un mapa, consumiendo y acariciándolas a la vez, como el amor.

La primera vez que Carolina me dirigió la palabra, regresábamos del colegio, por el pasaje Berna. Yo hojeaba mi álbum de las «Sailor Moon»

con una fascinación que me impedía mirar el suelo y me hacía tropezar cada tanto. Un deleite que, más allá del fanatismo por los dibujos, lo exaltaba la prohibición de mi mamá de que gastara plata en laminitas. Lo coleccionaba a escondidas y en un par de cuadras, al llegar a casa, tendría que esconder el álbum entre las ligustrinas del vecino.

—¿Te gustan las «Sailor Moon»? —escuché que decía alguien a mi lado y di un salto del susto y cerré el álbum rápido.

»¿Cuál eres tú? —volvió a decir la voz.

La miré de reojo: una niña desconocida pero con mi misma insignia en el *jumper*.

—Mercury —contesté dudosa. Mercury, era el personaje que reconocía ser ante los demás. Elegía a la adolescente callada, estudiosa y de pelo corto, aun cuando en el fondo anhelara el protagonismo, los moños altos y la despreocupación de Serena.

—Yo, Plutón —dijo Carolina.

Asentí con la cabeza, intentando ocultar mi desconocimiento sobre el personaje, pero teniendo muy claro que mi expresión poco entusiasta delataba el hecho terrible de no tener cable, de estar condenada a los capítulos repetidos de «El Club de los Tigritos».

—Aparece en «Sailor Moon S» junto a Sailor Urano y Sailor Neptuno — me aclaró ella—. ¿Cuántas te faltan para completarlo?

—Ocho —contesté con orgullo, para salvar mi ignorancia anterior.

—Tienes que ir a comprarlas afuera del Salo —aconsejó con aire de entendida y sin que el número pareciera impresionarla—. Unos señores las venden a cincuenta..., a cien las más difíciles. A mí me faltan hartas pero es porque también colecciono el de «Los Caballeros». ¿Te gustan «Los Caballeros del Zodiaco»? A mí me gustan mucho más que las «Sailor Moon».

Otra vez no supe qué decir.

«Los Caballeros del Zodiaco»... no los veía mucho. Me atraían, sí, pero en una forma que no comprendía bien, no como mi adoración innata por las «Sailor Moon». Me quedé en blanco y ya ni siquiera pude asentir para disimular mi falta de conocimiento. Había quedado en evidencia: no sabía y, perpleja frente a Carolina, sentí pánico, un sentimiento que volvería muchas veces en el futuro, cada vez que se abriera un barranco entre la niña que era yo y las opiniones, ese algo donde sostenerse, y que Carolina parecía dominar tan bien con sus juicios sobre el mundo que la rodeaba.

—¿Vamos a verlos a mi casa? —dijo ella con naturalidad.

Volví a asentir y entonces, como también ocurriría tantas veces en el futuro, el pánico se tornó atractivo y amable. Una mano aparecía en escena, y ya fuera para tenderse firme como un puente o para empujarme por la espalda, me obligaría a cruzar el barranco.

Guardé el álbum bajo el brazo y la seguí por el pasaje Berna. Mientras caminábamos, la observé con más atención. Era muy delgada y de piernas y brazos largos, con muchos vellos oscuros. Por lo alta debía ir un par de cursos más arriba que yo. Llevaba un cintillo blanco y tenía el pelo amarrado en un tomate, que por su grosor delataba llegarle más abajo de la cintura. Me impresionaba el cabello largo porque se suponía que en él residía la belleza femenina, o por lo menos eso había escuchado decir a un compañero de curso una vez: las más bonitas eran las que tenían el pelo más largo. Yo usaba una melena muy corta, rapada en la nuca. Mi papá me llevaba a la peluquería y elegía el corte: el más fácil de peinar en las mañanas. Decía que yo ya era suficientemente bonita y que el resto sería vanidad. Mi padre tenía la nariz rota y varios dientes falsos, así que algo debía saber sobre la vanidad. No es que creyera que lo dicho por mi compañero de curso fuera cierto, de hecho, cuando lo escuché me di cuenta por primera vez de lo estúpido que podía ser un niño, un hombre. Pero tras tantos años de ese corte pelela, deseaba el cabello largo y abundante de una sirena. Durante esos primeros minutos juntas no pude decidir si Carolina era linda o no. Lo que sí supe es que era llamativa, aunque a la vez no parecía importarle mucho su apariencia. Llevaba las rodillas llenas de cicatrices. Yo tenía unas pocas que ya me hacían sentir fea y poco femenina, pero ella parecía mostrarlas con orgullo, como marcas de guerra, como símbolo de estar viva. Era distinta a mí, eso también lo supe enseguida, a mi pelo corto y a mis kilos de más, a mi piel amarilla y rostro redondo e ingenuo.

Al llegar al pasaje Tokio doblamos a la derecha. Para ir a mi casa debía tomar la izquierda, así que cuando me vi girando hacia el otro lado, un sentimiento de satisfacción me embargó. Otra vez me saltaba las normas. En la manera inofensiva en que un niño protegido puede hacerlo, siempre andaba a la caza de lo prohibido. Robar una Negrita en el supermercado, coleccionar álbumes a escondidas, pasar a otro lado antes de llegar a casa. Sin permiso, sin avisar. Esa parecía la única forma de probar un poco aquel mundo real del que mis padres me cuidaban. Aunque nadie más que yo lo supiera. Aunque mis compañeros me compadecieran por ser una niñita de papá y mamá. Ser sobreprotegida era una de las humillaciones más terribles que existían y por eso me aislaba. Intentaba pasar inadvertida y daba un paso al lado con las amistades. Prefería no tener amigos a soportar la burla y la lástima.

Caminé alegre por los pasajes de Conchalí junto a Carolina. Ni siquiera cuando atravesamos la avenida Cardenal Caro y mi casa comenzó a quedar demasiado atrás, o cuando vi a unos hombres tomando en la

esquina, o cuando algunas construcciones parecieron demasiado pobres, disminuyó la dicha de mi corazón. Avanzaba libre, o despreocupada, la sensación más cercana a la libertad que probaba de vez en cuando.

Carolina saludó con la mano a un viejo que barría hojas secas en la calle, él apenas levantó la mirada del suelo. Su casa estaba en una esquina, era de un piso y muy larga. El patio la acompañaba en toda su extensión y un parrón daba sombra a lo ancho. Abrió la reja y enseguida se acercaron dos perros grandes. Dijo que no hacían nada, y siguió hasta el final del patio para saludar con un «hola, abuela» a la anciana sentada en un sofá de cuatro cuerpos. Las manos de la abuela descansaban sobre su falda, y miraba al frente con una actitud contemplativa, tan serena que hacía pensar que llevaba mucho tiempo en la misma posición, como los budas de los que me hablaba mi papá.

—Tu tata va a comer a las dos, ¿te sirvo con él? —preguntó la abuela—. Hola, mijita —agregó al verme avanzar por el pasillo de narices que formaban los perros al olfatearme.

—Ahí veo yo —contestó Carolina.

—Ahí veo yo —repitió la abuela guiñándome un ojo—. Ella siempre ve de ahí —dijo, meneando la cabeza con ojos risueños.

—Vamos a estar en la pieza —avisó Carolina y siguió internándose en la casa.

—Bueno, bueno —dijo la abuela, y volvió a posar su mirada en el horizonte.

—Aquí duermo yo y en esa mi mamá —dijo Carolina, apuntando las camas de una plaza tras entrar en una pieza al final del patio. Estaba construida de madera. Parecía un poco ladeada, las tablas del piso crujían y olía a peluquería—. Esa es para mi hermano cuando se queda a dormir acá, pero a veces también la usa un tío.

Yo también tenía un hermano, pero no lo veía mucho y no se lo dije. «Medio hermano, por parte de papá», solía explicar, tal como me enseñara mi madre.

Carolina sacó tres álbumes de un estante de mimbre, se sentó en la alfombra y abrió el de las «Sailor» sobre sus piernas cruzadas.

—¿Andas con las láminas?

Todavía de pie, fijé mi atención en el mueble tocador de la esquina opuesta. Era blanco, con un espejo ovalado, y lo atestaban frascos de cremas, colonias y cajitas rebosantes de collares. A la derecha, sobre un banco, una máquina para depilar con la cera dura, y, en el piso, un

montón de revistas. Alrededor del espejo había recortes de mujeres con sombreros y vestidos de fiesta. Solo reconocí a Lady Di.

—Es que mi mamá es fanática de la monarquía. Por eso me puso así —aclaró Carolina, y suspiró tolerante—. A todo esto, ¿cómo te llamas?

—Nicole, Nicole de la Cruz.

—Nicole —repitió sopesando el nombre—. ¿Se escribe con E al final, cierto? —Asentí—. Me gusta —concluyó—. Termina en una vocal fuerte. Yo me llamo Carolina, por Carolina de Mónaco. Pero no me gusta porque termina en «ina», que suena a algo chiquitito y dulce. Así que dime Caro.

Mi nombre. Agradecía que no fuera Camila, como las otras seis compañeras de curso que se llamaban así, pero creía que era demasiado masculino por no llevar ninguna A y terminar en E. Me gustó que a Carolina, a Caro, le gustara.

—¿Vas en cuarto, cierto? Me acuerdo de ti. ¿El año pasado te dieron el diploma al mejor alumno, no? —Asentí con pudor—. Yo voy en quinto.

Me contó que cuando iba en cuarto luchó por el diploma de religión. No sabía bien por qué lo quería, pero se esforzó para que fuera suyo. Ayudó a la profesora en todo lo que necesitó, dirigió la oración de la mañana, leyó las historias del Antiguo Testamento y aportó en todas las discusiones de las clases, incluso había llegado a negar la existencia de los dinosaurios, echándose encima a sus compañeros fanáticos de *Jurassic Park* y a los pseudo paleontólogos que coleccionaban huesitos de plástico. Estaba segura de que el diploma llevaba su nombre, pero en la ceremonia de final de año llamaron a otro alumno para destacarlo. Era católico, sí, pero nunca decía nada, dijo Caro, ni siquiera se sabía el Credo o las otras oraciones menos conocidas. Que no la eligieran le dolió y lo sintió como una traición, así que al año siguiente ni siquiera le dedicó una mirada a la profesora y de paso dejó de lado la religión. Luego ocurrió que empezó a caerle bien al profesor de filosofía para niños. No es que se esforzara, decía lo que se le venía a la cabeza, sin pensar mucho, cosas disparatadas, como que el traje del viejito pascuero era rojo por la Coca-Cola, pero que a él parecían gustarle, y al final la llamó para entregarle el diploma de mejor alumna. Lo pegó sobre la cama durante un tiempo, pero luego lo sacó, había comprendido que los diplomas no importaban.

La escuché impresionada y al finalizar me armé de valor y comenté que mi papá decía que el Antiguo Testamento era una metáfora. Yo no entendía bien qué era una metáfora, pero Caro asintió y dijo que mi padre era un hombre inteligente.

Intercambiamos láminas. Caro no tenía ninguna que me sirviera, pero accedí a cambiarle las que necesitara. Hicimos un montón con las repetidas y las jugamos a las palmaditas. Caro buscó otro álbum en el

estante de mimbre. «El máspreciado», dijo con una sonrisa perspicaz. Era un álbum de verdad, para fotos, con hojas de cartón grueso y láminas de plástico protector. Contenía una serie de imágenes en blanco y negro, recortes de artículos de enciclopedias y dibujos que la misma Caro había hecho. Pompeya. Dijo estar obsesionada con las ruinas de Pompeya desde que vio un documental en el National Geographic. Me habló sobre la violenta y misteriosa erupción del monte Vesubio el 24 de agosto del año 79 d. C. Noté que al hablar cambiaba algunas eses por efes, pero su tono no dejaba de ser cautivante, y enfático y sereno a la vez. Describió el Jardín de los Fugitivos y las estatuas de horror que el arqueólogo Giuseppe Fiorelli moldeó a partir de los huecos de las cenizas de los ciudadanos sepultados por la lava. Nunca antes presté tanta atención a alguien. Sus palabras resplandecían, despedían poder, y yo la escuchaba como si me dictase las instrucciones para vivir mi propia vida. Caro volvía a embargarme con todas esas cosas que yo no sabía, pero que estaba dispuesta a aprender y a sentir tal como ella. Fuimos a la cocina y ella preparó unos sándwiches de tomate-queso en el microondas. ¡Un microondas! Otra cosa que no había en mi casa — además de la tele gigante, mucho más grande que la de 14 pulgadas de mi *living*, y del cable—, que también me deslumbró. Caro bebió agua directamente de la llave y me ofreció. Pese a la sed me contuve, como hacía en situaciones similares por el peligro de juntar salivas con la meningitis dando vueltas. Claro que después, ese mismo día, cuando compramos cubos en la casa de una vecina y Caro me ofreció cambiar los sabores, me olvidé de la meningitis y chupeteé su saliva sin miedo. Esa tarde caminamos hasta la copa de agua para contemplarla como si se tratara de un monumento. Vagamos con aire independiente, desde la población Juanita Aguirre al Cortijo. Ningún adulto se entrometió en lo que hicimos o dijimos y no volvimos a mencionar el colegio o los padres, porque casi parecía que no existían, como si realmente fuéramos dueñas de nuestras decisiones y dispusiéramos del tiempo y de la comida, dejando cualquier impedimento —estudios y familia— atrás. En los comerciales anunciaron la salida de un nuevo álbum de las «Sailor Moon». Las dos celebramos, pero enseguida Caro reconoció que no le daban tanta plata para coleccionar otro. Yo ni siquiera tenía permiso, pero no me atreví a confesarlo, y propuse, estratégicamente, que sumáramos fuerzas. Acordamos coleccionarlo juntas, nuestro primer pacto de amigas. A las cinco empezaron «Los Caballeros» en el Etcétera. Sentadas en la alfombra, muy cerca de la tele, con el volumen al máximo y Caro recitando el inicio sin fallar una línea —«la leyenda nos dice que los caballeros aparecerán cada vez que el mundo caiga en el poder de las fuerzas del mal»—, me vino una sensación de placer y alivio, muy similar a la que sentía cuando me sentaba en la esquina del edificio de mi colegio, para que el viento se arremolinara en mi espalda y me hiciera pequeñas cosquillas. Una sensación que aunaba somnolencia y solemnidad, y que deseé que no se acabara... Y nadie podrá definir jamás la felicidad de ver «Los Caballeros del Zodiaco», sentadas en la alfombra, una tarde después del colegio, sin padres y con sándwiches de quesotomate en las manos.

Denise subió las escaleras con pesar: la cabeza gacha, el brazo anclado en la baranda de concreto para impulsarse, para empujarse hacia

arriba. Un suspiro cada tres escalones, regresaba a casa. Era viernes y pasaban de las ocho de la noche. Volvía de la biblioteca, exhausta pese a pararse apenas un par de veces de su silla en las nueve horas que duraba la jornada. Llevaba tres años atendiendo el mesón. Cuando postuló al cargo estaba segura de que era el trabajo ideal para ella: silencio, polvo y libros. Casi se imaginó como heroína de novela romántica, deambulando por las estanterías, rodeándose de historias y rozando los libros con dedos etéreos. La realidad fue bastante distinta. Se trataba de una biblioteca en un *mall*, con horarios de *mall*, sueldo de *mall*, público de *mall* y focos fluorescentes de *mall*. El polvo de los libros terminó partiéndole las manos. El polvo y el alcohol gel, porque cada vez que tomaba un libro infantil forrado en un plástico pegajoso, se echaba un par de gotitas. Había leído en un foro que las bibliotecas tenían dieciocho veces más bacterias y virus que un baño público y se recomendaba meter los libros al microondas unos segundos antes de empezar a leerlos. No es que le obsesionara la limpieza, en su habitación las cucharas de los cafés se acumulaban una tras otra sobre el velador, opacas, como una colección de antigüedades, y botaba la basura cuando ya no cabía una bolsita más de té. Pero el asunto con un trabajo de cuarenta y cinco horas era ese, cualquier cosa terminaba volviéndose fobia.

Durante un tiempo prestó especial atención a los usuarios, a lo que leían en la sala y lo que se llevaban, y completó una lista de lectores peculiares.

- Mujer, 27 años, tres libros: *Biografía del padre Hurtado*; *Biografía de San Francisco de Asís*; *Historia del Necronomicón* de Lovecraft.

- Hombre, 48 años, libro y revista: *Los misterios de la Masonería*; *Cosmopolitan* de enero.

- Hombre, unos 50 años (siempre viste el mismo *jockey*, chaqueta gris y pantalón azul marino. ¡Siempre!): saca fotocopia a una página sobre las partes de la célula de una enciclopedia para niños.

La lista estaba estancada hace mucho. El polvo le partía las manos, pasaba las tardes acalorada, abanicándose con revistas —el aire acondicionado estaba malo casi desde que lo instalaran—, arrugando la nariz de tanto en tanto, no para soportar, sino para evidenciar el asco que le provocaban los olores del patio de comidas que se pasaban a la biblioteca y que se entremezclaban con el olor a encierro, a vaho de lectores y a libros pegajosos... No se perdía por las estanterías con rostro bucólico esperando que algún título la sorprendiera; se pasaba la mayor parte del tiempo —todo el que pudiera— sentada frente al computador, sin tomar ningún libro de la biblioteca, leyendo únicamente las noticias de Pijama Surf, Rusofilia, el blog de una maquilladora punk y su novio de Brooklyn, tumblr de todas las especies, foros sobre bacterias y virus, facebook. Aburrida. Evitando el saludo de bienvenida, respondiendo con monosílabos y odiando cada vez que le pedían una fotocopia. Levantarse de la silla e ir a guerrear con una máquina en mal

estado casi la ofendía, y todo por una fotocopia de cincuenta pesos — que de por sí era una estafa—. Eso costaba que ella se pusiera de pie: cincuenta pesos.

Al llegar al tercer piso, soltó un último y largo suspiro. Su *block* era un cubo de cemento de cuatro pisos. Lo rodeaban una red de bloques similares unidos por plazas con árboles de troncos gruesos y ramas altas en las que se posaban variadas especies de aves. Un buen lugar para vivir, eso había que reconocerlo. Después de cuatro años, a Denise todavía le extrañaba despertar los domingos con el ruido de las máquinas para cortar pasto. Nunca antes conoció de tan cerca el color verde, o la preocupación por los jardines y las flores. Había pasado la mayor parte de su vida en lugares donde lo usual era pagarle unas monedas al curadito de la población para que sacara la maleza. En sus primeros años, la novedad de Ñuñoa había captado su atención, y junto a su cámara salía a dar paseos por las plazas de la villa y por el parque Juan XXIII. Cruzaba la correa de su Fujifilm compacta, como si llevara un revólver bajo el brazo, y se vestía con un polerón gris, su uniforme de camuflaje. Le gustaba perderse por esas calles tan distintas y contemplar las casonas viejas con su arquitectura modernista de los cincuenta —muchas de ellas desocupadas o convertidas en asilos de ancianos o en empresas de marketing atestadas de promotoras— e inmiscuir la cabeza por las rejas y sacar fotos a los antejardines bien cuidados, a las ramas secas que aprisionaban los barrotes de metal como serpientes, a la ventana medio abierta de una casa abandonada, a los universitarios que transitaban muy serios o muy alegres, a las promotoras fumando y conversando mientras se maquillaban con apremio. Los abuelos de los asilos eran sus mejores modelos, o por lo menos los que más disfrutaban ser retratados. Posaban sonrientes o con la mirada fija en las flores lilas que caían de los jacarandás, mientras esperaban que el día concluyera. Sabía que una de las ventajas de ser mujer era que se veía menos amenazante, pero de todas formas intentaba pasar desapercibida al tomar una foto y por eso había elegido una cámara pequeña. Excepto con los abuelos, a quienes saludaba y agradecía al final. Muchas veces la invitaban a pasar a los asilos, y en una ocasión, pese a sus resquemores, a la idea de distancia que creía debía guardar el fotógrafo, porque era un observador y no un participante, se internó más de lo habitual y sacó una de sus fotos favoritas; un primer plano a una anciana de noventa y un años que fumaba medio escondida en el patio trasero, su rostro travieso, pleno, lúcido.

Ese tiempo había pasado, y ahora caminaba sin fijarse en nadie, con pasos cansados, en línea recta del trabajo a la casa, soltando suspiros entre escalones, acumulando cucharas en el velador y saliendo del departamento únicamente cuando no cabía una bolsita de té más y debía botar la basura.

La vecina que cobraba los gastos comunes fumaba en el pasillo abierto que compartían los residentes. Pasaría de los cincuenta y casi todas las noches, más o menos a la misma hora, salía a fumar, a exhibir su cuerpo

pequeño y redondo y su pelo rubio mal teñido. Saludó a Denise con un buenas noches y le hizo un par de preguntas que ella sorteó con un «bien, todo bien» y una expresión abrumada. Desconfiaba de la simpatía de la mujer y se preguntaba con cierta irritación si no tendría algo más que hacer. Para ella no era más que una vieja que salía a vigilar cada suceso insignificante del *block* y a cahuinear justo a la hora en que casi todos volvían de sus trabajos.

Se preparó un nescafé y fue a su pieza. Tiró la mochila en la cama, prendió el computador. Se sentó en el escritorio. Volvió a pararse, y casi dio vuelta una taza con restos de café y papelitos picados. Porque era experta en acumular papeles —post-it viejos, boletas, tickets, saldos de la bip que trozaba en pedazos aún más pequeños y esparcía por todos lados—. Cualquier movimiento en su pieza implicaba un peligro. Las ruedas de la silla se enredaban con las zapatillas, con la ropa tirada, calcetines, sostenes, con los cables del PC, del cargador del celular, del alargador, de los parlantes y de la lámpara. Ella vivía tropezando y terminaba siempre medio aprisionada, hundida en la arena movediza de su habitación. Fue a la pieza de la Francesa y se sentó en su cama de dos plazas. Cuando recién se mudó, la Francesa le comentó lo extraño que le parecía que ella durmiera en una de una plaza, en Francia solo los niños dormían en camas chicas. Contempló la habitación con el café en la mano. El olor era muy distinto al de su pieza, un aroma terriblemente agradable y femenino, pasado a los perfumes y cremas L'Occitane que su mamá le enviaba desde Francia y a jabones Lush. Vivía con la Francesa hacía seis meses y solía colarse en su pieza cuando no estaba. Le gustaba habitar ese espacio ajeno. Husmear por aquí y por allá, revisar los recuerdos de sus viajes, sostenerlos en sus manos: una muñequita mapuche, postales, fotos con amigos, cajitas de madera con aritos de cobre, chocolates amargos y mermeladas gourmet. En cada objeto se alzaba una afirmación de sí misma: aquello era suyo y estaba orgullosa, y Denise quería sentirse parte de eso aunque fuera por unos minutos, igual que al caminar por las calles de Ñuñoa. La Francesa. Se llamaba Josiane, era alta y maciza, grandota. Estudiaba un posgrado en estudios latinoamericanos y llevaba tres pulseras de hilo amarradas en la muñeca: una se la había regalado su mejor amiga francesa, Kallisté; otra, su mejor amigo de Brasil, Paulo; la tercera, su mejor amiga de Barcelona, Lupi. Denise alisó la manta de lana de alpaca que cubría la cama y miró su brazo desnudo, no llevaba ninguna pulsera. Antes de irse a recorrer Machu Picchu, Bolivia y Ecuador, la Francesa le advirtió que esperaba que las cosas entre ellas mejoraran a su regreso, que si no, se buscaría otro lugar. Denise no entendió a qué se refería, no creía que tuvieran algún problema de convivencia. En su español casi perfecto, la Francesa le explicó que lo que ella quería era que se relacionaran más, que conversaran, que pasaran más tiempo juntas, tomándose un tecito y escuchando música en el *living* por ejemplo. Si viajaba, dijo, era justamente para eso, para conocer gente, para tener experiencias. Denise la miró con la misma expresión abrumada que le lanzaba a su vecina de los gastos comunes. «Tú no tienes experiencias —le dijo—, tú acumulas vivencias, porque

solo lo pasas bien, con las experiencias se sufre.» La Francesa la miró con la boca abierta. «Ves —la increpó—, a eso me refiero.»

No es que Josiane le cayera mal, pero no podía respetarla. No podría respetar a ningún europeo, de la misma forma en que no podía respetar los sufrimientos de los cuicos. Por eso se negaba a salir con ella y sus amigos extranjeros cuando la invitaba. Pero sí le gustaba estar en su pieza, entre sus cosas. Una vez incluso había tomado su Nikon, carísima y mucho mejor que la suya, y había sacado un par de fotos al pasillo. Atardecía y el sol imprimía en la pared tonos rojizos que se mezclaban con las sombras propias del departamento. Había olvidado borrar la última y, tiempo después, la Francesa había subido la foto a facebook, maravillada por lo que ella creía un fenómeno paranormal. No, no podía respetarla.

Por supuesto, también había algo de envidia. Envidiaba su seguridad, sus pasos de conquistador europeo, su capacidad de apropiarse de los lugares que habitaba. Denise había pasado su infancia en Santiago, su adolescencia en Vallenar y su primera juventud en Antofagasta, y jamás sintió que perteneciera a ningún sitio. Había seguido a su madre en su transitar nómada, y mientras compartió piezas en casas de otros se fue gestando la esperanza de que cuando por fin se viera rodeada por sus propias cosas, sentiría algo en el corazón. Regresó a Santiago a estudiar fotografía en un instituto y decoró la pieza que arrendó con ánimo y esmero. Pintó una pared de color burdeos, fue a la feria y recogió cajas de frutas para transformarlas en repisas, colgó fotografías de Robert Frank, Eudora Welty, Jill Freedman y Sergio Larraín y hasta agregó algunas suyas entre medio; hizo *collages*; compró un escritorio viejo de madera; fue a Casa&Ideas por velas blancas, una taza con un pajarito en el interior y una pantalla de globo de papel..., y entonces, cuando el sitio estuvo lo bastante lleno, se sentó en la cama, cerró los ojos y casi se encogió, como esperando el descenso en una montaña rusa. Pero no sintió nada, seguía siendo una turista.

Lo más cerca que había estado de sentir lo que anhelaba —indefinible para ella misma— fue el tiempo en que salía de su trabajo nocturno como cocinera en un restorán de Suecia. A eso de la una y media de la mañana se reunía en el borde del paradero una hilera de gente, casi todos trabajadores de Providencia como ella. Esperaban en silencio, y en el ambiente se sentía el cansancio y la ansiedad, y también cierto aire defensivo, y podían pasar diez minutos o una hora, y todos continuaban en aquel estado, hasta que aparecían los buses del Transantiago, unas tres o cuatro máquinas seguidas, avanzando desde lejos, en medio de la noche, enormes y con los focos altos, llenos de esperanza, como camiones con comida para un pueblo aislado por un desastre. Y mientras se acercaban, la actitud de los trabajadores cambiaba, empezaba a correr por ellos una energía, Denise también la sentía, y era como si se liberara algo, como si todos soltaran un gran suspiro. La espera había concluido. En esos segundos, alzada en puntillas y con la vista en alto, sí que pertenecía a un sitio, aunque también fuera difícil

definirlo, aunque no existiera materialmente, porque no era el paradero, ni el Transantiago, ni el camino. Era un lugar en el que jamás podría quedarse.

No la visitaba nadie ni se molestaba en invitar a alguien, y así, ni en lo superficial tenía sentido preocuparse por su pieza. No, definitivamente no iba con ella eso del arraigo, y cuando lo comprendió se deshizo de la decoración, y vendió su cámara, y dejó sus estudios de fotografía —y con eso ya era la segunda carrera que abandonaba—. Borró los archivos de sus fotos preferidas: el ciego que caminaba tomado de la mano de un niño, el universitario que mordía un diccionario de latín mientras sostenía un completo con las manos, el capucha que usaba un gorro negro con orejas de zorrillo mientras prendía una barricada de neumáticos... A fin de cuentas, no es que ambicionara fotografiar para la National Geographic o la Magnum, solo había sido una excusa para volver a Santiago y probar esos sueños que se le habían metido en la cabeza.

Del techo de la pieza de mis padres, en el segundo piso, y hasta el de la cocina en el primero, colgaba una malla de kiwi. Mi papá la instaló para que el sol no pegara tan fuerte en las mañanas. Él dormía por las mañanas, hasta pasadas las doce, porque trabajaba en el aeropuerto de noche. Procuraba mantener la pieza lo más oscura posible, con la cortina corrida y la puerta cerrada, acumulando un sopor cálido en la habitación que me gustaba y que relacionaba con un aspecto de su personalidad, el de las primeras horas de su día, adormecido y cariñoso.

Al llegar del colegio pegaba una oreja a la puerta e intentaba deducir qué hacía adentro según los sonidos. Al otro lado se escuchaban «aum» e inspiraciones y espiraciones profundas. Cuando me colaba para saludarlo, las colchas y mantas que usaba aún descansaban en el suelo. Mi mamá decía que mi padre necesitaba meditar, y aunque yo no sabía bien qué era el yoga, entendía a qué se refería, pues conocía tan bien como ella sus cambios de humor. Horas antes de partir al trabajo se convertía en otra persona. Enmudecía justo antes de comenzar con su rutina de afeitado y mientras esperaba a que hirviera el agua de la tetera, daba vueltas por la casa con las manos en las caderas y pasos furiosos. Se quitaba el pijama y amarraba una toalla en su cintura. Vaciaba el agua en el lavamanos y sumergía unos paños que oprimía contra su rostro. Entonces también se escuchaban resoplidos, aunque no distendidos, sino más como bramidos amenazantes. Es que mi papá tenía la piel sensible y era un sacrificio afeitarse todos los días. Para finalizar, salía a la escalera y se aplicaba una colonia mientras maldecía entre gruñidos. Después de eso no se le podía hablar; al igual que su piel tras el afeitado, cualquier comentario lo irritaba. Pero a la vez había que estar pendiente de él, contemplar su enojo sin opinar. Que no se preocuparan de su molestia también lo fastidiaba.

Si algo sabía de mi padre era que odiaba su trabajo. Los dos domingos al mes y el martes que tenía libre eran para él aún peores. Le agotaba el solo hecho de saber que al día siguiente tendría que volver a trabajar y

no lograba descansar. Se pasaba todo el día acongojado por la injusticia de una nueva jornada, sufriendo la brevedad del tiempo y su avance implacable.

Por eso iba tan asustada junto a la mamá de Caro cuando me fue a dejar a mi casa. Mi padre tenía libre y a él no le costaba ser hiriente con las personas. Yo lo había visto reclamar y ofender a mis profesoras, a telefonistas, a garzones, a vendedores, y vanagloriarse por ello tras conseguir un descuento o postre gratis. Imaginé la situación: mi padre preguntando quién había cuidado de mí durante la tarde y luego ironizando sobre la ayuda que dos viejos podían entregar. Lo vi enrostrándole a la mamá de Caro estar separada o ser madre soltera o no tener casa propia. Con sus manos en las caderas, una media sonrisa sarcástica y el mentón levantado. Y también vi a mi madre, detrás de él, medio escondida y callada. Forzando una mueca de enojo para apoyar a su marido mientras con los ojos se disculpaba, esos de mártir que ponía cuando me decía «ya sabes cómo es tu papá» o «¿qué puedo hacer yo?». La pasividad de mi madre me parecía aún más imperdonable que los arranques de mi padre. En realidad, a él lo eximía de todo y lo quería más. Porque mi padre era también esa otra persona, con la que podía jugar damas y 21. El que me llevaba a las clases de natación los sábados en la mañana y me miraba la hora completa desde la pequeña ventana que daba a la piscina temperada de la YMCA. Mi padre era quien me acompañaba a los columpios de la plaza de la FACH. Con el que salía a andar en bicicleta, paseos largos, de una comuna a otra. El que me leía esos cuentos raros de la religión que practicaba. El que me desafiaba a descubrir su clave del maletín a cambio de algo suyo que yo quisiera usar por un tiempo, como una herramienta o una corbata graciosa con Bugs Bunnys estampados. Con helados de chirimoya naranja en las manos, podíamos dar vueltas por la calle mientras él me hablaba de temas que yo consideraba profundos e interesantes, como eso de que «aprender a respirar es aprender a vivir»... Mi padre era el que, en definitiva, y a diferencia de mi madre, me tomaba en serio en algún sentido, me trataba con el respeto y las exigencias con que se trata a un igual.

Pero de seguro llevaba una expresión muy afligida en el rostro, porque, mientras caminábamos, la mamá de Caro me preguntó si mis papás eran muy estrictos. Afirmé con la cabeza gacha. «No te preocupes —dijo—. Yo me encargo de todo. ¿Quieres seguir yendo a la casa, cierto?»

Se llamaba Raquel y me contó que trabajaba en el centro pero que no le gustaba y que estaba haciendo un curso de depilación para instalarse con su propio salón.

—Practico con amigas y conmigo misma. La Carolina no me deja que la toque, pero si quieres podemos probar un día... A ver, ¿cómo están esas cejas? —me dijo sonriente, y se acercó para examinar mi rostro.

También me contó que vivía hace poco con Caro. Me lo explicó con lujo de detalles. Tenía dos hijos, el Felipito y la Carolita, pero no se había casado, solo vivió junto al papá de los niños —así se refería a él— un par de meses y luego se fue con ellos. Por problemas económicos tuvo que dejarlos por un tiempo en la casa de su mamá, y cuando el papá se enteró se los llevó a vivir con él. Hace poco habían llegado a un acuerdo: él se quedaría con Felipito y ella con Carolita.

Hablaba con relajo y jovialidad, y por sus labios y ojos risueños me daba la impresión de que todo lo decía medio en broma. Me cayó bien, pero a la vez me incomodó que contara cosas que yo consideraría privadas y, además, tampoco estaba acostumbrada a que un adulto me hablara de forma tan amistosa y cercana.

Le decían la Flaca. Era muy alta y delgada, lo que resaltaba todavía más su pelo negro rizado y abundante. Parecía muy joven y llevaba un vestido de mezclilla corto, unas argollas plateadas en las orejas, una cadena de oro y varios anillos. A mí todavía me gustaba jugar con la ropa de mi mamá, aunque en su mayoría eran faldas y blusas largas, sin forma y viejas, y uniformes de dos piezas para el trabajo que parecían armaduras medievales. Decía que no se compraba ropa nueva porque no tenía dónde lucirla. Así es que lo primero que pensé cuando vi a Raquel fue en la fantasía de subirme a sus tacos y verme frente al espejo con el pecho rebosante de sus collares.

—Ah, tú eres la de la casa bonita —me dijo cuando llegamos—. Siempre que paso por afuera me quedo un rato mirándola. ¿Le hicieron una ampliación?

La miré nerviosa, sin responder. Estaba segura de que en cuanto tocara el timbre tendría que deshacerme otra vez de una amistad.

No ocurrió nada terrible. En cuanto salió mi papá, con sus brazos en las caderas y el ceño fruncido, Raquel empezó a hablar y no le dio oportunidad a su ira. Se presentó como la madre de la amiga de su hija y se deshizo en disculpas. Dijo que era su responsabilidad y que podía explicarlo todo, en privado. Mi madre observó desde el interior, detrás del velo de la cortina, y cuando entramos los tres en el *living* me mandó a mi pieza con tirón de oreja suave. No supe qué les dijo la mamá de Caro, pero el asunto es que apenas me castigaron con un par de días sin tele. Mi madre me castigó, porque era ella la que imponía las sanciones. Mi papá era capaz de no dirigirme la palabra por semanas, pero nunca me castigaba, lo encontraba infantil.

—Te puedes juntar con esa niña —dijo mi mamá—, pero vengan a jugar acá.

Yo le reclamé, le dije que en la casa de Caro había cable, no como en la nuestra. Eso también era exclusivo de la relación con mi madre. Con ella podía quejarme, exigir justicia y hacer pataletas. Aunque no fue necesario llegar a tanto, porque se mostró inusualmente comprensiva, y

aceptó que día por medio viera los monitos en la casa de Caro. Me tiré a sus brazos y moví la cabeza de un lado a otro resoplando, como si apagara las velas de una torta de cumpleaños. Iba a tener una mejor amiga, me dije, por fin compartiría mi vida junto a otra como yo y experimentarí todos esos sentimientos y responsabilidades que, creía, conllevaban las relaciones entre las niñas y que deseaba hace tanto: la ternura, los secretos, la entrega incondicional, el compromiso grave y risueño.

En su computador la esperaban tres mensajes. Su amigo Cris volvía a insistir con el carrete al que quería que fueran juntos. Cris era su único amigo. Se veían unas tres o cuatro veces al año, pero era su amigo. Su rostro era extremadamente delgado y anguloso, había estudiado actuación, y constantemente hacía comentarios para reafirmar su proclamado odio al mundillo del teatro. Toda la tarde, mientras ella trabajaba en la biblioteca, había tratado de convencerla por el chat de facebook: que ya estaba bueno de tanta soledad, tenían que conocer a alguien, ojalá mino y con conocimientos en tragedia griega y/o isabelina. El carrete sería en Barrio Italia, en el taller de un artista conceptual que había ganado fama tras exhibir a un fan de Justin Bieber y su mamá en una galería, durante tres semanas, con un cartel que decía que estaban ahí parados porque les pagarían una entrada vip para el concierto. Cris dijo que además de copete gratis podrían generar contactos. «Ya es hora de bajar del campanario, sister Wendy», decía el último mensaje. La hermana Wendy era una monja de ochenta y dos años, ermitaña y virgen consagrada que tenía unos dientes prominentes de ratón. Vivía en el monasterio Quidenham de las carmelitas descalzas, en una caravana, y pasaba seis horas de su día contemplando el bosque. En el último tiempo, una de las actividades principales de Denise era ver los capítulos de la serie de arte de la hermana Wendy para la BBC en los noventa.

«Tómalo como un sacrificio, porque ese sí que sería un sacrificio de verdad, los votos de castidad ya se te están haciendo muy fáciles», escribió Cris. «Lo mío es un acto de compromiso, no de obediencia ni de conformismo —respondió, citando las palabras de la hermana Wendy—, un compromiso con la soledad», insistió. Abrió youtube, pero no se le ocurrió qué canción poner, se sentía incómoda eligiendo música y prefería escuchar los grupos de la Francesa desde el otro lado del muro. «¿Te acuerdas del final de *Melancholia*? Cuando ya saben que el mundo se va a acabar y Kirsten Dunst le dice a la Gainsbourg que la Tierra es malvada y que por eso no tienen que lamentar que desaparezca, y que además nadie va a extrañarla, porque solo hay vida en la Tierra y estamos solos... Ese es mi sentir en este momento.» «Qué depresiva —respondió Cris—, léete *El Principito*, por favor.» «Aparte —volvió a escribir—, solo Kirsten Dunst puede mandarse un frase así, con ese cuerpo perfecto tiene que inventarse algún problema, si es Mary Jane, Spider-Man siempre va a ir a rescatarla. Primero consigámonos unos superhéroes y después nos entregamos al dolor todo lo que quieras.» «No quiero un superhéroe —escribió ella tras unos “jajajaja”—, no quiero conocer a nadie y menos de ese ambiente.» Cris respondió: «Uno: eso es mentira, sí quieres conocer a alguien. Dos: el ambiente no

importa, lo que importa somos nosotros, ya es hora de que seamos los protagonistas de la serie. Tres: da lo mismo si el cabro es cuico, si te lo agarrái, después lo desechái, le rompís el corazón, y con eso sumái una victoria para la lucha de clases. Cuatro: estoy chato de escribir obras por felicitaciones. *Networking Now!* Cinco: hazlo como un favor personal, nadie más apaña!!!!!».

Al final aceptó. Más que nada para liberarse de sí, de su rutina nocturna. Le costaba dormir por las noches. Se acostaba y contemplaba el techo por varios minutos, luego cambiaba y se ponía boca abajo, con los brazos abiertos. Con el pecho oprimido y el corazón golpeando como si estuviera trotando, como si arrancara de algo que la perseguía, ella misma. Por las noches se hundía en sus pensamientos, se enfrentaba a sí misma en monólogos insomnes. Se acorralaba y ahogaba en su intimidad eterna. Bajaba por un vino y se ayudaba a aplacar la ansiedad leyendo el Antiguo Testamento y viendo porno. Primero veía porno. Abría varios videos a la vez (nada del otro mundo, en general tríos y fiestas de orgías bastante realistas. No se atrevía a probar si le excitaban las mujeres orientales vestidas de colegialas, que parecían muy jóvenes o que usaban pulpos como dildos). Veía el que más le gustaba hasta que lograba irse y cerraba el computador. Luego tomaba la Biblia y leía un pasaje de Ezequiel que amenazara: «Una tercera parte morirá de peste y hambre, otra caerá a cuchillo, y una parte la esparciré a todos los vientos; y también a estos los perseguiré y saciaré mi furor en ellos», o algo por el estilo.

No es que le gustara ver porno —para ella era como atragantarse con un combo del McDonald's—, tampoco que fuese creyente. Lo que necesitaba era sentir algo. Necesitaba del placer y la espiritualidad, aunque fuera a través de un libro o de una pantalla. Debía tenerlos cerca por la noche, en el velador, como un espantacucos, pero cada vez daban menos resultados.

La noche anterior había cruzado un límite. De regreso de la biblioteca se encontró con una familia musulmana en el camino. Le había parecido una imagen muy graciosa e indignante. Todo indicaba que volvían del supermercado. El esposo, un hombre alto y robusto, iba unos metros adelante, caminando muy rápido y con una actitud agresiva. Las dos mujeres, de seguro esposa e hija, venían atrás, esforzándose por seguirle el paso y cargando unas siete bolsas cada una. Llevaban velo, las mejillas rojas por el cansancio y una expresión en el rostro que Denise tildó de «esposas virtuosas». Las compadeció y al llegar al departamento buscó información sobre el islam. Entre link y link llegó a un video de una ejecución de rehenes del Estado Islámico. Dudó un segundo; luego hizo clic.

Comparada con su noche anterior, el carrito del artista conceptual relucía como un panorama infinitamente menos tortuoso que pasar la noche viendo a un hombre ser decapitado con un cuchillo serrucho después de leer, con total serenidad, su sentencia de muerte.

Se pasó la máquina de afeitar hasta la rodilla y en las axilas. Buscó un vestido en el clóset de la Francesa. El que más la convenció fue uno de Zara, negro y largo. Se miró en el espejo del baño y evidenció lo que ya sabía, le quedaba demasiado ajustado, sobre todo en las caderas. Estaba más gorda que la Francesa, y eso era bastante. No quiso seguir probando con más vestidos y, pese al calor de la noche, se cubrió con un cárdigan verde que disimulara las partes tirantes.

Cuando salió, la vecina de los gastos comunes todavía estaba afuera. Evitó hacer contacto visual y apuró el paso. En el entrepiso ya estaba instalada «la pareja de la escalera». Denise alzó las cejas y resopló. La pareja de la escalera era un par de cincuentones que se dedicaban a pololear ahí, entre el segundo y el tercer piso. La mujer vivía en uno de los departamentos con sus padres ancianos y su hijo, un niño de nueve años. Por lo que alcanzaba a entender, al hombre no lo dejaban entrar en la casa y por eso tenía que juntarse de esa manera absurda. «Romeo y Julieta de *block*», se dijo, pensando que sería un buen chiste para compartir con Cris. El Romeo con guata, camisa a cuadros de mangas arremangadas y *jeans* sucios, y la Julieta dueña de casa, de la casa de sus padres de ochenta años. Le incomodaba pasar cuando estaban ahí, y al parecer a ellos también, porque silenciaban la conversación en el acto y se quedaban mirando hacia cualquier parte con aire furtivo. La familia islámica, la vieja de los gastos comunes, la pareja de la escalera... ¡Cuán ridículas podían ser las personas! ¡Y la Francesa queriendo conocer gente, deseando tener experiencias! No tenía idea, concluyó cuando estuvo frente a la reja. Buscó las llaves en su bolso y se dio cuenta de que había salido sin ellas. Insistió en la búsqueda y dio vuelta el contenido del bolso en el suelo y resopló y pateó la reja, y volvió a resoplar y se sentó en las escaleras, cansada, pensando que se había arreglado para una fiesta a la que no quería ir, sintiéndose gorda y estúpida, y también muy sola, con ganas de reír y llorar a la vez.

Tras unos minutos, subió a pedirle a la vecina de los gastos comunes que la dejara pasarse por su balcón. Lo había hecho antes y ella respondía meneando la cabeza con cara de «esta es la última vez».

Se acercó derrotada a la vecina, que le daba la espalda y seguía fumando con la vista al frente. Pero entonces, antes de decirle nada, vio que justo en ese momento aparecía la luna desde detrás de la cordillera. La cordillera de los Andes y su masa montañosa que en la oscuridad era solo una línea que fosforecía, y la luna emergiendo lentamente, amarilla y redonda, cercana, inmensa. Denise volvió a fijarse en su vecina, parecía concentrada e igual de admirada que ella, también contemplaba la escena, apoyada en la baranda, con un cigarro en la mano, y Denise pensó, le sorprendió pensar, que tal vez era eso lo que realmente hacía su vecina todas las noches ahí afuera, esperar, sola y en silencio, esperar la luna.

Un día que jugábamos a deslizarnos en ancas por la baranda de la escalera, mi mamá nos retó. Dijo que las mujeres no debían jugar a esas cosas porque era feo. Esa misma tarde, mientras tomábamos once, le

hizo muchas preguntas a Caro. Que por qué vivían con sus abuelos, dónde estaba su hermano, cuántas horas veía televisión, en qué trabaja su papá, de dónde sacaba plata para tantos álbumes. Todo con una curiosidad que evidenciaba cierta reprobación y que me avergonzaba, pero que Caro contestaba sin incomodarse, casi con un poco de descaro, que era la forma en que se dirigía a los adultos.

—Maneja una grúa —respondió, refiriéndose a su padre. Yo la miré inquisidora, me molestó que no me lo contara a mí primero—. Me da una mesada, pero ahora que juntamos el álbum con la Nicole es más fácil.

Dejó de latirme el corazón por un segundo. Agaché la cabeza esperando el grito en el cielo de mi mamá, pero esta siguió hablando como si no hubiera escuchado la revelación que acababa de soltar Caro.

—Nosotros no le damos mesadas a Nicole porque pensamos que es muy chica todavía. Pero sus abuelos igual le pasan por debajo —dijo con voz de reprimenda.

Siguieron conversando de mí por un rato, como si yo no estuviera presente. En mi cabeza desarrollaba y descartaba distintas teorías de forma enloquecedora. Quizá mi madre no había escuchado lo del álbum, quizá no había entendido, quizá pensó que Caro lo compartía conmigo de manera solidaria. Quizá sí había escuchado y se guardaba el reto para cuando estuviéramos solas.

—Bueno —dijo cuando terminamos de comer—, dile a tu mamá que mañana pase a buscarte. Necesito hablar unas cositas con ella.

«Unas cositas», el diminutivo sonó a sentencia de muerte en mis oídos y esa noche me desvelé pensando cómo podía salir de la situación sin decir la verdad. Decidí pedirle ayuda a Raquel. La liviandad con que parecía tomárselo todo y la cercanía con que me hablaba me convencieron de contarle lo del álbum antes de que entrara a hablar con mi madre y pedirle que inventara algo.

—Tranquila, tranquila, no pasa nada —me dijo Raquel—, déjame a mí, va a ser nuestro secreto.

—¿Me lo juras? —exigí desesperada.

—Te lo juro.

Era lo que necesitaba escuchar y en un gesto impensado y efusivo la abracé muy fuerte. «Gracias, tía», dije. Raquel se agachó un poco y también me abrazó y pude sentir el encaje de su sostén en mis mejillas, a través de la blusa delgada.

Pero me equivoqué, había exagerado una vez más. Ninguna de las ideas que se me pasaron por la cabeza, que iban desde el castigo de no ver

nunca más monitos hasta la prohibición de juntarme con Caro, tenía que ver con la realidad. Tras varias horas de conversación, Raquel salió junto a mi mamá para anunciar que en adelante nos cuidaría a ambas en la casa. Así lo dijeron, como si todas fuéramos parte de la misma familia feliz. Después de que se fueron, mi mamá me explicó mejor el asunto.

—Yo le voy a pagar a la mamá de la Caro. ¿Ya? Para que haga el aseo en la mañana y la comida, y después las cuide hasta que llegue yo. No es un favor, ¿entiendes? Así que cualquier cosa me tienes que avisar. Ella también conoce las reglas de la casa, así que pórtate bien, y cualquier cosa que ella haga tienes que decírmelo. Cosas incorrectas, como las que han hecho las otras nanas, ¿te acuerdas? Llevarse comida para la casa, dormir toda la tarde, esas cosas.

Nicole asintió.

—La elegí a ella porque es la mamá de tu amiga y me da más confianza, pero de todas maneras me tienes que decir. ¿Ya?

Volví a afirmar con la cabeza. Mi madre hablaba con ese tono suyo, complaciente y estudiadamente tierno con el que intentaba suavizar la frialdad de sus verdaderas intenciones: órdenes, advertencias, disciplina, normalidad. Toda esa ternura y autoritarismo maternos, edificados para esconder el miedo y la desprotección. Por la rutina que compartía con mis padres, me era muy fácil identificar a cada uno con un momento del día. Mi padre era el día, el calor de la mañana, el sol dorado que hacía que todo fuese visible y cálido. Mi madre era la noche, con sus colores azules, su frialdad. Y también con sus peligros, porque mi papá llegaba del trabajo pasadas las cinco de la mañana, y mi mamá, aunque sin quejarse, se paseaba intranquila, poniéndole llave a toda la casa. Se encerraba y dormía a saltos, sabiendo que por la noche éramos más mujeres que nunca, que éramos vulnerables y estábamos solas.

—Ahora vamos a ser como hermanas —le dije a Caro, y pese a desearlo tanto, me sorprendió decirlo. Me asustó escucharlo.

Su amigo Cris celebraba los cambios asombrosos en sus relaciones sociales gracias a grindr e instagram.

—Como soy el gay que odia a los gays, con mi psicóloga acordamos que tenía que integrarme más a la comunidad y obligarme a conocer gente.

Fumaban y tomaban vino blanco en vasos plásticos, en el espacio más retirado del patio interior de la casa-taller. Cris vestía unos pitillos negros, unas zapatillas que catalogó de «urbanas», una camisa celeste, una chaqueta de *jeans* y un collar de varias cadenas colgando en el cuello. Ambos alabaron sus respectivos *outfits*, aunque Cris le recomendó que usara más color, color y accesorios. «Parece que estás de luto, y como dijo Lady Violet en el primer capítulo de “Downton Abbey”: “No one wants to kiss a girl in black” .»

La celebración había partido temprano, en la inauguración de la expo del artista, así que no fue fácil unirse a una conversación. Tampoco es que la idea les encantara, pero habían decidido que esa noche no se darían por vencidos. Les vino perfecto pasar un rato a solas antes de comenzar con el martirio de la sociabilización, para desahogarse actualizando los últimos sucesos de sus trágicas existencias, analizar y criticar los tópicos de la fiesta y embriagarse lo suficiente.

—Qué agotador. Yo apenas puedo con facebook, me obsesiono y me genera demasiada ansiedad —dijo Denise tras un trago largo de vino.

—Es terrible. Te juro que yo sufro. Sufro con cada foto que me saco y subo a instagram —afirmó Cris con un gesto de verdadero dolor físico—. Tengo que mentalizarme, pero ya entendí cómo funciona. Lo que uno tiene que hacer es crear un relato, un relato de tu vida, ¿cachái? Y en general sacarse fotos donde se note que estás pasándolo bien, ojalá con amigos o mostrando un poquito de piel, para que no crean que eres un mino aburrido y amargado que se pasa todo el día encerrado en la biblioteca, porque aunque a veces me queje por todo y pase el día encerrado en la biblioteca, yo soy una persona superentretenida, ¿cachái? En serio, Denise, es que te lo juro, yo sé que ningún mino que haya salido conmigo se ha aburrido.

—Yo nunca me aburro contigo.

—Obvio que no, si no somos gente aburrída. El problema es que nadie más lo sabe, por eso hay que dejarlo claro. Tan claro como sea posible —recalcó y prendió un cigarro nuevo con la cola del que le quedaba—. De los dos, tú eres la que más debería tener instagram, onda, por último, sacar fotos así todas artísticas, en blanco y negro.

—Ya dejé la fotografía, ahora soy una bibliotecaria de *mall*.

—No entiendo por qué la dejaste, las fotos que me mostraste... igual eran buenas. Eso se llama autoboicot, también tratamos el tema con mi psicóloga.

—Todas las fotos son buenas con una buena cámara o un filtro —dijo con desapego, tratando de ocultar el dolor que le causaba el «igual» poco definido de Cris.

—Ay, me refiero a que tenían algo especial, algo distinto.

—Me carga lo especial, me carga que todo el mundo busque ser distinto y único. Yo quiero ser lo más común y corriente que se pueda.

—Bueno, déjame romper tu fantasía *normcore* y aclararte que con ese discursito logras todo lo contrario: eres la fotógrafa más rara que he conocido.

—Es que yo soy la fotógrafa que odia la fotografía. A lo único que le sacaría fotos es a gente muerta. Gente muerta o que esté a punto de morir.

—Ay, Denise, tan negativa.

—Cómo voy a ser negativa, si las cámaras ya no usan negativos.

—Qué fome.

—Ay, ¡déjame creer en la tristeza melancólica! ¡Déjame creer en el destino! —dijo, y alzó su vaso en un gesto dramático.

—¡Y a mí déjame conocer gente, que si no me voy a morir solo!

—Bueno, ahí voy y te hago una foto.

Se emborracharon rápido y buscaron hueco en el grupo del artista. Reconocieron que para cargar con un nombre como Demian Schopf tenía amigos bastante agradables. Denise ya se había autoconvencido de que se comportaría como si ese fuera el mejor carrete de su vida, cuando Cris le avisó que iba al baño. Tardó más de veinte minutos y volvió con el rostro afligido, explicando que le había venido una de sus jaquecas terribles y que se iba apenas llegara el taxi que había llamado. Denise sintió una mezcla de alivio y desilusión.

—¿Autoboicot?

—Como dijo Tom Branson: «Lo siento, pero no puedo convertirme en otra persona para complacerles».

Ella dijo que se iba con él, pero Cris le advirtió que ni lo pensara. Alguno de los dos debía salir victorioso, y además, ya había visto que lo estaba pasando bien. Se sacó el collar y se lo pasó a ella por encima de la cabeza.

—Te bendigo con estas, mis cadenas, para que esta noche encuentres el amor.

—¿Me proclamas una soldado del amor?

—Viendo el cabro con el que estabai conversando —murmuró Cris alzando las cejas y tapándose la vista con una mano—, yo diría más bien que como voluntaria.

Decidió que no se quedaría sola en una esquina, pestañeando, con cara de confusión, y sobrepuso a su rostro una expresión radiante. Iba a demostrar que si se quedaba en aquel lugar era por decisión propia y no por un error de cálculo. Deambuló con desenfado por el carrete, intentando que su anonimato fuese su atractivo, pero tambaleándose

demasiado al caminar y con una euforia un poquitín desbordada que solo lograba captar miradas de microsegundos, sonrientes, sí, pero como se le sonríe a un mimo, con temor y fastidio. Una chica muy joven la abrazó y le dijo que podía ver el aura de las personas y que todos debíamos mantener el corazón abierto. Denise la miró con cara de agobio y se alejó rápido.

De todas formas logró cruzar palabra con tres hombres. El primero era el que había mencionado Cris. Era cierto que no era guapo, pero no era feo, no tanto, y además tampoco es que ella fuera la más linda de la fiesta, por algo él se había atrevido a hablarle. Iba rapado y pasaba de los treinta años. Era poeta, pero no parecía pretencioso y hablaba bajo y tenía una especie de tic que le hacía desenfocar la mirada y dirigirla hacia el suelo cada tanto. Se rieron juntos, y en un momento, de la nada, Denise recitó la carta de Pavel Sosnovsky que aparecía en la película de Tarkovsky: «Podría intentar no volver a Rusia, pero ese pensamiento me mata... porque no es posible que no pueda volver a ver en toda mi vida el pueblo donde nací, los abedules, el aire de mi infancia». Él le contestó con unos versos de «La Jardinera», de Violeta Parra, y las cosas fueron bastante bien hasta que el poeta le dijo que hacía tiempo que no conocía a alguien tan especial. Denise tuvo que contener una carcajada. «Especial», otra vez le venían con lo de ser especial. Dejando de lado el cliché de la frase y el hecho de que se conocían hace menos de treinta minutos, ella no quería ser «tan especial». Para él ni para nadie. Contuvo la risa porque se notaba que el poeta era inseguro, pero huyó en menos de un minuto. El segundo fue un periodista de barba frondosa que usaba unos lentes *vintage*, de marco café muy grueso. Ella se dirigía a la cocina para servirse más vino cuando se lo encontró. Justo sonaba *Boys don't cry* e improvisaron una coreografía. Cuando la canción se acabó, el periodista le preguntó si no quería que compartieran universos, y entonces sí que soltó una carcajada fuerte y se alejó con el vaso en la mano. El tercero fue un músico joven, al menos un par de años más joven que ella. Era muy delgado y vestía un terno a rayas verticales que le quedaba enorme y lo hacía lucir aún más flaco. Tenía el pelo largo, amarrado en una cola, bigote y un aro en la oreja. Lo había observado un rato antes, mientras tocaba una canción gitana en guitarra. No era tan guapo, pero por su actitud lo parecía mucho. En fin, se acercó a hablarle. El músico-gitano casi no le prestó atención. Bailaron un rato, pero durante todos los temas, él miró su reflejo bailarín en uno de los ventanales oscuros, con la única intención de seducirse a sí mismo.

Antes de irse del carrete, a la una y media de la mañana, se convenció de que el lugar estaba atestado de gente desagradable. Histéricos, poseros, básicos y afectados. Y los hombres... como había leído alguna vez: ¡nada más patético que un hombre! ¡Y ella mendigando atención! Revolvió en su bolso para revisar, otra vez, la hora. Junto con el celular salió un papelito. Era la boleta por el cambio de cámara de su bicicleta. Había sido hace un par de semanas, pero la guardó porque el mecánico escribió «lindos ojos» en el reverso. La primera vez que lo leyó sonrió con ternura, pensando en lo inocente del mensaje, pero ahora, mientras terminaba su vaso de vino, antes de partir a su casa, pensó que eso era

justo lo que necesitaba. Nada de compartir universos o de personas especiales. Quería que alguien le dijera algo concreto. Quería a alguien como ese mecánico, alguien que trabajara con las manos, no con las palabras.

Quería. Ella quería. Ella necesitaba.

Las palabras resonaron en su cabeza mientras atravesó la puerta que daba a la calle. Y quizá fuera el viento frío que le golpeó la cara al salir, o la luna que seguía en el cielo, llena y amarilla, o el hecho de que aún estaba borracha y volvía sola a su cama, a la una y media de la madrugada, pero le dolió y volvió a sentirse, por segunda vez en la noche, humillada y harta de sí misma.

No supo cómo volver a su departamento, pero caminó hacia el sur, siguiendo una ruta paralela a la cordillera. Adelante suyo iba un grupo de tres personas. Nadie a sus espaldas. Tampoco sabía el nombre de la calle, pero le pareció familiar. Estaba resquebrajada, con hoyos y parches, y se podían ver capas profundas de adoquines y encima un cemento liso y nuevo y, más allá, en la esquina, uno viejo y agrietado. Quizá no se trataba de esa calle, pero había caminado por una similar, cerca de allí. Hace unos tres años, la última vez que había estado cerca del amor. Fue en la azotea de un departamento viejo, junto a un hombre que afirmó que un vecino le había dado las llaves del lugar después de decirle que nadie más las tenía pero que él le inspiraba confianza. Era una noche de verano como esa, aunque corría un viento helado en la azotea, y ella pensó que entendía al vecino porque probablemente estaba ahí por las mismas razones. Antes habían tomado champaña y comido las aceitunas, queso y salame que el hombre compró. Luego se acercaron al borde de la azotea y miraron hacia el oeste, desde Vicuña Mackenna. Estaban muy cerca y Denise sintió que le tiritaban los párpados. Escucharon el tráfico de la avenida y en un momento el hombre dijo que como nunca había subido, iría a recorrer el lugar. Ella se quedó sola y miró el cielo y vio los faros de un avión en el horizonte. Avanzaba en una línea recta neutral, sin subir ni descender. Se giró y buscó al hombre desde donde estaba. Lo vio aparecer desde detrás de la copa de agua y cruzar hasta una pequeña bodega, en donde volvió a desaparecer. Le dio una sensación extraña, pensó que lo que había visto se parecía a un fantasma, a los remolinos de arena que se levantaban en el desierto de Atacama. Aquel hombre era polvo en suspensión. Se escondió tras la copa de agua y no volvió a verlo hasta que bajó al departamento para tomar sus cosas y marcharse. Él la esperaba y, antes de dejarla ir, tomó la pantalla de la lámpara del *living* y se la puso como sombrero a ella en la cabeza, y ambos rieron y él le dio un beso en la boca. Cuando Denise le preguntó por qué lo había hecho, el hombre contestó: «Es que te pareces a ella, me la recuerdas mucho».

Encontró un paradero y se sentó. En el basurero se deshizo de la boleta con el mensaje. El hombre de la azotea le había dicho que era rara. Se lo dijo como un piropo, pero tampoco le gustó. Especial, rara..., no, no la convencía, ser singular era justamente eso, un único ser. El tigre

siberiano era especial y también estaba solo. Pensó que había sido injusta con el poeta. Parecía sencillo, y a la vez había entendido lo que ella quería decir sobre la añoranza, porque había recitado un verso hermoso sobre la Tierra. Y ella había arrancado de él y lo lamentaba, pero no podía volver a buscarlo. No lo hizo y nunca lo haría. Simplemente no podía hacerlo.

La pareja seguía en las escaleras cuando ella llegó. Dejaron de hablar apenas la vieron. El hombre fumaba y se levantó con un movimiento brusco para dejarla pasar. La mujer hizo ademán de esconder la copa que tenía en la mano y bajó la cabeza. Ella también subió los escalones mirando el suelo. Quedaban unos pocos para doblar y dejar atrás a la pareja de la escalera, cuando apareció el hijo, el niño de nueve años. Ella solo escuchó los pasos de alguien que llegaba a escena, pero de todas formas se dio vuelta, como si también estuviera implicada. Había coincidido con el niño en el negocio de don Héctor, comprando pan, también en el pasillo, mientras jugaba solo, con autitos. Apretaba un Transformer en la mano, y se quedó de pie frente a la pareja, en silencio, mirando con odio, a los tres. Salió corriendo y gritó: «¡Mamáaaaa! ¡Ya éntrate!».

La idea se le ocurrió tras cerrar la puerta de su departamento y quedar a oscuras.

La hermanita Wendy odiaba su nombre por la Wendy recatada y educadita de Peter Pan. Durante un tiempo eligió llamarse Sister Michael. Una vez se habían reído de ella por definir a la humanidad como personas que rezaban. ¿Qué pasaba con todos los ateos o flojos del mundo que no lo hacían? Apuesto, respondió ella, que no ha existido nunca una persona en el mundo que, en mitad de la noche, no haya tenido esa sensación de anhelo, y de lo incompleto y de vergüenza, y eso es para mí rezar.

Denise bajó las escaleras rápido y le propuso su idea a la mujer. Ella le devolvió una mirada ofendida, pero al rato, cuando ya estaba acostada y con el *notebook* sobre los muslos, golpearon a la puerta.

Raquel nos recibió al otro día. Llevaba el mismo vestido de mezclilla con que la vi por primera vez, el pelo amarrado, los ojos delineados de café y un rosa suave en los labios. Nos mostró las llaves sonriendo triunfal y abrió la reja. Dijo que nos esperaban para almorzar.

Subí a dejar mi mochila y la de Caro a mi pieza. Me impresionó encontrarla tan ordenada y di una vuelta por la de mis padres para seguir verificando. Las cortinas y ventanas estaban abiertas de par en par y circulaba aire fresco. La cama estaba hecha y el suelo sin las alfombras del yoga. Todo ordenado, sin rastro. Ni mi papá ni yo habíamos aportado nunca con alguna labor doméstica. Lo único que hacíamos era calentar la comida, el desayuno y el almuerzo. Mi mamá lo dejaba preparado en la mañana, antes de irse a trabajar. La leche en el jarro y el agua en la tetera, sobre los quemadores de la cocina. El pan

tostado con mantequilla en la mesa, junto a las tazas, con café para él y un Eco saludable para mí. El aseo de las piezas y de la casa también lo hacía mi mamá. Algunas veces a la rápida, otras dedicando la tarde entera. Puliendo incluso las campanillas de bronce que adornaban la biblioteca o sacando las ventanas de los marcos para limpiarlas por ambos lados. Las señoras que contrataba para el aseo nunca llenaban sus expectativas. Solo al ver las piezas me di cuenta del peligro que podría haber corrido mi amistad con Caro si a mi madre no llegaba a gustarle el estilo de Raquel, pero con todo tan impecable era una posibilidad ridícula.

Mi padre esperaba sentado en la cabecera. Yo me senté en la contraria. La mesa de la cocina era rectangular y ese era mi puesto, el único inalterable a la hora de comer. Caro se sentó en uno de los laterales y Raquel, que no paraba de hablar y de reír, como si la situación la divirtiera mucho, sirvió los platos y se sentó frente a su hija. Había cocinado puré con chuletas de cerdo, el plato favorito de mi papá, y me pregunté si acaso mi mamá se lo habría sugerido a la tía.

Mi padre alabó el plato y Raquel le respondió «Gracias, Gonzalo». Después sacó uno de los cigarros mentolados que compraba en el aeropuerto. Raquel bromeó diciendo que eran cigarros de mujer, y mi papá le respondió, muy serio, que nunca juzgara a un hombre por los cigarros que fumaba. Por un segundo pensé que hablaba con severidad real y me alivió ver que sonreía.

Ese primer día que Raquel nos cuidó las cosas fueron raras con Caro, es decir, más raras de lo normal. Sabía que mi amiga poseía algo desconcertante, algo que me encandilaba y me hacía sentir como una polilla que necesitaba de su luz, y también intuía que era eso mismo lo que a la vez la hacía infranqueable. Aceptaba su frialdad pero su indiferencia muchas veces me hacía sentir como una compañía de turno, una paloma en una plaza a la que Caro miraba de vez en cuando, no con la curiosidad de un niño, sino con la apatía calmada de un adulto. Yo parecía estar muy lejos de ser ese alguien especial, la amiga que ocupaba parte importante del corazón y los pensamientos de la otra. Cuando llegábamos a la casa de los abuelos se iba directo al estante, repartía los álbumes de cada una —«ahí tienes el tuyo»— y se sentaba en la alfombra, abstraída, sin decir más. Yo obedecía, me acuclillaba a su lado y contemplaba su hojear monótono. Un día fui hacia el tocador de Raquel y me apliqué sus cremas en la cara. Me pinté los ojos con una sombra azul y los labios de un rojo intenso y volví frente a ella haciendo tintinear las pulseras de su madre. Quería que Caro se me uniera, pero apenas levantó la cabeza para dirigirme una mirada aburrida.

Soñaba con andar junto a Caro de la mano, pero a ella parecía molestarle el contacto físico. Cualquier tipo de contacto o comunicación. Habíamos inventado una clave, pero no respondía ninguna de las cartas que yo le escribía con tanto cuidado, preocupándome por la caligrafía y por el diseño de la esquila y el sobre. Otra cosa que me inquietaba especialmente era el asunto de los niños. Porque yo era una

enamoradiza e investigaba el segundo nombre del niño que me gustaba, sus dos apellidos, su equipo de fútbol favorito y hasta el nombre de sus padres. Quería compartir esos secretos con mi amiga, pero para ella era como si los niños no existieran. Por lo menos no en los términos románticos en que existían para mí.

Caro deformaba el prototipo de amistad que yo tenía en mente, pero había aprendido a adaptarme y seguir el protocolo de actividades y juegos que inventaba. Por eso me sorprendió que esa tarde anduviera como a la deriva; detrás de mí, preguntando qué hacer. Pensé que lo más probable era que le desagradara la nueva situación. Tal vez le molestaba la presencia de Raquel, que además de rondarnos constantemente, se comportaba como si todo fuera de lo más normal. Propuso arrendar una película y no me mencionó nada con respecto al secreto de los álbumes. Mientras la vimos quiso hacerme trenzas en el pelo. Caro puso los ojos en blanco y meneó la cabeza.

—A ver qué podemos hacer con ese pelo tan corto..., le voy a decir a Gonzalo que ya estás grande para llevarlo como niño.

—A lo mejor le gusta así —me defendió Caro, enojada.

Yo no supe qué decir. Antes me hubiera ilusionado, pero desde que éramos amigas el corte no me molestaba tanto.

Cuando por fin nos quedamos a solas, le pregunté a Caro si le molestaba que su mamá estuviera en la casa. Me preocupé de usar el verbo «estar» y no «trabajar».

—No —dijo muy seria.

—¿En serio? —insistí.

—No. Prefiero que esté acá que en su trabajo del centro —contestó con rabia, apretando los dientes. Nunca la había visto así. Me dio la sensación de que estaba admitiendo algo muy íntimo y no me atreví a seguir preguntando.

Los días que siguieron fueron más normales. En realidad, adoptamos una nueva rutina. La casa olía a la crema Lechuga y al perfume Anaïs Anaïs de Raquel, y estaba limpia y ordenada y los almuerzos eran deliciosos. La mamá de Caro andaba como siempre, sonriente y linda. Mi padre de buen humor y con más ánimo, ya no lo agotaba el paso de las horas. Caro se mostraba más preocupada por mí. Incluso me regaló un álbum para que yo lo llenara con las fotos de los lugares que quisiera visitar cuando recorriéramos el mundo juntas.

Prometimos que viajaríamos tras una conversación sobre un programa que me dejó muy confundida. Lo había visto en la noche con mi mamá. Era un reportaje de «Informe Especial» sobre los refugiados yugoslavos asilados en Chile. Mostraban su rutina en Santiago tras arrancar de la

guerra, el hambre y el frío. En un momento, un hombre, uno de los yugoslavos, le gritaba a la cámara que quería que lo devolvieran, que exigía volver a su país porque en Chile estaban hacinados en una pieza y que no tenía nada, ni salud ni educación ni trabajo. Dijo que el frío era aún más insoportable porque no tenían con qué calentarse, que la vida en Chile era indigna. A mí me impresionó su voz carrasposa, como enferma, su rabia al borde del llanto, y su cara de desesperación, su desesperación al decir que prefería volver a la guerra antes que quedarse en Chile. Le pregunté a mi mamá por lo que decía el hombre y me respondió que nadie elegía dónde vivir. «Pero él no nació aquí, lo trajeron», insistí. «Va a tener que acostumbrarse nomás, como todos», concluyó. Yo ni siquiera sabía dónde estaba en el mapa, pero esa noche tuve pesadillas con Yugoslavia. Al otro día le pregunté a Caro qué poderes elegiría si fuera superhéroe. Ella reflexionó unos segundos y respondió que cualquiera, que daba lo mismo con tal de tener uno. La miré impresionada. ¿Habría visto el mismo programa la noche anterior? Le conté del reportaje y que creía que los chilenos no teníamos ningún poder. Los argentinos y los brasileños eran buenos para la pelota y tenían el tango y la samba, argumenté. «Sí —confirmó Caro—, qué mala suerte haber nacido aquí. Siempre lo he pensado. Antes me pasaba lo mismo con ser mujer. Creía que hubiera sido mejor ser hombre, pero ya no.» No, afirmé con entusiasmo. Que Caro pensara como yo me hizo sentir muy bien, más inteligente y aguda, como ella. Enumeramos las ventajas, los poderes de los otros países, y, para mi felicidad, terminamos prometiendo que de grandes recorreríamos esos países mejores.

Raquel me regaló sus revistas viejas y entre las tres añadimos al álbum fotos del Castillo de Windsor, del palacio de Buckingham, del de Mónaco, de la Zarzuela. También fotos turísticas de países y ciudades. La lista de favoritos la encabezaban Atenas, Roma, Tokio, Brasil, Argentina, Rusia y Yugoslavia. Mi papá preguntó qué hacíamos y cuando le expliqué, me miró enojado y dijo que no teníamos idea, que las personas perdían mucho cuando abandonaban su país. Raquel lo calmó diciéndole que no molestara, que solo estábamos jugando. Ambos sonrieron y cuando se fue, Caro le aclaró a su mamá: «No es un juego».

En las hojas finales del álbum pegué imágenes que recortaba de revistas de decoración: un *living* minimalista, una cocina futurista, un baño clasicista. Esas no se las mostraba a nadie, eran solo para mí, para alimentar mis sueños de adulta independiente.

Mi mamá llegaba a tirarse a la cama a descansar, ni siquiera se sacaba el uniforme. Raquel le contaba cómo había ido el día y partía junto a Caro. Yo a veces las acompañaba, y otras me quedaba regaloneando con ella. Era muy cariñosa y le gustaba bailar y a veces colocaba un casete de Los Jaivas y me tomaba de las manos para que diéramos vueltas por el *living*. También andaba con más energía y una vez me invitó a vitrinear al centro. Tomamos once en el café Paula, como me contó que hacía ella con su propia madre. Se compró unos mocasines y

a mí una parka y unas botas para el agua, pero dijo que no le contáramos a mi papá.

En junio hubo un paro de profesores. Duró casi dos semanas, y las aprovechamos para salir en bicicleta, por las mañanas, mi papá, Caro y yo, mientras la tía se quedaba cocinando el almuerzo. También íbamos a los columpios de la plaza de la FACH, los cuatro. Al principio mi papá trataba a Caro con recelo, lo que a mí siempre me dolió, pero durante esas vacaciones adelantadas se comportó más cercano, e incluso sacó su tablero de damas para que jugaran juntos, y también le contó esos cuentos raros de su religión que me leía a mí, como el del hombre que intentó esconderse de Dios. Una tarde bajó con su cámara y gastó el rollo completo sacándonos fotos. Más álbumes por completar. Caro se la pidió. Era una Olympus muy sencilla, pero mi papá le enseñó a enfocar. Al final estabilizó la cámara sobre la línea curva del televisor y ajustó el disparo automático. Corrió a sentarse junto a nosotras tres en el sillón del *living*. «Para inmortalizar el momento», dijo, y yo aproveché de tomarle la mano a Caro y ella cerró sus dedos entre los míos.

Abrió la puerta en pijama, la polera larga, manchada y vieja que usaba como pijama. Ni siquiera prendió la luz del *living*: sabía que eran ellos. El golpe en la madera, despacio y dudoso, el que no tocara el timbre, lo confirmó. Los vio a contraluz en el pasillo, una pareja, pero lo más probable es que ellos no pudieran distinguirla bien. Se disculpó riendo con torpeza y encendió la luz y entonces se sintió aún más torpe y nerviosa, porque se dio cuenta de que estaba en pijama, con ese «pijama por equivocación», la polera que solo era un pijama gracias a una serie de eventos desafortunados —su clásico a la hora de apropiarse de las cosas—, y que la dejaba casi desnuda frente a ellos, insinuante. Porque claro, eso es lo que pensarían: la vecina joven y promiscua —aunque jamás la hubieran visto subir acompañada de un hombre, siquiera acompañada— y recientemente pervertida, que los recibía en pijama.

—Pasen —los invitó Denise, intentando demostrar entereza pese a sus muslos y pies desnudos. Y volvió a reír, pero esta vez de manera desafiante, como diciendo: pasen, pasen, no tengo nada de qué avergonzarme, nada que me sonroje.

La pareja entró, más bien avanzó un par de pasos. Los tres se miraron en silencio, de pie, frente a frente. Estudiándose, o eso creyó Denise, porque eso era lo que ella hacía. Era evidente que aún no tomaban la decisión, ninguno de los tres, pensó. Lo más probable es que después de discutirlo un rato, la pareja de la escalera había llegado a la conclusión de que probarían, sí, irían a dar una vuelta para ver qué tal, y ya ahí, en el departamento, tomarían una resolución. Sería fácil; la disposición del departamento, la actitud de la vecina, el tono de su voz, las miradas, la buena o mala espina les diría si aceptar o no la propuesta. Por su parte, ella también podía echar pie atrás, inventar que no era eso a lo que se refería, excusarse con que estaba curada.

No se conocían y se examinaron mutuamente, y la balanza de Denise comenzó a inclinarse. No, no había sido una buena idea. Lo que pensaba de ellos, la idea que se había formado viéndolos al bajar por la escalera era que, bueno, que eran vulgares, pero los había invitado a su departamento y ahora le explotaban en la cara. Es distinto relacionar a un abuelo con la muerte que oler la fetidez del viejo y escucharlo desvariar.

—Juan Carlos —se presentó el hombre extendiendo su mano. Una mano pequeña pero gruesa, áspera al tacto, con las líneas de las palmas negras, como si se las hubiera tatuado. Las uñas también las tenía negras, un negro prolijo, que hizo que Denise concluyera que debía trabajar con ellas y con grasa y aceite y máquinas. Tal vez fuera mecánico, tal vez no era muy asiduo al jabón o no existía uno que lograra limpiar sus manos.

—Denise —respondió ella con inseguridad, como si dudara de su nombre.

—¿Denise? —preguntó Juan Carlos con aire astuto—. ¿Estás segura? ¿Qué? ¿No te gusta tu nombre?

La mujer, detrás de ellos, en segundo plano, no se presentó. Permaneció en silencio, misteriosa, como si no quisiera ser parte del trato, o como si fuera la mercancía a transar y no pudiera opinar sobre el asunto. Quizá, simplemente pensaba que al ser vecinas de tantos años, Denise conocía su nombre, tal como conocía sus desgracias y aventuras sentimentales.

Pero Juan Carlos no, él era un hombre de presentaciones, un hombre que no tenía nada que esconder, al que no le venían con cuentos. Su rostro de piel opaca guardaba marcas de acné. Llevaba una barba de día y medio, de esas que se asemejan a manchas de suciedad. Así que su cara estaba en consonancia con sus manos: encallecida, madera sin pulir. Denise también se fijó en su pelo, que era abundante y negro y le gustó, en su nariz gruesa y quebrada que cruzaba en diagonal, y en sus arrugas alrededor de los ojos, también muy negras, como si el hollín o la grasa de las máquinas, con las que estaba segura que trabajaba, se acumulara ahí. La miraba con una expresión dura, y probablemente era siempre así, de palo, como la de un niño golpeado por su padre, pero que lo entiende y lo sigue amando, que lo agradece. De seguro se había criado en el campo. Un huaso, eso había invitado a su casa, un huaso que odiaba Santiago y a los santiaguinos con sus escaleras de cemento.

—Has viajado hartito, parece —le dijo a Denise con tono burlón y apuntó con la cabeza el gran mapamundi pegado en la pared y marcado con alfileres de colores. Los alfileres sostenían fotos por país visitado, y al igual que el resto de la decoración del *living*, era obra de la Francesa.

—Sí —contestó ella.

—¿Y, te ha servido? —preguntó despectivo. Obvio, porque él era un hombre que sopesaba las cosas según su utilidad. Un hombre vertical, inamovible, de una sola tierra, al que viajar debía parecerle casi una ofensa.

—Por supuesto —respondió Denise, y agregó una sonrisa tierna para irritarlo.

—Qué bueno —se apuró a decir para concluir la conversación. Siguió examinando el departamento con sospecha, mientras posaba su mano, más protectora que cariñosa, sobre el muslo de la mujer.

La vecina vestía una falda de *jeans* muy corta y un chaleco negro, ambos demasiado ajustados. Su pelo era largo y café, amarrado en una cola, y escondía la mirada tras unos lentes de marco grande. Si Juan Carlos le provocó dudas, la vecina sí que le causó auténtico rechazo. Era el tipo de mujer que ella odiaba y criticaba, una mujer que necesitaba de un hombre para las presentaciones. Empequeñecida hasta el punto de encorvarse aun siendo alta. Con una expresión de permanente intranquilidad y agradecimiento. Pálida, una mujer que pese a su tono de piel moreno rojizo, siempre lucía pálida, lechosa.

—Y bueno, ¿cómo es el asunto? —preguntó Juan Carlos, y Denise se vio forzada a decidir y al explicarle eligió el sí, aunque solo fuera para no verse amedrentada, para no mostrarse indecisa, para estar a la par con la afirmación y la seguridad del hombre. Juan Carlos hizo un par de preguntas y ella las respondió.Cuál de los dos con la espalda más erguida, como si se tratara de una competencia, y la rivalidad en algún sentido los vinculaba, como si fueran padre e hija, o hermano mayor y menor.

Sin prestar atención a la mujer, caminaron hacia la pieza de Denise.

Lo que no pudo disimular Juan Carlos fue su sorpresa ante el desorden y la escasez de adornos de la pieza; comparada con el *living* era tierra yerma. Ella esbozó una sonrisa y se encogió de hombros. Tomó su computador, soltó un «los dejo tranquilos» —sin sentido, pues Juan Carlos era el único ahí— y se recluyó en la pieza de la Francesa.

Ellos se recostaron en la cama de una plaza de Denise y ella en la de dos cuerpos de la Francesa. No cerró la puerta y la vecina tampoco. Estaba segura de que había sido ella quien tomó la decisión de mantenerla semiabierta, porque fue la última en entrar, y porque era coherente con su personalidad, la que Denise imaginaba que poseía. Una mujer que no cerraba puertas para que no pensarán mal —aun cuando fuera evidente—, que no le hacía frente a los hechos, una mujer de murmullos, mojigata.

Esa primera noche los escuchó, solo pudo escucharlos. Había oído tirar a la Francesa en otras ocasiones. Pese a ser unos gemidos bastante bonitos, suaves y rítmicos, tintineantes, a Denise la ponían muy

nerviosa, casi al borde de la desesperación. Se escondía bajo las sábanas, con el computador y el volumen de los audífonos al máximo, para concentrarse en el acento sudafricano de la hermanita Wendy o en los gemidos de alguna actriz porno bielorrusa.

Los sonidos de Juan Carlos y la vecina fueron distintos. El primer ruido que escuchó fue el del metal contra la madera, y le pareció que ya los veía: antes de comenzar nada, Juan Carlos se saca su reloj y lo fija pesado sobre el velador. Luego vinieron unos sonidos sordos, de reconocimiento, y de pronto un desgarró. No oye gritos ni golpes, pero el ruido del roce de sus cuerpos, de sus gemidos y jadeos, son indudablemente de dolor, de una aflicción que no puede ser domesticada, sin concesiones ni simetría. Como si el sexo, el amor, fuese algo que debía soportarse, como si el sufrimiento fuera una disciplina y un don. Denise fue dejándose llevar por ese sonido, y respiró profundo y se quedó dormida casi sin darse cuenta.

La mañana siguiente encontró la pieza vacía y la cama hecha. Muy bien hecha, lisa aunque no tirante. Dócil, como la vecina, porque era obvio que era obra de la vecina. Estirada de manera prolija, pero también con sensibilidad —Denise acercó la cara con cuidado para sentir algún rastro de olor—, de un modo en que ella jamás podría hacer una cama.

En sus primeros dos años en el *block*, todas las noches entre las doce y media y la una de la mañana, escuchó un ruido constante, un golpeteo cada cuatro tiempos en el techo de su pieza. Denise no sabía si la disposición de los departamentos era la misma en todos los pisos, ni quién vivía en el que estaba justo sobre su pieza, pero lo que imaginaba, por el sonido, era a alguien sentado haciendo rebotar una pelota de tenis. Sabía que era una idea bastante tonta, ¿quién se sentaría en mitad de la noche, durante treinta minutos, a hacer algo como eso? Al principio le molestaba el ruido, y más de una vez quiso ir a reclamar, pero con el tiempo, cuando encontró una explicación, su explicación, dejó de irritarla. Pensaba en un hombre, le gustaba pensar en un hombre con una expresión neutral en el rostro, ni alegre ni triste, aunque sí concentrado, metódico, como el sonido y las pausas de la pelota al rebotar.

Juan Carlos y la vecina la visitaban cada tres días. Tocaban la puerta a las once y media de la noche y se iban a la una de la madrugada, tal como habían acordado.

Los recibía con su polerón gris encima del pijama. Juan Carlos estiraba su mano. «Buenas noches, Denise», decía remarcando el nombre con tono insidioso, como si quisiera hacerle ver que conocía un secreto terrible sobre ella. «Buenas noches, Juan Carlos», respondía ella con naturalidad forzada. La vecina saluda con un gesto afirmativo de cabeza, siempre desde atrás y con una bolsa entre las manos, sábanas limpias para cambiar. Denise pensó que la primera vez, tras el viernes en que los escuchara, la vecina se mostraría muy nerviosa y avergonzada. Pero fue todo lo contrario. En su actitud reservada de

siempre se asomó cierta energía afirmativa. No precisamente orgullo, pero sí obstinación. Con el tiempo comenzó a pensar en ella como en una peregrina, una caminante que avanza por la misma ruta y detrás del mismo hombre, pero que no es por ello menos valerosa u osada, sino todo lo contrario. Tras sus lentes y su postura arrinconada, junto a su candidez y su ropa ceñida, convivía una mujer intrépida.

Juan Carlos soltaba una opinión sobre el clima o sobre las noticias, pero nunca le preguntaba a Denise cómo estaba o qué pensaba ella. No le interesaba saber sobre su vida ni intentaba hacerse el simpático. ¿Por qué iba a serlo? A Denise no le caía bien Juan Carlos, pero lo respetaba por eso. Era un alivio que no todo el mundo quisiera ir por ahí sonriendo y abriendo su corazón.

El saludo de protocolo del *living* duraba menos de cinco minutos. Ella partía a la pieza de la Francesa y ellos a la de Denise. Una pieza al lado de la otra, con las puertas semiabiertas. Cada tres días.

En la habitación actuaban siempre de la misma forma, siguiendo un orden sin variación, como si se tratara de una obra de teatro. El preludio lo componía una conversación, a la que Denise no tenía acceso porque hablaban muy despacio, casi en susurros. Debía tratarse de charla trivial, en la que compartían sus pequeñas emociones del día, la rutina ordinaria, pero quizá, entre lo caro que estaba el kilo de paltas y el calor insoportable de febrero, brillara una confesión, reluciera algún drama familiar de la vecina o una proposición lasciva que los guiara hacia el siguiente acto. El hecho es que Denise seguía sin saber nada de ellos. No sabía en qué trabajaban, qué tipo de música les gustaba, qué noticiario preferían. ¿Tenían líos con exesposas y exesposos o eran unos solterones de cincuenta? ¿Por qué no los dejaban pololear en la casa de la mujer? ¿Por qué no iban a la casa de él? Le parecía muy gracioso que los cohibiera una simple conversación, y que no tuvieran límites en cuanto a los ruidos posteriores. Aunque para Denise eso le daba sentido a todo. Creía que evidenciaba cierta confianza mutua, de la pareja hacia ella y de ella hacia la pareja. La confianza solo era posible cuando no sabías de antemano todo sobre el otro.

Denise se levanta de la cama de la Francesa tras escuchar el reloj sobre el velador, un sonido tan naturalmente unido —clavo y tabla—. ¿Por qué lo haría? ¿Era simple comodidad o se trataba de algo más? Ella había visto hacer lo mismo a muchos profesores de su instituto. Antes de comenzar las clases, se sacaban el reloj de pulsera y lo colocaban sobre la mesa. En su caso les servía para mantenerse atentos a la hora de salida. Pero no estaba segura de los motivos de Juan Carlos. ¿Lo apartaba para estar pendiente del tiempo o para olvidarse de él?

Los miraba con la ayuda de un espejo de cara, agachada y escondida tras la puerta de su pieza. Ellos usaban una luz tenue que se proyectaba en la mitad del rostro de Denise, que la iluminaba por entre los quince centímetros que le dejaba la vecina. El sexo tampoco era informativo. Al espiarlos, Denise seguía advirtiendo cierta reconditez en la pareja. En

sus posiciones, en la forma en que se tocaban. Mantenían una actitud distanciada entre ellos, provocativa en la distancia. Se adentraban por un camino sinuoso al desnudarse, un recorrido incompleto, y nunca quedaban el uno al descubierto del otro. Denise intuía que ese cariz escondido también se debía en gran parte a las restricciones visuales. No podía acceder a los primeros planos del porno a los que estaba acostumbrada. La representación de los vecinos siempre huía. Pero le gustaba. Siempre creyó ser una aficionada callejera y le gustaba sentir que estaba en un estudio fotográfico, uno en donde el fotógrafo no podía dar órdenes, no podía exigir «¡muéstrame!». La cautivaba que no saliera todo a la luz, que no fuera una vitrina, que algo permaneciera inaccesible y oculto. Lo hacía más excitante.

Porque sus cuerpos viejos no eran precisamente un deleite en sí mismos. Juan Carlos era gordo, aunque su piel se mantenía firme, cultivada por los años de labor física a la que de seguro estaba asociado su trabajo. Su pecho y panza tenían algo de simiesco, sus brazos eran arqueados y peludos y su pecho lampiño. El de la vecina era mucho más flácido, más caído. Tenía una cicatriz de cesárea que le dividía el vientre, otra frontera, y pechos enormes que, con sus manos pequeñas, Juan Carlos apenas podía abarcar. Denise creyó que sería él quien estaría encima o por detrás todo el rato, dominándola, pero era ella la que lo montaba, dirigiéndolo en casi todas sus caricias y acariciándose ella misma. Aunque no por eso él parecía subordinado. Juan Carlos mantenía ese vigor terco, aquella determinación con que extendía su mano para saludarla, con la que se movía erguido por una casa ajena, apoderándose de ella en cada paso. Esa determinación que lo acompañaba al hablar y que parecía advertir, desde el fondo, y no sin arrogancia, que solo había una manera correcta de hacer las cosas.

Eran bastante convencionales, no se movían excesivamente ni probaban poses distintas o difíciles. No adornaban el sexo. Eran monótonos y se demoraban en el tacto, iban lento, siguiendo su propio tiempo. Pero eso no les quitaba expresividad o entusiasmo, era evidente lo mucho que se deseaban y el placer enorme que sentían. Y eso también le gustaba a Denise, su sistematicidad le parecía aún más romántica. No necesitaban probar suerte con nuevas posturas, sabían lo que los satisfacía. Eran previsibles, como lo son las ceremonias, y ella podía anticipar lo que venía y acceder a cierto estado, como en los rituales.

La pareja representa y Denise lee sus acciones. Y concentrada en ellos, interpretándolos, logra perderse, deja de pensar en ella y se evade por fin de sí misma. No se siente sola ni ajena. No es una vigilante invisible, porque cada tanto la vecina le dirige una mirada. Y aunque se la ve aturdida y cansada, no se trata de una mirada transparente, hacia un lugar indeterminado, la dispara directo a los ojos de Denise. Es una mirada inteligente y cómplice, oscura y dolorosa, y Denise se la devuelve. Los observa con sus ojos obscenos y conmovidos, completamente ida, desahogada, sintiendo que está ahí, junto a ellos, que es parte de su intimidad, que pertenece a ellos, que está ahí, de verdad está ahí.

Un día de principios de septiembre, la profesora de religión faltó al colegio y nos dejaron salir temprano. Fui a la sala de Caro para preguntarle si me quedaba hasta que saliera de clases, pero dijo que la esperara en la casa.

La reja estaba sin llave, así que entré. Golpeé la puerta y no hubo respuesta. Me devolví a tocar el timbre, pero antes de encaramarme —el timbre con luz que tanto enorgullecía a mi padre estaba muy arriba en la reja, escondido tras las hojas de la enredadera para que no lo robaran— pensé que era mejor no despertar a mi papá si aún dormía. Crucé el patio hasta la cocina y me colé por una de las ventanas. La casa estaba en silencio y el lavaplatos lleno de la loza sucia de la mañana. Voy hacia mi pieza. Subo las escaleras y en los primeros peldaños escucho risas y las voces de mi papá y de Raquel. Por alguna razón me detengo. Intento oír qué dicen, pero no alcanzo a entender. Sigo subiendo, pero por algún motivo lo hago con cuidado, manteniendo el silencio de la casa. Continúo hacia la pieza de mis padres de la misma forma, sin sacarme la mochila, en puntillas, aguantando la respiración. Por algún motivo. Más tarde me preguntaría por qué actué así. Mi padre era desconfiado con la gente y creía en las energías y en las vibraciones. No estoy segura de que mi actitud se debiera a eso, pero supongo que algo en el silencio y en el tono con el que hablaban me alarmó e hizo que avanzara con cautela, para no ser escuchada, para que no se enteraran de que yo estaba ahí, como una intrusa. La puerta está entreabierta, la empujo un poco, suavemente, como mis pasos y mi respiración de espía, y ese pequeño espacio es suficiente para ver el reflejo de mi padre y Raquel en el espejo junto a la puerta. Un espejo que, como otros objetos de la casa, era una especie de icono, símbolo de la pieza, de su matrimonio y de mi hogar, del que ellos construyeran llenándolo de cosas. Era rectangular, de cuerpo entero, y yo solía mirarme con la ropa de mi mamá puesta. Ahora están ellos, acostados en la cama y medio desnudos. Descansando solamente, pasando el rato, holgazaneando, como si se tratara de una mañana de domingo. Su postura no denota esa actitud nerviosa y apremiante de estar haciendo algo a escondidas, ni siquiera están abrazados, no sienten la urgencia de aferrarse el uno al otro, de aferrarse a un momento que podría ser el último. Ríen y se besan de vez en cuando. Mi papá tiene un poco de barba y Raquel el maquillaje difuminado. Los observo, no salgo corriendo. Me quedo un par de minutos ahí, como hipnotizada, como cegada, como si toda la luz de mi padre, todo el sol que es y que hace visible las cosas, que ilumina mi propia imagen, me encandilara. Cegada, desvanecida en la luz, un par de minutos, varios minutos. Todo invisible.

Junté la puerta y me fui con el mismo sigilo con el que llegué. No porque quedara en una especie de shock, simplemente no quería molestar a mi padre. La costumbre, la regla de no interrumpirlo por las mañanas fue más fuerte.

Regresé al colegio y le pedí a Caro que visitáramos a la abuelita.

Mi padre me había dicho una vez que existían dos tipos de casas: las que tenían dueño propio y las arrendadas. «Se nota al tiro —dijo, señalando como ejemplo una con la pintura descascarada en las paredes y la reja—. No vale la pena mantenerlas si no es tuya», y agregó que tampoco cuidaban el antejardín, ni tenían una buena manguera, un timbre que brillara en la oscuridad, o ninguna de las cosas que teníamos nosotros. «Se nota, se nota», dijo mi padre. Para él la casa de la abuela calzaba con el tipo «arrendadas». El piso de cemento con hoyos, la pintura deslavada, los sillones con el tapiz roto y los innumerables maceteros con tierra seca le darían la razón. Pero lo cierto es que la casa esquina no se ajustaba completamente a su categoría, porque los patios de las casas arrendadas estaban siempre muy vacíos y en cambio el de la abuela rebosaba objetos: un calefón oxidado, un calendario con una mujer en traje de baño, una cocina blanca, balones de gas, sillas y mesas de madera fabricadas a mano especialmente para el patio o heredadas del interior. Y no es que eso me sorprendiera. El único motivo por el que lo menciono es porque tengo la seguridad de que ninguna de esas cosas sigue ahí, que todo ha cambiado. Y solo puedo volver a ese patio a partir del recuerdo de ese día, en que permanecí junto a la abuela y los perros, a salvo toda la tarde, dejándonos cubrir por la sombra del parrón, aferrándonos a ella.

Al otro día no visité a Caro en el colegio. No es que me lo propusiera. La noche anterior tuve pesadillas con «Los Caballeros del Zodiaco» y pasé los recreos durmiendo sobre el banco. Tampoco me propuse no hablarle mientras caminábamos de vuelta a casa por los pasajes, ni rechazar el bistec a lo pobre de Raquel. Sentía un cansancio aletargado, de esos que surgen de la libertad de no hacer nada.

Seguí así durante unos tres días. Agotada, pero con un fuerte dolor en la mandíbula y ganas de llorar cada vez que coincidía con la mirada de mi padre o veía pasar a Raquel cargando el agua hirviendo para su afeitado. Me asqueaba toda esa intimidad suya, llena de bromas y piropos a la comida. Esa fresca y descarada felicidad que compartían, que flotaba a su alrededor como el sopor de la pieza de mi padre por las mañanas, y que me dejaba a mí de lado. A mí y a mi mamá. Me provocaba náuseas su cercanía y el placer que debían compartir. La única vez que vi a mis padres darse un beso con lengua fue para unas vacaciones, hacía dos años. Lo recordaba perfectamente porque ese día también me enteré de cómo se hacían realmente las guaguas. Una amiga de la playa que usaba frenillos me lo contó. Estábamos sentadas en la arena y la saliva acumulada en sus frenillos brillaba al sol. Me dijo al oído que el hombre metía su pene en la vagina de la mujer y yo sentí su mano caliente en mi oreja y me giré enseguida a ver a mis padres, que estaban unos metros más allá, bajo el quitasol. Mi papá intentaba besar a mi mamá desde una posición incómoda porque ella se resistía. Se dieron cuenta de que los miraba y se pusieron a reír nerviosos. Entonces no sentí asco, pero su actitud me pareció extraña. Se veían muy torpes riendo con los labios estirados y la lengua medio afuera.

Odiaba a Raquel pero me resistía a mirarla con rabia, no podía dejar de ser la niña obediente que respetaba a los adultos. Sobre todo, la odiaba porque me había guardado el secreto del álbum y le debía una, y los secretos nos unían. Aunque también existía la posibilidad de que me traicionara en eso: que alguna mañana, acostada tan cómodamente, le hubiera contado a mi papá el lío que había armado por aquella niñería.

La odiaba porque le mentía a mi madre, tal como hacía yo.

Una tarde que pasé encerrada en la pieza, Caro me invitó a ver tele. Marcó el once en el control, como era la costumbre, pero yo se lo quité de las manos y cambié el canal. Pasaban «Buffy la cazavampiros». Dije que los monitos animados eran para cabros chicos, y la miré como si hablara a una traidora.

En su martes libre, mi papá me propuso que saliéramos a pasear. Desde el marco de la puerta insistió con un «Solo nosotros dos». Negué con la cabeza y él ordenó que me acercara. Posó su mano en mi hombro.

—¿Qué pasa, Nicole? —dijo, intentando ser comprensivo.

—Nada —le respondí, desviando la mirada.

—¿Por qué andas como enojada? Cuéntame. Puedes contarme cualquier cosa.

Seguí sin mirarlo y no contesté. Él también permaneció callado.

—¿Estás celosa de la Carolina? ¿Estás celosa porque últimamente compartimos mucho los tres?

Negué con la cabeza y los ojos llenos de rencor.

—Tienes que aprender a compartir, Nicole —siguió con su tono forzosamente comprensivo. Se agachó mientras me acariciaba la espalda—, ella no tiene un papá como tú.

—¡Sí tiene! ¡Maneja una grúa!

—Sí, sí tiene, pero no como tú, ¿entiendes?

Afirmé con la cabeza.

—No estoy celosa —dije y tal vez soné muy convincente porque me sonrió.

Lo miré a los ojos y entonces recordé la vez en que lo vi llorar, la única vez. Llevábamos varias semanas sin hablarnos. No me acuerdo qué lo motivó, pero el hecho es que nos peleamos y él dejó de dirigirme la palabra, como solía hacer para castigarme. Claro que esa vez imité su

táctica y también me mostré ofendida y no le hablé. Me mantuve fuerte por primera vez, durante varios días. Una tarde mi papá entró a mi pieza y se arrodilló ante mí. Me tomó de las manos y pidió que lo perdonara. Luego me abrazó y se largó a llorar. Yo me quedé tiesa, sin saber qué hacer. Él lloraba como un niño y no dejaba de rogar que lo perdonara y que por favor volviera a hablarle. Me dio mucha pena recordar ese momento, pero a la vez me calmó.

Me colgué de su cuello y comencé a tiritar. Sentí que me desvanecía.

—¿Te sientes mal, Nicole? —preguntó.

Yo me abalancé sobre él y lo besé en la boca.

Me apartó tomándose por los hombros, sorprendido pues no acostumbábamos demostrarnos afecto.

—¿Es eso?, ¿estás enferma? —Sentí un picor en la garganta y oleadas de frío me recorrieron el cuerpo. Cuando mi padre lo dijo comencé a enfermarme, y supe que podía estar tranquila, porque hasta entonces la enfermedad siempre había sido un lugar seguro: días de ensueño en que no asistía al colegio, y recibía atención y cariño en forma de galletitas de soda con mermelada y jugo de naranja. Sí, eso era lo que debía hacer, rendirme, rendirme a la enfermedad.

Mi padre se alejó un poco más. Buscó sudor caliente bajo mis axilas y me palpó la frente, y yo sentí el olor a tabaco y menta de sus dedos.

—Parece que tienes un poco de fiebre. Voy a decirle a Raquel.

Salí de la pieza y me encontré con Caro. Mi amiga. No había pensado en ella durante todo ese tiempo. No es que me causara rechazo, como Raquel, simplemente me preocupaban otras cosas. Caro se acercó insegura y me propuso que jugáramos a tirarnos por la baranda de la escalera. Acepté, pero bastó que la viera deslizándose con las piernas abiertas para que me negara a seguir jugando. Caro me preguntó por qué y yo le devolví una mirada dura y dije:

—Porque es asqueroso y las niñas no deben hacerlo.

—¿A qué quieres jugar? —dijo suplicando mi compañía.

—A las Barbies.

Subimos a mi pieza y nos sentamos en la alfombra, protegidas tras la cama. Armé la casa de la Barbie con libros y cajitas. Doblé una toalla en cuatro partes para que funcionara como cama matrimonial. Le daba instrucciones a Caro en tono enojado y aburrido, como si me sacara de quicio cualquiera de sus aportes, haciéndole ver que yo mandaba en ese juego. Tomé mi Barbie y un adorno que me habían regalado hacía unos años: una lata disfrazada con un sombrero de charro, medio doblada

por la mitad, con ojos saltones de plástico y un bigote sobre la pestaña abierta por boca. La lata mexicana sería el hombre porque no tenía Ken. Caro miraba desde cierta distancia, acorralada por mi actitud. Desnudé a la Barbie y la acosté sobre la cama hecha de toalla, puse la lata encima y empecé a restregarlos e imitar los sonidos que creía que hacían las parejas. Era algo a lo que solía jugar, pero nunca se lo había mostrado a ella.

—Tú haz de hombre —ordené.

—No quiero jugar. Eso sí que es asqueroso.

Sonreí burlona.

—Eso piensas, porque no sabes nada.

—¿Por qué me tratas así? ¿Qué te he hecho yo?

La miré por un momento. Todavía tenía la Barbie y la lata en la mano.

—Nada, no has hecho nada, solo eres aburrida. Me aburre jugar contigo —contesté, y supe que era verdad, desde hacía tiempo que me aburría. Pero también me di cuenta de otra cosa. Caro me miraba con los ojos llorosos y eso me reconfortó. En el fondo de mi corazón, me reconfortó. Había deseado y buscado tanto su atención y reconocimiento, y ya no los necesitaba. No necesitaba a Carolina y por alguna razón me sentía mejor hiriéndola.

—¿Te aburro, ahora te aburro? —preguntó Caro con la voz temblorosa—. ¿Es porque ahora soy la hija de la nana, cierto? ¿Es por eso?

Vi la expresión dolida de mi amiga, y torcí mi boca en una sonrisa cruel.

No, Caro no se lo merecía. Ninguna de las dos lo merecía.

—Sí, es por eso —le dije, implacable—. Porque eres la hija de la nana, y porque eres pobre y no tienes papá.

Carolina salió corriendo de la pieza y yo me quedé con la Barbie en la mano, sintiéndome triunfante y al mismo tiempo terriblemente humillada. Busqué el álbum de recortes de viajes entre mis cosas. Lo rompí y esparcí los pedazos por el suelo. No recuerdo mucho más, después de eso caí enferma.

La convalecencia no fue lo que esperaba. Más pesadillas me acompañaron. Veía Pompeya arder y a la gente gritando y convirtiéndose en estatuas, y esos sueños se mezclaban con la idea de estar enferma. Delirante por la fiebre, creí que lo que tenía era meningitis. Creí que me moriría y maldecía a Caro entre sueños por habérmela pegado. Los pocos minutos en que estaba consciente veía a Raquel, dándome pastillas, tomándome la temperatura o acariciándome

la cabeza, y lo único que podía pensar era que tenía meningitis y que me iba a morir, y que era culpa de Caro.

Cuando desperté, la casa estaba en silencio. Me levanté y miré por la ventana. La radio-reloj marcaba las 12.45. Me sentí perdida, como si hubiese salido de un coma largo, pero caminé tranquila, descansada, hacia la pieza de mis papás. La puerta estaba cerrada y pegué un oído y escuché un ruido extraño del otro lado. Observé la puerta con temor, pero me dije que esta vez sería valiente y la atravesaría. Le haría frente a lo que fuera que encontrase. Abrí de golpe y encontré a Caro. Estaba sentada delante del espejo, con un *rouge* en la mano, uno que podría haber sido de Raquel o de mi mamá, y toda la cara pintada de rojo. Y al ver su reflejo, su piel roja como carne viva, como si estuviera quemándose, grité. Grité de terror, y Caro también comenzó a gritar. Ambas gritamos, mirándonos por medio del espejo, gritamos pidiendo ayuda, con todas nuestras fuerzas.

Había vuelto a sus paseos nocturnos. Volvía a recorrer las calles de Ñuñoa. Calles oscuras, porque las ramas frondosas de los árboles atenuaban la luz de los postes. Silenciosas, porque las paredes de las casonas y departamentos viejos eran gruesas, y no dejaban que el sonido de la televisión, de la música o de las peleas se filtrara. Los abuelos a esa hora ya dormían y las promotoras preparaban once en sus casas.

Caminó con decisión, como si fuese a alguna parte o como si tuviese un objetivo, como si paseara un perro, aunque no tiene un perro ni lo necesita. Erró sus pasos con decisión. Comiendo una barrita de cereal de manzana. Pasó por el lado de una construcción y se detuvo a mirar por un orificio en la malla negra que resguardaba el perímetro. Alcanzó a ver un foso enorme y profundo del que ascendían tablas de madera y mallas de fierro. A un lado había una mesa larga con una colcha de plástico negro encima. Seguramente cubría las herramientas o las tazas y platos de los obreros, pero el asunto es que acentuaba una punta hexagonal y la mesa parecía un ataúd. Eso fue lo que ella vio: un ataúd y un foso juntos. También había rocas grandes y mucha tierra. Se preguntó qué harían con toda esa tierra y se fijó en las huellas trazadas por la rueda de una retroexcavadora: ondas horizontales, muy marcadas. Pensó en la huella de un dinosaurio, la pisada húmeda de un tiranosaurio rex. Un buen cuadro para una fotografía, se dijo. También de día, con los obreros trabajando, sería un buen escenario. Tal vez fuera un cliché, pero de seguro sería una buena fotografía. Un par de casonas viejas habían sido derribadas para cavar un agujero profundo, y pronto el agujero también desaparecería para construir un edificio de veinticuatro pisos, que tampoco sería eterno. Sí, debía tomarse una foto, y sería una buena foto. Se quedó mirando por varios minutos, pensando en una y otra idea sobre encuadres y espacios. Tenía que aceptar que de chica sí había soñado con trabajar para la *National Geographic*, y recorrer el mundo tomando retratos bien enfocados, con la luz adecuada.

Se sentó en una banca. Quería mirar a la gente que pasaba, pero no pasó nadie.

A veces bastaba con eso. Sentarse en una banca y mirar alrededor, mientras las calles se vaciaban y todo se iba aquietando y oscureciendo. Había pasado horas sin hacer nada más que esperar que anocheciera, que cambiara el fondo. Con una barrita de cereal en la mano, estática, idiota, como alguien que va al teatro a fijarse únicamente en los cambios de la iluminación. Ninguna acción, solo el paso de la luz a la oscuridad.

En algunas ocasiones eso era suficiente, pero también era cierto que en parte lo hacía porque no quería volver a su cama y acostarse y mirar el techo blanco de su pieza, plano e impenetrable, vacío, un gran No.

Volvió a recordar a la pareja.

Piensa: bueno, de todas formas la Francesa iba a regresar pronto de su viaje.

Recuerda su última conversación con la vecina.

—No sé qué decirte.

Lo dijo después de que la vecina le diera las gracias. Fue lo único que se le ocurrió en el momento y tal vez fuera la respuesta indicada: no decir nada. No porque no le importara, lo cierto es que no podía dejar de pensar en ellos. Pero parecía tan obvio que estaba de más, que era por cortesía.

No le debían nada.

Había querido decirle algo. Los párpados le temblaban y quiso decir: «Si quieren, un día podrían venir a comer, los tres, o las dos, si quieres». No se atrevió. No tenía sentido, y además, era obvio que la vecina se negaría. Pero aún ensayaba en su mente la mejor forma de proponerlo, una que sonara informal y de fiar: «Podríamos comer un día de estos», «¿Y si nos juntamos a tomar once alguna tarde, los tres?».

No dijo nada y se quedó de pie, medio encorvada, tal como la vecina, esperando que se despidiera. Esperando el último momento.

—¿Siempre usas ese polerón plomo? —preguntó la mujer—. Yo me visto así porque pienso que es lo que le gusta a Juan Carlos —agregó con una sonrisa cohibida.

Denise tragó saliva y giró el rostro hacia el otro lado. Sus ojos están húmedos y abre la boca y gesticula para contenerse. Ve el reflejo de ambas en el vidrio de la ventana. Toda la pieza se proyecta y flota al

otro lado, y la vecina se acerca, la abraza. Denise se queda con las manos colgando. No puede voltear la cara, pero cierra los ojos.

—No es por ti —dice la vecina—. Tengo que buscar otro lugar, no es por ti... Es así nomás.

Ella afirma con la cabeza.

Juan Carlos grita desde el pasillo: «¿Estás lista?».

Vuelve a caminar, pasa por afuera del patio trasero de la casa de la cultura. Una estatua de un hombre desnudo yace en el suelo, partida por la mitad. Es blanca, de estilo renacentista. Hasta hace poco estaba entera. En realidad, no sabe si hace tan poco, porque no recuerda cuándo fue la última vez que la vio. El foco que la alumbraba antes está prendido, aunque solo le ilumina las piernas. Un hombre caído, se detiene para verlo mejor, da miedo.

Piensa: no los conozco, ni ellos a mí. Eso es lo único que sé. No los conozco, pero logré entender algunas cosas.

—¿Carolina? —grita el hombre—, ¿nos vamos o no?

Carolina, al fin escuchaba su nombre. Por fin la llamaban por su nombre.

Se pregunta: ¿los extraño?

Responde: los perdí.

Antes de marcharse, los ojos de la vecina brillaron tras sus lentes. ¿Por qué? ¿Qué era ese brillo? ¿Esperanza o falta de sensatez? ¿Ambos?

¿Cómo caminaré yo?, se pregunta, ¿con esperanza o insensatez?

Lucky me, decía la hermana Wendy. Afortunada de que Dios le permitiera vivir aislada y tomar las tazas de café necesarias para mantenerse alerta a él, a su creador. Afortunada de que no la obligaran a ser una amiga, una esposa, una madre. *Me temo que la gente no ha significado mucho para mí en la vida*.

Ella no estaba tan segura de poder decir lo mismo. Siempre había sido una persona solitaria, sí, pero la tensión de su corazón no desaparecía. Su mamá vendía productos Herbalife hace varios meses. Cada vez que la llamaba por teléfono intentaba convencerla de que los batidos le cambiarían la vida. «Empieza tomando más agua. ¡Al menos toma agua!», suplicaba. Dos litros de agua eran su solución para los problemas del mundo. Y quizá tuviera razón, quizá alguien debía decírselo al grupo armado del Estado Islámico.

Nunca se había enamorado, estaba sola, se sentía apartada, atrapada, no pertenecía a ningún sitio, no había logrado mucho... Existían cosas peores, gente que sufría de verdad, gente que perdía su casa en un incendio o tras un aluvión, pero eso no era un consuelo, no uno limpio, sin egoísmo de por medio. No es que sintiera que iba a enloquecer, no hasta antes de la medianoche por lo menos, pero debía reconocer que el estado actual de su vida no le parecía bueno. Tampoco caminaba abandonada a la tristeza. Estaba llena de voluntad propia. Había tomado decisiones, era dueña de sus fracasos, y nadie podía decir que el fracaso no costara esfuerzo o sacrificios. Su derrota le pertenecía, su aislamiento y su abstención. Reconociéndolo ya ganaba algo, ¿no? ¿Aceptaría su madre eso como un triunfo? ¿Lo aceptaba ella?

Alguna vez había soñado fotografiar para la *National Geographic*, y ahora tenía que encontrar la forma de volver a su departamento y lograr dormir.

Afortunada de mí, se dijo.

Mientras caminaba de regreso volvió a encontrarse con la familia musulmana en la vereda. Tal como la vez anterior, el hombre iba adelante y las dos mujeres más atrás, cargando las bolsas del supermercado. Denise se fijó en ellas, reconoció que la primera vez no lo había hecho realmente. La madre, la que debía ser la madre, era joven, mucho más joven que el esposo. Tendría su edad. Le gustó el pañuelo que cubría su cabeza, de un rosa pálido con enredaderas blancas estampadas. Ella iba y ellos venían. Y cuando se cruzaron, Denise le sonrió a la madre. No una sonrisa cínica, no sentía lástima por ella. Y la madre también sonrió. Una sonrisa sutil, pero llena de convicción.

Prende el computador y se tira en la cama. Un perro ladra y otro responde. Escucha un auto frenar de manera abrupta, oye las ruedas patinar. Escucha risas de mujeres y a una niña gritando. Una tetera hirviendo como un tren llegando a una estación. El murmullo de muchos televisores y de ampolletas y computadores prendidos. Ella sigue tirada en su cama con la mirada fija en el techo, estática. Los sonidos se toman su tiempo, se acercan y se alejan. Escucha su propia respiración por sobre todos esos ruidos, que en cierto modo componen un tipo de silencio. No es capaz de cerrar los ojos. El cielo es de un blanco neutral. Oye que tocan la puerta. Tres golpes rápidos, tan rápidos que son transparentes. Se yergue enseguida. Voltea el rostro para dirigir su oído hacia la puerta. Aguarda. Escucha. Quizá sea otro sonido más en la rutina de ruidos del *block*, de un *block* cualquiera como ese. Escucha. Quizá sea imaginación suya, o una broma, un hombre haciendo rebotar una pelota de tenis. Escucha. Tal vez llaman a la puerta de otro departamento, ¿acaso es ella la única que espera a alguien?

Qué vergüenza

Paulina Flores

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, © Marie Guenther / Arcangel Images

© Paulina Flores, 2015, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2957-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

